

Enrique González Tuñón

Narrativa 1920 - 1930

EL ALMA DE LAS COSAS INANIMADAS

LA RUEDA DEL MOLINO MAL PINTADO



Bonus

EL TIRANO. NOVELA SUDAMERICANA

DE HONESTAS COSTUMBRES Y JUSTAS

LIBERALIDADES

Estudio preliminar:
Ana Ojeda Bär y Rocco Carbone

COLECCION PINGÜE PATRIMONIO

Enrique González Tuñón

Narrativa 1920 - 1930

• • •

BUENOS AIRES, 2006

Enrique González Tuñón

Narrativa 1920 - 1930

EL ALMA DE LAS COSAS INANIMADAS

LA RUEDA DEL MOLINO MAL PINTADO



Bonus

EL TIRANO. NOVELA SUDAMERICANA
DE HONESTAS COSTUMBRES Y JUSTAS

LIBERALIDADES

Estudio preliminar:
Ana Ojeda Bär y Rocco Carbone



EL 8vo. LOCO
EDICIONES

González Tuñón, Enrique

Narrativa 1920-1930 : El alma de las cosas inanimadas, La rueda del molino mal pintado, El tirano, novela sudamericana de honestas costumbres y justas liberalidades / Enrique González Tuñón ; con prólogo de: Ana Ojeda Bär y Rocco Carbone - 1a ed. - Buenos Aires: El 8vo. loco, 2006.

176 p. ; 20x13 cm. (Pingüe patrimonio dirigida por Ana Ojeda Bär)

ISBN 987-22685-0-9

I. Literatura Argentina. I. Ojeda Bär, Ana, prolog. II. Rocco, Rocco, prolog. III. Título
CDD A860

COLECCIÓN PINGÜE PATRIMONIO
Dirigida por Ana Ojeda Bär

© Del estudio preliminar: Ana Ojeda Bär y Rocco Carbone

© De esta edición:

Ediciones El 8vo. loco

Pavón 1977, piso: 6, depto.: 4, (C1248AAB)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Argentina

E-mail: anaojbar@yahoo.com.ar

ISBN-10: 987-22685-0-9

ISBN-13: 978-987-22685-0-3

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina - *Printed in Argentina*

ENRIQUE GONZÁLEZ TUÑÓN

Nació en Buenos Aires el 10 de marzo de 1901 y murió en Cosquín, Córdoba, el 9 de mayo de 1943. Comenzó su carrera literaria con *Tangos* (1926), volumen en el que reunió una selección de trabajos periodísticos publicados originalmente en el diario *Crítica* (1913-1963), de Natalio Botana. En 1927 Gleizer editó su segundo libro, *El alma de las cosas inanimadas* y, al año siguiente, *La rueda del molino mal pintado*. González Tuñón se desempeñó primero y sobre todo como periodista, ámbito en el que se destacó al punto de ser considerado renovador del estilo periodístico nacional. De esta manera, la mayor parte de su obra literaria proviene de sus intervenciones en publicaciones periódicas. Además, fue guionista de cine (*Mañana me suicido*, 1942; *Pasión imposible*, 1943), escribió tangos (entre los que se cuenta *Pa'l cambalache*, escrito junto a Rafael Rossi y grabado en 1929 por Carlos Gardel), piezas teatrales, sainetes y folletines.

ADVERTENCIA:

TODOS LOS TEXTOS DE ÉPOCA SE REPRODUCEN TAL CUAL APARECIERON
EN SU MOMENTO DE EDICIÓN. SE MANTIENEN, POR LO TANTO, ERRATAS
Y PECULIARIDADES ORTOGRÁFICAS A FIN DE NO ALTERAR
SUS CARACTERÍSTICAS ORIGINALES.

FE DE ERRATAS

En la nota 7 (p. 16) del Estudio preliminar a Nicolás Olivari, *Poesías 1920-1930: La amada infiel, La musa de la mala pata, El gato escaldado*, Buenos Aires, Malas Palabras Buks, 2005, donde dice:

“Específicamente, las obras que integran la ‘zona alternativa’ son: de Armando Discépolo, los grotescos ‘criollos’ *Mustafá* (1921), *Mateo* (1923), *Babilonia* (1925), *Stéfano* (1928); de Enrique Santos Discépolo, los tangos *El organito* (1925), *Qué vachaché* (1926)”

debería decir:

“Específicamente, las obras que integran la ‘zona alternativa’: de Armando Discépolo, los grotescos ‘criollos’ *Mustafá* (1921), *Mateo* (1923), *Babilonia* (1925), *Stéfano* (1928) y *El organito* (1925), **única pieza en la que Discepolín colaboró con su hermano**; de Enrique Santos Discépolo, los tangos *Qué vachaché* (1926)”

ESTUDIO PRELIMINAR

*Mi hermano es una carcajada
dentro de un ataúd.*

CAMAS DESDE UN PESO

Las dos colecciones de cuentos que Pingüe Patrimonio reedita en esta oportunidad conforman, dentro de la producción literaria tuñoniana, un bloque compacto. Ambas contienen narraciones que son el resultado de “encarar la vida desde un *grotesco punto de vista*”. Así lo afirma el narrador de la primera pieza de *El alma de las cosas inanimadas* (1927), que da cuenta de la “enorme desgracia” que significa poseer un par de ojos X. Enfocando a través de ellos, es posible “sonreír, frente a las novísimas ediciones de tragedias antiguas” y esclarecer “el alma de las cosas inanimadas”¹. Ambos constituyen ejemplos puntuales de una operación más general y abarcativa: la *mezcla* indiscriminada de elementos de índole diversa (lo animal, lo vegetal, lo animado, lo inanimado, lo trágico, lo cómico). Esta es el rasgo diferencial básico y fundante de una categoría estética como lo *grotesco*².

La visión grotesca del mundo, propuesta y guía rectora de los cuentos que integran *El alma...*, aparecerá también en los que conforman *La rueda del molino mal pintado* (1928), colección que se cierra con “Breve disquisición alrededor de los hombres del café”. Allí, el narrador afirma: “A la hora de la digestión burguesa, *contemplé con un lente grotesco* el

1. Todos los subrayados nos pertenecen, salvo indicación explícita en contrario. Las citas de este párrafo pertenecen a *El alma...*, p. 37 de nuestra edición, de la que se tomarán todos los fragmentos de las colecciones que estamos presentando. (El número entre paréntesis corresponde al número de página.)

2. Mezcla entendida como acumulación desordenada de elementos de índole diversa, que confluyen en un mismo conjunto, configurándolo. Junto con ella, otros dos rasgos definitorios de esta categoría, como veremos más adelante, son el distanciamiento y la duplicidad. El primero, entendido como técnica de alejamiento respecto de cualquier referente concreto. A saber, lo conocido se aleja de sí mismo para definirse de otra manera. Así, se vuelve absurdo y, correlativamente, extraño. Es en este sentido que nuestro mundo, conocido y tranquilo, sufre un cambio de signo. Por otra parte, en el grotesco también asistimos al emplazamiento del número dos como unidad doble, compleja, contradictoria y para nada estática.

pintoresco catálogo del Café Japonés³, ilustrado por múltiples figuras, dignas de un concienzudo estudio de psicología morbosa” (133). De esta manera, lo que se anuncia en el comienzo de *El alma...* se retoma al final de *La rueda...* Las dos obras responden a una propuesta común y configuran, por lo tanto, un ciclo que se inaugura y se cierra en la década del 20.

Si bien ambas colecciones, para contar, echan mano a una mirada grotesca, de una a otra se verifican importantes modificaciones. En la del 27, ésta ocupa un primer plano respecto del resto de las cosas narradas. Así lo deja entrever el título del primer texto —“Mis ojos”—, que versa sobre las características y peculiaridades de la perspectiva elegida para contar. Las operaciones que ésta activa implican, como ya se dijo (y como veremos con algún detalle más adelante), una mezcla desprejuiciada de elementos que, considerados por separado, se autoexcluyen. En la colección del 29, en cambio, prima lo enfocado, es decir, los objetos o sujetos filtrados a través de la perspectiva elegida para narrar. Entonces, si antes se hablaba de “*Mis ojos*”, o sea, de una cualidad del narrador, ahora se avanzará sobre “Breve disquisición alrededor de *los hombres del café*”, vale decir, sobre los observados. Asistimos, por lo tanto, a un desplazamiento en el enfoque: de un *yo* a un *ellos*.

Los cuentos que recopila *El alma...* exhiben, en diferentes grados de importancia, lo que activa la mezcla propiciada por los ojos X del narrador: risa frente a lo trágico, por un lado, y manifestación de vida en los objetos muertos, por el otro. Decimos ‘en diferentes grados’ porque ambas expresiones aparecen en todos los cuentos, sólo que en concentraciones diversas, de forma que una prima sobre la otra. En “El teléfono epiléptico”, por ejemplo, si bien prevalece esta segunda manifestación, también es posible encontrar la primera. En él se presenta al teléfono del título que, enfermo en una casa vacía, sufre de convulsiones y delirios hasta que un día las autoridades, provistas de

llaves ganzúas, abrieron las puertas y se zambulleron en el silencio claustral de la finca solitaria.

El teléfono volvió a *quejarse en un continuado hipo*.

—Rin... rin... rin...

Y cuando el primer hombre se acercó y cogió entre sus manos la horquilla de níquel que sostiene al auricular, lanzó un grito de espanto, deshaciéndose en violentas contracciones.

El teléfono habíase agarrado a él como a una tabla de salvación y

3. Luego llamado Canadian, es el actual Homero Manzi, ubicado en la esquina de San Juan y Boedo (Gorelik 1998: 361, nota al pie).

no le abandonaba la mano.

Las autoridades comprobaron que el desdichado había sido víctima de una fuerte corriente eléctrica (42-43).

Aquí, la humanización del teléfono se combina con la muerte del electrocutado, que no se presenta con el peso de un acontecimiento trágico, sino más bien como un detalle menor (y hasta divertido) del episodio de histeria sufrido por el teléfono. Lo mismo sucede en “La pata de palo”, en el que prima lo que podríamos llamar, parafraseando a Discepolín, “tanto dolor que hace reír”⁴. En él, un cojo con convicciones anarquistas intenta el camino de la literatura social con escaso éxito, a consecuencia de lo cual termina consagrándose como escritor de epitafios. Las cosas suceden así:

Una vez confesó que, desde pequeño, padecía inclinación por la poética y que en su bohardilla guardaba más de trescientos pesos en versos. Páginas desconocidas para la multitud, porque alguien que maniobraba en las sombras le cerraba las puertas de todas las publicaciones. [...]

El espantaburgueses estaba en camino de acumular una colosal fortuna en versos, cuando logró salir del anónimo. Los poemas que él nunca pudo leer en letras de molde, tendrían ahora mejor y más duradero destino: el mármol. [...]

Sobre la humilde tumba de la madre, ensayó con éxito su primer epitafio. Y su emoción se tradujo en dos lágrimas.

Otros triunfos consagraron al cojo poeta de moda en los cementerios. [...]

Posternábase religiosamente ante el “R. I. P.” de las lápidas y releía su nombre grabado en mármol. Eso le emocionaba y humedecía sus ojos (45-46).

Al fracaso vital del protagonista, mirado de manera jocosa, este cuento agrega la humanización de su pata de palo, la cual

era un extranjero enamorado que no lograba hacerse entender. Al caminar, hablaba sobre los adoquines un idioma exótico. [...]

Ignoraba el cojo la tragedia de *esa pata de palo que jamás supo de las delicias de la vida conyugal*. Ni siquiera llegó a entrever el peligro de histeria que amenazaba a la pierna sana en su viudez soltera (44).

Vemos cómo, entonces, si bien en los diferentes cuentos prima una de las dos manifestaciones de la mezcla activada por la mirada

4. “¡Cuánto dolor que hace reír!” es el final de *Soy un arlequín*, tango compuesto (música y letra) por Enrique Santos en 1929.

grotesca, esto no significa que la otra se encuentre totalmente ausente.

Lo que hemos dicho hasta aquí se mantiene, con algunas diferencias y variaciones⁵, a lo largo de *El alma...* hasta llegar a “El hombre de los patines”. En él, anteúltimo cuento de la colección, se narra el irse a dormir de un niño, al cual su abuelo le relata una historia ‘fantástica’ para que concilie el sueño. Esta tiene por protagonista a un hombre de excepcional estatura y orejas como manijas que, con los años y el deambular, termina gastándose “hasta volverse pequeñito, pequeñito” (78). El nieto decodifica la historia echando mano a lo que ya conoce:

Como la roca que se despeña y rueda y se convierte en canto rodado, el hombre de mi cuento, canto rodado también, se fué gastando hasta volverse pequeñito, pequeñito...

—¿Cómo el enano de la calle Florida, abuelo?

—No, más pequeño. Como el Pulgarcito que se cayó en la olla...

—Abuelito, yo conozco uno que se está gastando también. Ya no tiene piernas. En los muñones lleva un par de patines atados con pedazos de piolín... ¡Cuánto habrá caminado! (77-78)⁶.

Así, la ‘realidad’ se cuele sin remedio en la voz del pequeño, tal vez amparada en la creencia popular de que los niños y los locos siempre dicen la verdad. El nieto es incapaz de imitar a su abuelo y observar a su alrededor utilizando una mirada grotesca⁷. De ahí, su incapacidad para entender las explicaciones que éste le da:

—Calla... No comprendes. El hombre de los patines perdió sus piernas por casualidad. En el preciso instante en que cruzaba una bocacalle, estornudó, y un automóvil que estaba en acecho, aprovechándose del estornudo, le devoró las piernas (78).

El niño se queda dormido antes de que la explicación de su abuelo concluya y es en ese momento que la propuesta lanzada en “Mis ojos” se desarticula. Frente a la contundencia de la desgracia del mendigo lisiado resulta imposible mantener la capacidad de reír. La mirada grotesca desaparece y sólo queda uno de los dos polos que antes determinaban la mezcla: el aspecto trágico. Es por

5. Partiendo de esta descripción general, es posible encontrar cuentos en los que la risa suscitada en el lector por la mirada grotesca es más patente que en otros.

6. Para establecer un paralelismo acaso aclarador, este protagonista recuerda a una escena famosa de *Los olvidados* (1950), de L. Buñuel, en la que un grupo de muchachos se aprovecha de un lisiado sin piernas que deambula sobre un carrito de madera con ruedas.

7. En este caso, el narrador cede su lugar al personaje del abuelo que, de todas formas, imita su manera de mirar.

esto que el último cuento de la colección —“El país de los hombres húmedos”— es un texto saturado de angustia y melancolía. En él, se cuenta que “La alegría es forastera en el país de los hombres húmedos, de los hombres que extraviaron la serpentina intacta de la risa en el laberinto del dolor” (79). Su narrador se declara perteneciente a una raza de hombres con un alma que es “un estado de tristeza sin remedio donde cuelgan los días su afiche de aburrimiento y las horas dicen en su monotonía que la vida no vale la pena” (*ídem*). Aquí, la vida ya no se encara “desde un grotesco punto de vista”, como se proponía en el cuento-prólogo, sino que se verifica la advertencia que lo clausuraba:

El día en que [mis ojos X] se aburran definitivamente y cansados de desnucarse contra las cosas inanimadas vuelvan hacia dentro sus miradas, se decretará la noche eterna en el inacabable bostezo de mi vida (38).

Noche eterna que, en este caso, coincide con la interrupción de la narración: el final del libro. *El alma...* no puede seguir narrando, dado que la mirada grotesca no puede continuar y, por lo tanto, se clausura con la mención del recuerdo de un pasado menos amargo.

Si *El alma...* se cierra con este fracaso, *La rueda...* volverá sobre sus pasos y renovará la apuesta. Como ya se adelantó, la mirada grotesca también se encuentra presente en los cuentos de esta segunda colección. Pero si antes ésta ocupaba un lugar privilegiado respecto de los demás elementos narrativos, ahora se subordina a la configuración de un ambiente urbano que ingresa a la literatura de la mano de González Tuñón.

La rueda... construye, a lo largo de sus siete cuentos, uno de los tantos caminos que llevan a un hombre de la honradez a la ‘caída’ en la ilegalidad. Los sujetos que protagonizan este viaje se encuentran lejos de la “mala intención” que a veces se les suele atribuir. Antes bien, son desesperados padres de familia o ex-anarquistas leídos y angustiados que delinquen porque ya han intentado (en vano) todas las otras maneras de ganarse la vida. Esto —que explicitaremos en seguida— nos lleva a matizar una opinión de García Cedro, según la cual en *Tangos*, *El alma...* y *La rueda...*: “el campo de significados que se pone en juego no está solamente asociado a lo marginal sino específicamente ligado a la delincuencia y a lo mal intencionado” (2003: 14). Al contrario. Los personajes que González Tuñón transforma en protagonistas de sus historias se asemejan a las prostitutas de Evaristo Carriego: el ‘mal paso’ de unas y otros tiene que ver más con una opción de la sociedad, que con una propia (y es por esto que en lugar de juzgarlos, se los comprende). La mirada grotesca es la responsable de la construcción de este espacio excepcional en donde es posible

encontrar a un estafador que es a la vez (en términos éticos) “un hombre de una sola pieza” (114). Al permitir la mezcla de lo moral e inmoral, de lo lógico y lo ilógico, de lo necesario y lo optativo, la mirada grotesca —anunciada *a posteriori* en “Breve disquisición...”— construye la representación literaria de una franja social que si bien coquetea con lo que está fuera de la ley, no por eso abandona los valores morales que rigen a la sociedad toda. Se trata de ladrones compasivos, estafadores probos, malandrines, en suma, a los que el lector quiere que les vaya bien. No representan al otro social —imposible de comprender y justificar a partir de nuestros códigos y nuestra visión del mundo—, sino a uno de nosotros en una situación de apuro. Antes de seguir adelante, entonces, reconstruyamos la historia de esa ‘caída’ a la que hemos aludido. Al hacerlo, proporcionaremos ejemplos de la falta de maldad propia de los *pícaros* tuñonianos⁸.

El cuento que abre *La rueda...* y da nombre a la colección narra la historia de Korsakoff, un inmigrante avaro que un día le abre su corazón a una muchacha. Esta desaparece luego de robarle todos sus ahorros. Korsakoff, así, de misántropo se convierte en desdichado y es en este momento que lo capta el cuento, presa de la desolación, acodado frente a una cerveza en un café del Paseo de Julio (actual L.N. Alem). Nada más sabremos de él. Pronto nos encontramos, sin embargo, con el protagonista de “Un bife a caballo”, hombre que abandona el Nelson Bar y se encamina hacia un hotelucho de Retiro en el que pasará la noche. Luego de recordar cómo —él también— ha sido objeto de un robo, presiente a un ladrón en la oscuridad compartida de la habitación. Frente a la sombra, y luego de formular la hipótesis evidente (“Será un ladrón”, 101), se pregunta cómo habrá llegado el otro a situación semejante para terminar fantaseando: “Quizá yo mismo sea mañana un ladrón...” (102). Con esta conjetura va un paso más allá que Korsakoff —inmóvil en su desgracia—, dado que además de lamentarse de su situación, imagina una solución a la misma: el robo. Hombre íntegro, considera que el mero hecho de pensar en la posibilidad del delito lo convierte ya en un delincuente: “He esperado treinta y tres años de honestidad para revelarme un ladrón en este hotel miserable... Esta noche he descubierto mi destino. *Ya soy un ladrón...*” (*idem*). Esta perspectiva lo atormenta de tal manera que, para escapar a su sino, opta por un disparo en la sien⁹.

Si a Korsakoff le roban y el robo lo inmoviliza, al hombre del

8. Tomamos el término de Rivera, quien sostiene: “[A Enrique González Tuñón] se lo puede considerar como uno de los sólidos exponentes de esa corriente literaria (ambiguamente emparentada con Boedo) que extrae sus materiales de la existencia, o de la eventual mitificación de una hipotética ‘picaresca porteña’” (Rivera 1980: II).

9. Dejando por un momento de lado la ‘caída’ imaginaria del protagonista, veamos cómo

cuchitril de Retiro lo impulsa a pensar en una vida al margen de la ley. Sin embargo, no soporta la perspectiva y para evitarla se suicida. Benjamín Salcedo, en cambio, protagonista de “El oficio póstumo...”, enfrentado a una situación similar a la de los dos que lo preceden, va todavía un paso más allá y se anima a coquetear con la ilegalidad. En efecto, “Con las cartas que Benjamín Salcedo escribió a sus amigos y conocidos, podríamos formar un interesante «Epistolario del Perfecto Pechador»” (106). Marginales, en el sentido de no tradicionales, los oficios que intenta Salcedo para ‘poner el pan sobre la mesa’ son ilegales y no tanto. Orador “callicida”, prestidigitador, dentista sin título, procurador, partiquino de ópera, naufrago, Salcedo también es mil cosas más:

Al contrabandista apócrifo, le sucedió el testigo presencial. Luego fue fabricante de medallas de famosas exposiciones universales, profesor por correspondencia, intermediario de usureros y otras polillas, testimonio de los resultados favorables de un producto químico, proyectista de raids aéreos, fundador de ligas panamericanistas, director de un periódico nonato, alquimista, compañero dolorido en velorios y sepelios, orador fúnebre y autor de numerosas felicitaciones de pascuas (114).

Resulta importante notar que más allá de lo estrafalario de estos oficios, Benjamín Salcedo es un padre y un marido ejemplar. Frente a un matrimonio consumado por inercia —“Se casó porque le faltó voluntad para negarse a ello” (106)—, otra persona menos íntegra hubiera hecho (es una de tantas posibilidades) abandono de hogar. No es el caso de Benjamín. El “consideraba que quien ha contraído compromisos graves en la vida, como son una mujer y tres hijos, tiene la obligación ineludible de agujerear la tierra, si es preciso, para alimentarlos” (113). Como decíamos, “un hombre de una sola pieza” (114). En este sentido, si bien es cierto que Salcedo es un estafador, también es verdad que se lo describe como

funciona lo grotesco en otro plano de este mismo cuento. “Un bife a caballo” está dividido en capítulos numerados (tal como los llama Enrique), que organizan la narración alrededor de un signo temporal: la elipsis. Hasta el capítulo 4, prevalece un tono trágico debido a la complicada situación del protagonista (misericordia, soledad, etc.). Este llega a su clímax con el suicidio, gesto con el que se concluye la primera secuencia del cuento. Sigue una elipsis y el tono que inaugura el capítulo 5 —y la segunda secuencia— es el de la chanza. Tres personajes se preguntan acerca de las razones de la muerte del protagonista y un policía, que dice deber “hacerle compañía al cadáver hasta que aparezca el juez” (103), se hace servir un bife a caballo para comerlo “en la mesita de noche, junto a la cama del muerto, [...] sin reparar en el hilo de sangre que trazaba un barbijo en el rostro del suicida” (*idem*). La elipsis separa el tono trágico del cómico y la situación final es evidentemente grotesca.

responsable e íntegro. Y lo parece todavía más porque detrás de él se recorta la figura gran guñolesca del hermano José, verdadero delincuente del cuento. Santón que se aprovecha de la credulidad ignorante de los que menos tienen, el ‘manosanta’:

Era un sujeto de baja estatura, deforme, con su cabezota bamboleante, hundida entre los hombros, tórax de luchador del Casino y piernas cortas de titiritero de cartón. Unas cejas espesas y revueltas ensombrecían su mirada. Al aparecer en el marco de la puerta, levantaba sus brazos larguiruchos en acción de gracias a Dios y dejaba escapar con voz afilada e hipócrita un “¡Alabado sea!”... (107).

Como vemos, nos encontramos frente a una descripción grotesca, cuya configuración está acentuada por el empleo de fórmulas lingüísticas derivadas del caudal de motivos de que dispone nuestra categoría. Asimismo, cabe señalar que la mirada del narrador, filtrada por un lente grotesco, hace hincapié en los rasgos externos del personaje con la finalidad de delatar o simbolizar sus características internas. *Las deformidades físicas* son señales que remiten a los *defectos morales* del hermano José. Y vinculando para ensanchar el panorama: una estrategia similar se pone en acto en *Los siete locos*, donde la descripción de los personajes cumple con la misma peculiaridad explicitada. Al respecto, piénsese en el exégeta de la Biblia, Ergueta:

Con el sombrero hundido hasta las orejas y las manos tocándose los pulgares sobre el *grueso vientre*, cabeceaba con una expresión *agria*, *abotagada*, con *cara amarilla*.

Lo vidrioso de sus *ojos saltones*, su gruesa *nariz ganchuda*, las *mejillas flácidas* y el *labio inferior casi colgante*, le daban apariencia de un *cretino* (Arlt 2000: 17)¹⁰.

Esta manera ‘curiosa’ de representar a los personajes se logra enfatizando sus aspectos repugnantes. Estos están configurados por medio de una serie de términos que se repelen pero que no pueden separarse. De hecho, se los distancia de lo humano vinculándolos al ámbito extrahumano. Sus detalles fisionómicos aparecen distorsionados y se hace hincapié en sus rostros de buey, en sus bocas con labios que se parecen a belfos o almorranas, en sus ojos de peces o sus cabezas de animales. En definitiva, la descripción grotesca está acentuada por el empleo de fórmulas lingüísticas propias de la zoología, típicas de la ‘cosificación’ o vinculadas con

10. En consonancia con lo dicho, en este extracto *cretino* hace referencia no sólo a su sentido figurado de estúpido, sino al portador de esa enfermedad endémica propia de las regiones montañosas conocida como *cretinismo*, que se manifiesta en deformidades físicas y mentales.

lo que Bajtín llama el “bajo corpóreo”. Es decir, con la zona baja del cuerpo, la de los órganos genitales.

Al lado del nefasto hermano José, causante —además— de la muerte de Salcedo, éste no es sino un ‘alma buena’ luchando para alimentar a los suyos, si bien de manera tal vez algo *sui generis*. El verdadero delincuente —amoral, repugnante— no es el protagonista, entonces, sino el ‘manosanta’. Benjamín no resulta condenable porque más que delinquir, lo que hace es aprovecharse del descuido de los demás. Y lo hace, como ya dijimos, para bien de su familia. Lo suyo no es maldad, sino picardía. Recordemos, por ejemplo, cuando se hace pasar por contrabandista —sin serlo realmente— para vender más:

Vendía piezas de género de contrabando, *piezas de género que adquiriría en una casa importadora*. Realizaba su tarea sin padecer el menor percance y la policía nunca lo molestó, porque estaba al tanto de la *inocencia del disfraz* (113).

En una palabra, nos encontramos frente a un ‘furbo’:

Un pillete, estableciendo con exactitud matemática el valor de la frase, es un hombre perseguido por las leyes. Un “furbo” no. El “furbo” vive dentro de la ley. La acata, la reverencia, la adora, violándola setenta veces al día (Arlt 1998: tomo II, 65).

Al respecto, resulta aclarador recordar lo que sucede en *Mateo* (1923), grotesco en tres cuadros de Armando Discépolo. En él, Miguel, padre de tres hijos, honrado y trabajador, intenta la vía del robo presionado por el hambre y las deudas contraídas por los suyos. Para explicar esta opción, Osvaldo Pelletieri trae a colación la siguiente cita:

Los desilucionados buscadores de oro encuentran una *nueva moral*: la del *chancho decente* (este término está tomado de *Don Chicho*, de Alberto Novión) [...] *Esta zona híbrida* (ni asesinatos —clase baja— ni viciosas estafas —clase alta—) aguarda a los integrantes de la clase media, *quienes aspiran a conseguir patente de rateros honrados* (Pelletieri 1987: 352, nota 35)¹¹.

Tendremos que esperar el último cuento de *La rueda...*, “La rata que murió en el arroyo”, para enfrentarnos con un protagonista que roba sin atenuantes ni excusas. En él, tres personajes viven el sobresalto del hurto. El protagonista, aprendiz de ladrón en su

11. El texto, citado por Pelletieri, pertenece a: Susana Marco, Abel Posadas, Marta Speroni y Griselda Vignolo (1974), *Teoría del género chico criollo*. Buenos Aires: Eudeba, p. 199.

bautismo de fuego, es el primero. Zombeca, ladrón diplomado, hombre del hampa nacido “en el drama de la Quema [...] prefacio de la cárcel o de la desesperada esclavitud” (121) es el segundo. Un amigo del protagonista, ex-“muchacho ingenuamente revolucionario” (120), actual cómplice de Zombeca, es el tercero. Para narrar el (único) robo en el cual el protagonista toma un papel activo, el cuento se extiende sobre las distintas situaciones que viven los tres hombres. Así, se explaya sobre los dramas del protagonista y de su amigo, ambos ladrones por fuerza, hombres que sienten la “nerviosidad de novicio”, “vergüenza” (123), sufren de angustia y tienen reparos morales para perpetrar el acto ilegal. El cuento discurre con largueza sobre la tortura de no tener un lugar donde dormir que acosa al amigo y también sobre el arrepentimiento que se apodera del protagonista una vez en posesión del botín. Pero nada dice de Zombeca, más allá de destacar su carácter de “financista impaciente” (125). Como sucedía con la pareja del hermano José / Benjamín Salcedo, aquí la única situación que no se enfoca es la del verdadero delincuente: Zombeca. Sí se recupera su pasado, cuando “Fue aprendiz de todos los oficios” (121), o sea, cuando todavía no era un hombre del hampa. Con esto queremos decir que la franja social que a González Tuñón le interesa representar en estos cuentos no es la de delincuentes como el hermano José o Zombeca (tal cual cree García Cedro), sino la de aquellas personas forzadas a rebuscarse la vida al filo de la legalidad. Ni delincuentes por opción, ni completamente honrados, resultan cabales exponentes de la *intermediaridad* grotesca, dado que no se sienten cómodos ni de un lado ni del otro: “Verdaderamente, no valía la pena ser honrado; pero, tampoco valía la pena sacrificar la honradez por tan poca plata” (125), como dice el protagonista de “La rata...”.

En este cuento, si bien nos enfrentamos con un protagonista que roba (y en este sentido va un paso más allá que Salcedo, el suicida anónimo y Korsakoff), corresponde señalar que se trata de un ladrón cuyo único deseo, una vez dado el ‘golpe’, es olvidarlo. Cuando Zombeca le propone una estafa en la que ganarían doce mil pesos a repartir entre tres (pensemos que el primer robo rinde a razón de cuarenta pesos por cabeza), el protagonista prefiere declinar el ofrecimiento. Su amigo, en cambio, cae preso por hacerse cargo del trabajo que él rechaza y termina ahorcándose en una celda de la Cárcel de Encausados. Segundo suicidio de la colección, la distancia que va del de “Un bife a caballo” a éste es la que existe entre matarse para no robar y matarse por haberlo hecho. En uno y otro caso, como se ve, el suicidio no hace más que delatar la incomodidad —la extrañeza— que estos personajes sienten frente al delito como modo de vida.

Podemos decir, entonces, que estos cuentos se permiten mirar

hacia la marginalidad en tanto ésta es no querida. Circunstancial. Sus protagonistas y buena parte del resto de los personajes comparten los valores morales impuestos por la sociedad hasta que, presionados por la coyuntura (una familia demasiado numerosa, hambre, la falta de un techo), caen en la ilegalidad buscando una vía de escape. Una vez más, Armando y *Mateo*. En ningún momento, sin embargo, hacen de ella una elección diferencial, o sea, la opción por un modo de vida alternativo. No la reivindican como una manera *otra* de existencia, sino que la sufren como una amarga negación:

Los ‘caídos’ de González Tuñón —metáforas, al cabo, de la situación de crisis— padecen porque la caída en los infiernos ciudadanos es ante todo la *imposibilidad de actuar conforme a los cánones de orden y equilibrio material que se ha trazado la clase media* (Rivera 1969: 26).

Se trata, en definitiva, de personajes cuyos valores repiten (*son*) los de la clase media, incluso si ellos se encuentran ubicados al margen de ella. Tal como Silvio Astier en *El juguete rabioso*, no son delinquentes, pero tampoco han encontrado las vías de una integración social. Por eso, es lógico que la colección como totalidad apueste al triunfo de la honestidad y se cierre con una regeneración. El protagonista de su último cuento roba, se arrepiente y sobrevive a su amigo suicida porque comprende que, aunque sólo sea para evitar un final infausto, más vale ser honrado. Así, el trayecto que arranca en “La rueda...” con la víctima de un robo, termina en “La rata...” con un ladrón arrepentido.

Como ya dijimos, lo que posibilita la existencia de esta franja social, mezcla de contrarios, es la mirada grotesca. La concepción de mundo —también grotesca— que se desprende de ella nos la ofrece González Tuñón en *Camas desde un peso* (1932), donde sostiene que:

Un fabricante que explota a cientos de obreros, paga impuestos cuando no puede eludirlos con una coima, cumple con las reglamentaciones legales, engorda, cohabita con libreta de registro civil, educa a sus hijos en la misma escuela, come con voluptuosidad animal, ocupa su butaca en el teatro, se deleita con la música empalagosa, eructa y se duerme pacíficamente, es un hombre honesto.

El empleado que acepta su situación de súbdito, escala puestos, es el perfecto alcahuete del amo, vende a sus compañeros por mucho menos de treinta dineros, obedece al horario, goza su licencia, fabrica hijos y se pavonea con la mujer preñada, es un hombre honesto y, además, un hombre que mira por su porvenir.

El funcionario que usufructúa una posición holgada conquistada

horizontalmente por su cónyuge; el canalla político que alienta encomiásticas aspiraciones de inmortalidad, son señores honestos (González Tuñón 1998: 50).

El narrador de esta novela retomará esta falta de distinción entre honestos y deshonestos, un poco más adelante: “No me interesa ni lo moral ni lo inmoral. Además, me parece que no existe nada moral ni inmoral sobre la tierra. Cada uno tiene su destino y marca su paso de galeoto del destino” (*ídem*, 91). Este ‘todo es igual, nada es mejor’ preanuncia esa formulación paradigmática que en 1935 toma forma en el tango *Cambalache* de Enrique Santos Discépolo. En él, la mezcla es sinónimo de confusión. Todo confluye, acumulándose, sin respetar jerarquía alguna¹². Discepolín, en medio de la década infame y refiriéndose al siglo XX, nos muestra la ausencia de clasificación en las cosas del mundo. *Cambalache* es la mezcla expuesta en el escaparate de una vidriera irrespetuosa que permite juntar lo que no podría reunirse jamás. En un conjunto que combina contrarios, el valor de cada elemento se oblitera o disminuye, y entonces, como dijimos, *todo da lo mismo*: lo bueno y lo malo, el canalla y el santo, el que trabaja y el que vive de los demás. Por esta razón, un estafador (Staviski) puede convivir al lado de un religioso (Don Bosco), y un mafioso o una prostituta (Don Chicho o La Mignón) al lado de un héroe de la patria (San Martín):

Pero que el siglo veinte
es un despliegue
de maldá insolente
ya no hay quien lo niegue.
Vivimos revolcaos
en un merengue
y en un mismo lodo
todos manoseaos...
¡Hoy resulta *que es lo mismo*
ser derecho que traidor!...
¡Ignorante, sabio o chorro,
generoso o estafador!
¡*Todo es igual!*
¡*Nada es mejor!*
¡*Lo mismo un burro*
que un gran profesor!

12. Al referirse al tango, Pujol señala su contextura mezclada: “Lo tenía todo: un perfil *criollo* innegable, un origen mítico que hundía sus raíces en el pasado argentino, el *aporte musical de España y de Italia*, la participación de los inmigrantes (y, sobre todo, sus hijos) en la producción y difusión y un significado de nacionalidad por todos comprendido” (1989: 130).

[...]

Si uno vive en la impostura
y otro roba en su ambición
¡da lo mismo que sea cura,
colchonero, rey de bastos,
caradura o polizón!

[...]

¡Cualquiera es un señor!
¡Cualquiera es un ladrón!
Mezclao con Staviski van Don Bosco
y ‘La Mignón’, Don Chicho y Napoleón,
Carnera y San Martín.

Igual que la vidriera irrespetuosa
de los *cambalaches*
se ha mezclao la vida,
y herida por un sable sin remaches
ves llorar la Biblia
contra un calefón...

[...]

¡Siglo veinte, cambalache
problemático y febril! (Pereira 1979: 85-6).

Este mundo en el que todo se encuentra mezclado, revuelto, aparece sin ambages en “El filósofo alucinado”, pináculo de la ‘serie del malandraje’ comentada hasta aquí. En él es posible encontrar los mecanismos del grotesco en muchos de sus niveles constitutivos¹³. El título nos sugiere la presencia de un filósofo — que pronto descubriremos seguidor del “diagnosticismo”— en tanto protagonista del relato. Consideremos las primeras manifestaciones que filtra el lente grotesco del narrador en lo que atañe a la descripción de nuestro filósofo:

Jocosos son los puntales que sostienen su resignada *seriedad* de filósofo, argumentador incontrovertible que extrae de la realidad de la vida despampanantes conclusiones estrambóticas y enrevesadas. ¡Lástima grande que en sus elocuentes exposiciones utilice un léxico arbitrario que provoca *sonrisas burlonas* entre sus gratuitos y entusiasmados espectadores! (90).

Como vemos, su supuesta seriedad, las conclusiones que saca

13. Es posible realizar un análisis como el que sigue en todos los cuentos de la serie. Si no los hicimos se debe a limitaciones de espacio y a que nos interesa sobre todo focalizar nuestras reflexiones en la trayectoria de la ‘caída’ de los protagonistas. Incluimos éste, que complementa el de “Un bife a caballo” que aparece en nota al pie, por ser “El filósofo alucinado” el cuento en el que lo grotesco llega a su máxima expresión.

de la realidad, el léxico de sus exposiciones —“términos detonantes” como “una bomba de dinamita” (44), que hacen eco a las palabras del cojo anarquista de “La pata de palo”— sirven para hacer hincapié en el efecto que provoca en quienes lo escuchan. Las cualidades intelectuales, que deberían suscitar el respeto de los demás —dado que con su producto se colabora al beneficio común—, en el caso de nuestro protagonista confluyen en un “incomprensible sistema filosófico, de uso exclusivamente personal” (90). Razón por la cual no hacen otra cosa sino presentarlo como un ser que mueve a risa. Se trata de un pensador cuya supuesta solidez intelectual (respaldada “barajando vocablos desconocidos”), no infundía “el respeto de las cosas incomprensibles”, sino hilaridad (61)¹⁴. Así, el filósofo resulta un personaje carnavalesco porque subvierte los valores y las jerarquías establecidas. Pero además, basta empezar a leer para percatarse de que en realidad no se trata de un filósofo alucinado sino de un sastre, “maestro en el arte de *combinar* sonidos”, del tipo “ « En la vida, como en el ajedrez, los primeros sacrificados son los peones » ” (91). En su establecimiento puede leerse, impresa sobre un cartón descolorido, la famosa afirmación de G. Galileo: “E pur si muove”. Esta máxima delata su afición de inventor (fracasado), en busca del movimiento continuo que, según él, debía proporcionarle “La inmortalidad al alcance de la mano” (*ídem*)¹⁵. Su extraño mecanismo —armado con resortes, engranajes, ruedas, torniquetes, y cuyo fin es demostrar la existencia de dicho movimiento—, huelga decirlo, permanece inmóvil. Después de este fracaso, arrastrado por una ‘honda inquietud social’ y por esos mismos ideales que movilizan al poeta cojo de “La pata de palo”, como él: “Se hizo terrorista. Pero la policía no quiso considerarlo como tal, omitiendo su nombre en los prontuarios de anarquistas calificados” (45). Empujado por dicha inquietud, y a pesar de pertenecer a un gremio diverso, se inscribe en el *Sindicato de Conductores de Carros*, afiliándose a la *Biblioteca del Libre Pensamiento*, “depositaria de las obras de los grandes renovadores sociales” (93). Aquí, junto con tres amigos, planea ofensivas

14. En este sentido, le sucede lo contrario que a otro personaje de Enrique: Lisandro Zavalía, “El hombre de los velorios” de *El alma*...

15. Esta fórmula revela una inquietud propia de la época. De hecho, quienes tratan también “de resolver el fantástico problema del movimiento continuo” son los parroquianos del café del suburbio, “que es un café mistificador, y el café de los vagos literarios, cenáculo de la gente devota del ‘completo’ ” (131). Asimismo, constituye también el tema de una pieza que Discépolo escribió en colaboración con Rafael José de Rosa y Mario Folco, cuyo título es *El movimiento continuo*, estrenada en 1916 en el Teatro Apolo de Buenos Aires. Aquí se ponen en escena los esfuerzos infructuosos de un inventor —Andrés García— para hacer funcionar un curioso aparato, y de su amigo Astrada, que financia el proyecto.

violentas en contra del Sistema para “dar al traste con el actual régimen social” (62) y nuevos modelos de convivencia social¹⁶.

Al sastre, como al Quijote, “*Del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro, de manera que vino a perder el juicio*” (98. El subrayado es del autor). De esta manera, se hace creyente muy devoto y seguidor de la doctrina de la no violencia gandhiana. Esto es, se siente “un apóstol, un elegido, un ahijado predilecto del Señor” y, simultáneamente, “se instruyó en la escuela de Jain del hinduismo” (*idem*). A raíz de esta novedad, lejos de abandonar el *Sindicato* y la *Biblioteca* por sentirlos mutuamente autoexcluyentes respecto de su nueva ‘afiliación’, acusa a sus compañeros de ser partidarios de las medidas extremas, siéndolo él, en cambio, de las *intermedias*. En el lector, estos intereses disímiles provocan, por un lado, un efecto humorístico determinado por su extravagancia; pero, por el otro, la heterogeneidad de cosas que no guardan relación alguna entre sí le suscitan un sentimiento de extrañeza. La simultaneidad de estos dos efectos y la afición del personaje a la *intermediaridad*, o sea, su estado de indecisión permanente entre la aceptación plena de la no violencia gandhiana y la conducta política subversiva del orden social es lo que nos induce a hablar de grotesco y a definir al personaje en cuestión como tal.

A pesar de no declarar explícitamente la función de lo grotesco, quienes reconocen en la obra de González Tuñón una “sonrisa que es a veces espantosa como una mueca” —como diría Fermín Estrella Gutiérrez—, o sea, la coexistencia de rasgos heterogéneos y la importancia de la mezcla, son Giordano y Korn:

Los cuentos, las glosas, las páginas casi siempre breves de este escritor, poseen un característico humor donde se *amalgama* la ironía y lo melancólico (Giordano 1983: 40).

Arrabales que permiten jugar con la *mezcla* de lenguajes: oralidad callejera, arcaísmos camperos, italianismos y lunfardo. Su prosa es una *mezcla* entre el tono de Carlos de la Púa, pero más legible y el de un *Segundo Sombra*, menos pulcro que el de un Güiraldes (Korn 2003: 21).

Por último, en el cuento que estamos tratando aparece un elemento más que contribuye a definir su estatuto grotesco: el relato que se produce cuando nace el hijo del sastre. Para elegirle un nombre adecuado, éste acude a la *Biblioteca del Libre*

16. Ideales “descabellados y subversivos” (71) que —dicho sea de paso— son aludidos o exhibidos también en varios cuentos de *El alma...* Piénsese, por ejemplo, en el ya mencionado “La pata de palo”, “El hombre de los velorios” y “¿Quién es el traidor? (Cuento electoral)”.

Pensamiento, integrada por sus tres amigos: el secretario de la institución, un bohemio y un joven universitario. Allí, “Expuso el caso con tanta claridad, que se vio obligado a repetirlo” (95). La primera propuesta es llamarlo Electra, como una figura mitológica griega, en homenaje a Galdós y como protesta contra la Iglesia. La sugerencia no resulta viable, sin embargo, por ser el recién nacido un varón. Luego surge el nombre Espartaco (tal vez en homenaje al esclavo romano que entre el 73 y el 71 a.C. protagonizó la *bellum servile*). Por último, se toma en consideración el nombre *Cero*, por la expresión perteneciente al habla cotidiana ‘*cero a la izquierda*’, a la cual el sastre —siendo izquierdista— hubiera tenido que conceder relieve, pero también porque el hombre es ‘*cero frente a la eternidad*’. Insatisfecho con estas propuestas el sastre elige un “nombre poemático. Huele a selvas vírgenes y a amor libre” (*ídem*): *Dafnis y Cloe*. Poemático y *doble*. *Duplicidad* que, como dijimos, es un rasgo determinante de lo grotesco. Por otra parte, esta heterogeneidad nominativa —el nombre es lo que define la función del personaje— en el ámbito del universo del discurso es el pretexto que suscita la burla (de los compañeros del niño en la escuela) y la risa (del lector), pero también la compasión por un niño que deberá llevar semejante absurdo toda la vida. Contribuye a definir al personaje como un ser grotesco porque por medio de un nombre inusitado no se está haciendo otra cosa que *distanciarlo*, volverlo extraño a los ojos del lector. En este caso el *distanciamiento* se lleva a cabo imponiendo a la inmotivación inherente a un nombre propio (primer orden u orden ‘natural’), la motivación de un nombre como *Dafnis y Cloe* (segundo orden u orden impuesto)¹⁷. Este parece más bien un apodo porque remite a una propiedad o una cualidad del sujeto. En este sentido, es un enunciado ‘constatativo’, ya que remite al ‘amor libre’ cantado, entre otros, por Longo Sofista en su novela escrita entre el II y III siglo d.C. Y además se trata de un apodo que lo nombra en el lenguaje de un modo que el propio nominado no puede aceptar y del cual, sin embargo, no puede defenderse. Como prueba, valga el diálogo entre el padre y su hijo que, ya con nueve años, no se atreve

17. Un ejemplo elocuente en el cual un orden establecido sufre la irrupción violenta de otro ajeno podemos encontrarlo en un pequeño texto —“Instrucciones-ejemplos sobre la forma de tener miedo”—, perteneciente a *Historias de cronopios y de famas* (Cortázar 1981: 13). Aquí, luego de una serie de seis ejemplos, se nos presenta uno en donde aparecen un enfermo y un médico. Después de la consulta, el enfermo se siente alentado, hasta feliz, porque el médico, por medio de un conjunto de reglas ordenadas, racionales y científicas, lo tranquiliza, diciéndole que en una semana estará bien de nuevo. Así se construye un universo con un primer orden y su relativo equilibrio. Pero cuando el paciente, sentado en un sillón, entrevé que el médico lleva puestas unas *medias de mujer*, sobreviene *el miedo*. Las medias constituyen el segundo orden que, de manera algo violenta, disuelve el primero junto con sus ordenaciones.

a pronunciar su nombre:

—Padre... Padre...

—¿Qué tienes, criatura?...

—¡Yo no quiero llamarme *así*!

—¿Cómo?...

—*Así, con el nombre que tengo*... Todos los chicos me hacen *burla*. Yo quiero llamarme Juan o Pedro o Miguel o Francisco... (96).

La denominación constituye una manifestación de lo grotesco, ya que lo habitual —tal como lo es una marca de identificación como el nombre— se vuelve insólito. Esto nos introduce en un mundo en el que a las ‘conveniencias de la forma’ se sobreimprimen ciertas desviaciones o una ‘conducta desviada’, expresión de rareza con la cual se trata de comunicar extrañeza al lector.

Todas estas manifestaciones de lo grotesco no explican, sin embargo, el porqué de la inclusión de “El filósofo alucinado” en la ‘serie del malandraje’. Y bien, este cuento, punto culminante de lo grotesco es también el punto culminante de la serie, ya que narra el robo más radical de todos: el de una vida. En efecto, el sastre-filósofo le quita la posibilidad de existir a su hijo. En un diálogo éste le dice:

—Padre... Yo soy muy desgraciado...

—Habla: quiero ser tu confesor.

—Soy muy desgraciado y *usted es el culpable. El culpable que premeditó mi desgracia*. [...]

—Tú eres mi padre. La duda de Strimberg se desvanece conociéndote y contemplándome. *Yo soy un proyecto de hombre, porque tú solo has servido para urdir proyectos. Soy un hombre en borrador*: la vida se olvidó de pasarme en limpio. Y como si esto no fuera bastante, has recargado lo grotesco de mi existencia, colgando sobre la insignificancia de mi figura, el cartelón de un nombre ridículo. ¡Dafnis y Cloe! (97).

Poco después Dafnis y Cloe, cumpliendo con la *conditio sine qua non* de cualquier objeto robado, desaparece: “se fue borrando como un recuerdo. La vida había omitido pasarlo en limpio y cuando el padre quiso darle importancia, el hombre en borrador era, apenas, una lejana visión...” (ídem).

Si en las dos colecciones que acabamos de presentar “La actividad primordial del narrador [...] consiste en mirar. Es un *voyeur*” (García Cedro 2002: 5), los cuentos que las integran son el resultado de esa mirada, que se posa una y otra vez sobre una franja social, cuyos sujetos —pequeño-burgueses— se encuentran

imposibilitados de ser tales. Deben, por lo tanto, rebuscarse la vida por otro lado y esto es lo que los convierte en seres grotescos: pequeño-burgueses y ‘malandras’ a la vez, ejemplares padres de familia y estafadores de poca monta a un tiempo.

Hasta aquí hemos explorado algunos aspectos del funcionamiento de lo grotesco en *El alma...* y *La rueda...* Ahora toca preguntarse sobre la pertinencia de dicho recorrido. Su razón de ser estriba en la postulación de una *tercera zona* —de la cual Enrique González Tuñón forma parte— en el campo literario porteño de 1920¹⁸. *Zona alternativa* distante tanto respecto de los grupos de Boedo y Florida, como de los grandes nombres del momento: Gálvez, Lugones, Güiraldes, Larreta, Wast, Lynch, Banchs. Su individuación posibilita la ubicación de figuras que hasta ahora han sido consideradas por la crítica especializada como ‘de frontera’ porque ubicables en las dos ‘corrientes’ del momento (‘artepurismo’ / ‘arte comprometido’), o en ninguna. Esta zona está integrada por escritores cuyas obras, a pesar de adoptar géneros diversos, se estructuran alrededor de la categoría estética de lo grotesco, que en la Argentina se puede considerar como una *proyección mediatizada* de la primera inmigración¹⁹. Esta y, sucesivamente, el proceso de integración de los inmigrantes originaron la *dimensión de la mezcla*. De ella dimanó una serie de combinaciones lingüísticas (entre lenguas extranjeras, dialectos y el castellano) que posibilitaron el brote del cocoliche y el lunfardo, así como también conflictos entre clases sociales diversas (la oligarquía, el nuevo proletariado urbano y los sectores emergentes), entre generaciones (padres e hijos), entre tiempos. Frente a estas colisiones, determinadas por la mezcla en tanto signo histórico, la literatura —entendiendo por ella sus distintas manifestaciones— aplicó, a nivel estético, estrategias convergentes a pesar de sus peculiaridades genéricas.

Aclarando. *Lo grotesco es una representación estética (o, como dijimos, una proyección mediatizada) de fenómenos surgidos a raíz del proceso migratorio y resultantes de complejas variables de integración*. En este sentido, los textos que componen el *corpus* de

18. Hablamos de ‘tercera zona’ o ‘zona alternativa’ para evitar decir grupo, corriente o movimiento. Los escritores que mencionaremos a continuación no se consideraron a sí mismos como agrupación ni se nuclearon en torno a una revista propia con un manifiesto en donde formularon declaraciones programáticas. En cambio, fluctuaron entre Florida y Boedo, pero sin participar enteramente de sus estéticas. Según nuestra opinión, lo que permite considerarlos como un conjunto más o menos homogéneo no es su postura de permeabilidad, sino ciertos rasgos estéticos comunes en sus obras.

19. Para una explicación más detallada de la relación entre inmigración y tercera zona (así como también para un esbozo de los grupos de Boedo y Florida): Ojeda Bär y Carbone (2005: 7-32).

nuestra tercera *zona* son mapas de su referente real, ya que unos y otro anclan su existencia en la *mezcla* de elementos de índole diversa, aceptando tanto sus desafíos como sus conflictos; *los primeros encuentran su sustento en el segundo*. Entonces, nuestra dominante refiere —en la década del 20— a la emergencia y consolidación de lo grotesco, que encuentra su inicio en el género dramático y su final en el ensayo.

Con Arlt, lo grotesco se adueña de la narrativa (y así conquista un espacio inédito), invadiéndola por medio de un constante desplazamiento de registros: lo cómico alterna con lo trágico, las especulaciones místicas con las reflexiones pedestres, la miseria con el golpe de humor, el realismo con el absurdo, etc. Ocupaba ya un lugar considerable en algunas obras teatrales de Discépolo escritas entre 1920 y 1928 y en el treinta irrumpe también en el ensayo con Scalabrini Ortiz. Por lo que concierne a los otros géneros, esta categoría se manifiesta en los tangos de Enrique Santos Discépolo, la poesía de Nicolás Olivari y la narrativa breve de Roberto Mariani y —como hemos visto en este estudio— de Enrique González Tuñón²⁰.

Discépolo, Discepolín, Arlt, Olivari, Mariani, E. González Tuñón y Scalabrini Ortiz, exponentes de aquella conjunción de elementos heterogéneos que comprenden la primera inmigración del siglo a una de las orillas del Río de la Plata, con obras que abarcan todos los géneros, arman y describen un sistema compartido de operaciones, es decir, ese espacio textual cuya fórmula general y aglutinante es una representación estética de la inmigración. Sus nombres integran nuestra tercera zona, cuyo *corpus*²¹ lleva adelante una nueva literatura porque incorpora un gesto inédito hasta ese entonces: *transfiere la realidad conocida sobre otro plano de valores*. Estos textos someten su referente a un nuevo tipo de representación —que no procede por

20. Vale la pena señalar, aunque sea de paso, que la presencia de lo grotesco no es el único punto de contacto entre las obras de estos escritores. Otro rasgo compartido es el estar pobladas por personajes marginados, fracasados, inmigrantes en su mayoría, que reflejan un mismo tipo de angustia y desesperación.

21. Específicamente, las obras que integran nuestro *corpus* son: de Armando Discépolo, los grotescos 'criollos' *Mustafá* (1921), *Mateo* (1923), *Babilonia* (1925), *Stéfano* (1928) y *El organito* (1925), única pieza en la que Discepolín colaboró con su hermano; de Enrique Santos Discépolo, los tangos *Qué vachaché* (1926), *Esta noche me emborracho* (1927), *Chorra* (1928), *Soy un arlequín* (1929), *Yira, yira* (1930), *¿Qué sapa, señor?* (1931) y *Cambalache* (1935), que puede ser considerado un manifiesto tardío o declaración de intentos de su labor musical, y por su capacidad de síntesis se incluye en nuestro *corpus*, a pesar de que supera los límites de la década que nos interesa; de Nicolás Olivari, los poemarios *La amada infiel* (1924), *La musa de la mala pata* (1926) y *El gato escaldado* (1929); de Roberto Mariani los volúmenes de narrativa breve *El amor grotesco* (1922), *Cuentos de la oficina* (1925), *El amor agresivo* (1926) y *La frecuentación de la muerte* (1930); de Enrique González Tuñón, las dos colecciones que se

analogía, aproximación o imitación, sino por *degradación*—, que sin embargo es capaz de reorganizarlo, individualizarlo y caracterizarlo. Toman en cuenta cosas familiares pertenecientes a ese Buenos Aires que les es contemporáneo —“el gran escenario latinoamericano de una *cultura de mezcla*” (Sarlo 1988: 15)²²— y las presentan tal cual son: mezcladas. Para dar cuenta de la multiplicidad de lo real, para ilustrar su ambigüedad, o sea, para volver significativa la mezcla, la hiperbolizan y la someten a un proceso de distanciamiento. Nuestro mundo se aleja de sí mismo para definirse de otra manera, se distorsiona y su configuración raya lo absurdo. Lo conocido empieza a desmoronarse y nos da la impresión de estar a punto de desintegrarse²³. Frente a tamaño evento, el espectador experimenta cierta desorientación que le despierta sensaciones contradictorias. Se advierte un sentimiento de perplejidad acerca de lo que sucede y de cómo reaccionar frente a ello. Lo que se estimaba como *dado, estable, concluido* deja de serlo porque junto con ello coexiste una realidad insólita, con la cual se refleja mutuamente. Uno y otra se iluminan de manera recíproca con vistas a formar un amplio retículo, una gran metáfora de la realidad. Así, se participa *simultáneamente* de dos dimensiones —una conocida y otra inédita—, de la ambigüedad y el absurdo de manera dúctil, desenvuelta.

Esta literatura, alejada de los módulos vigentes y canonizados en la década del 20, inaugura en las letras argentinas un nuevo ciclo: el de la estética de lo grotesco. Se trata de una sistema iconoclasta, que ensalza el número dos como unidad y sobre él construye una pluralidad de manifestaciones: “El grotesco permite la manipulación dual sin perderse en ella porque da lugar a *la síntesis, a la unión, a la convivencia de sentidos*” (Zubieta 1987: 106. El subrayado pertenece a la autora). Tal como la risa frente a lo trágico o la manifestación de vida en los objetos muertos. O, simplemente, tal como aquel “nombre poemático [que] huele a selvas vírgenes y a amor libre”: Dafnis y Cloe (95).

ANA OJEDA BÄR
 ROCCO CARBONE

reeditan en esta oportunidad; de Roberto Arlt, *Los siete locos* (1929); de Scalabrini Ortiz, el ensayo *El hombre que está solo y espera* (1931), obra cuya temática responde, a pesar de su año de publicación, a la década del 20.

22. No queremos dejar de señalar que una de las hipótesis alrededor de la cual se articula *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930* es la de la cultura argentina como *cultura de mezcla*.

23. Piénsese, a modo de ejemplo, en lo que se dijo acerca del funcionamiento del nombre Dafnis y Cloe con respecto al hijo del sastre-filósofo.

BIBLIOGRAFIA

ARLT, Roberto (1998), *Aguafuertes*. Ensayo preliminar de David Viñas. Tomo II. Buenos Aires: Editorial Losada; (2000), *Los siete locos / Los lanzallamas*. Coordinador: M. Goloboff. Nanterre Cedex: Archivos (Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores).

CORTAZAR, Julio (1981), *Historias de cronopios y de famas*. Barcelona: Edhasa / Sudamericana.

GARCIA CEDRO, Gabriela (2002), "Prólogo. Primer acercamiento a Enrique González Tuñón", en González Tuñón, Enrique, *Antología*. Buenos Aires: Ediciones Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos; (2003), "Enrique González Tuñón o el arrabal como fascinación y distancia", en *Hipótesis y Discusiones*. Serie monográfica del Instituto de literatura argentina 'Ricardo Rojas', Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

GIORDANO, Carlos (1983), *La literatura social en la Argentina (1920-1930)*. Cosenza: Editrice MIT.

GONZALEZ TUÑON, Enrique (1998), *Camas desde un peso*. Rosario: Ameghino Editora.

GORELIK, Adrián (1998), *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.

KORN, Guillermo (2003), "El tango como improvisación" en González Tuñón, Enrique, *Tangos*. Buenos Aires: Librería Histórica.

OJEDA BÄR, Ana y CARBONE, Rocco (2005), "Estudio preliminar" en Olivari, Nicolás, *Poesías 1920-1930: La amada infiel, La musa de la mala pata, El gato escaldado*. Buenos Aires: Malas Palabras Buks.

PELLETIERI, Osvaldo (1987), (estudio preliminar, notas y vocabulario), *Obra poética de Armando Discépolo*. Buenos Aires: Eudeba.

PEREIRA, Susana (1979), *Literatura testimonial de los treinta*. Buenos Aires: Peña Lillo Editor.

PUJOL, Sergio A. (1989), *Las canciones del inmigrante. Buenos Aires: Espectáculo musical y proceso migratorio. De 1914 a nuestros días*. Buenos Aires: Editorial Almagesto.

RIVERA, Jorge B. (1969), "Enrique González Tuñón" (reseña de *La rueda del molino mal pintado*) en *Los libros*, nº 4, octubre de 1969, p. 26;

(1980), “Prólogo”, en González Tuñón, Enrique, *Viaje al fondo de una calle y otras páginas. Antología de Enrique González Tuñón*. Buenos Aires: CEAL.

SARLO, Beatriz (1988), *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.

ZUBIETA, Ana María (1987), *El discurso narrativo arltiano: intertextualidad, grotesco y utopía*. Buenos Aires: Hachette.

ACERCA DE LA INCLUSIÓN DE
*EL TIRANO. NOVELA SUDAMERICANA DE HONESTAS
COSTUMBRES Y JUSTAS LIBERALIDADES*

La inclusión de *El tirano...* en el presente volumen tiene como único objetivo evitar la pérdida de un texto publicado por Manuel Gleizer en 1932 y jamás reeditado. De humor cáustico e hilarante a la vez, sorprende por su desenfado (siempre irónico) al retratar las desgracias de una tierra gobernada *de facto* por un “Buen Tirano”, identificable tanto con Rosas como con Uriburu como con cualquiera de los que se sucedieron a partir del primer golpe militar de la historia argentina. Casi una obra de teatro por la absoluta preeminencia de diálogo, el designio de no caer en las sendas trazadas por lo políticamente correcto le confiere a este texto vigencia, al tiempo que le permite poner sobre la mesa varios puntos incómodos acerca de las características de los gobiernos populistas.

BIBLIOGRAFIA DE ENRIQUE GONZALEZ TUÑON

1926: *Tangos*. Buenos Aires: Manuel Gleizer.

1927: *El alma de las cosas inanimadas*. Buenos Aires: Manuel Gleizer.

1928: *La rueda del molino mal pintado*. Buenos Aires: Manuel Gleizer.

1930: *Apología del hombre santo*. Buenos Aires: Francisco A. Colombo.

1932: *El Tirano. Novela sudamericana de honestas costumbres y justas liberalidades*. Buenos Aires: Manuel Gleizer; *Camas desde un peso*. Buenos Aires: Manuel Gleizer.

1933: *Las sombras y la lombriz solitaria*. Buenos Aires: Manuel Gleizer; *El cielo está lejos*. Buenos Aires: Manuel Gleizer.

1941: *La calle de los sueños perdidos*. Buenos Aires: Americana.

A PROPÓSITO DE *EL ALMA DE LAS COSAS INANIMADAS*

LA NACIÓN, 12 DE OCTUBRE DE 1927

En las viejas leyendas de origen germánico, con frecuencia aparecen los objetos más comunes y familiares realizando importantes acciones y pronunciando palabras llenas de ciencia popular. Por una invencible inclinación el alma les comunica su propia esencia. A ello se debe la inmortalidad de la poesía. Si llegara a desaparecer, la vida se ahogaría en una irrespirable atmósfera utilitaria.

Del mismo modo, en los sucesos más triviales se oculta, a veces, un profundo significado cuyo secreto descubren más fácilmente los espíritus ingenuos, al desunir los elementos de seculares cristalizaciones de ideas, que el hábito o el interés mantienen tenazmente asociadas a otras. Es la tarea que realiza el autor de este libro: disociar ideas, que al recobrar su estado libre son susceptibles de entrar en nuevas infinitas combinaciones.

Estos motivos bastarían para suscitar interés, si no existieran otros de igual valor. Originada por una actitud particular frente a la vida, esta facultad, que deriva de una habitual manera desinteresada y libre de contemplar el espectáculo del mundo, por un tránsito casi insensible, lleva a confundir en una misma persona al espectador y al objeto. Es un desasimiento de todas las cosas, que si presta lucidez a la especulación ocasiona siempre un secreto dolor. Por eso, en este libro de aparente humorismo, se oculta tal vez una tristeza muy real.

El deseo de alcanzar, en todo momento, una expresión original será objeto de censura o de aplauso. Pero quizá pueda afirmarse del autor lo que Maeterlinck dijera de un poeta muy discutido: "Ha visto muchas cosas de modo diferente que los otros; y ver de modo distinto que los otros es casi siempre ver un poco mejor que ellos".

• • •

Nota del editor: más que una anónima, nos hubiera gustado reproducir aquí la reseña que Jorge Luis Borges dedicó a este libro en la revista Síntesis (Buenos Aires, año I, n° 7, diciembre de 1927), por ser la suya una voz de indudable pertinencia en el debate Boedo-Florida-tercera zona (ver "Estudio preliminar"). Desgraciadamente, la misma se encuentra recopilada en un tomo de Emecé, editorial con la que nos

pusimos en contacto a fin de solicitar el permiso correspondiente y de la cual nunca recibimos respuesta. No nos queda, por lo tanto, más alternativa que la cita. Para Borges, en los catorce episodios de El alma... se encuentra el “genuino acento” de Enrique, que tendría que ver con “un gran estilo despreciativo para narrar, que se vale de fórmulas oficinescas o policiales para las cosas, como si éstas no mereciesen mayor respeto”.

El alma de las cosas inanimadas

(1927)

Nota del editor: se reproduce a continuación, sin modificación alguna, la primera edición de este libro. Buenos Aires: Gleizer, 1927.

A María Luisa

MIS OJOS

Don Agustín, filósofo energúmeno del café de “La Araña”, desalojó de su privilegiada mollera para ubicar en un apólogo, a un pobre hombre insensato que creía en lo sobrenatural y que negaba la realidad externa.

Este hombre insensato del apólogo de don Agustín, aplicó sus ojos, con la ayuda de un sabio italiano apellidado Rissotto, la virtud perforadora de los rayos X.

Y ocurrió que el hombre insensato fué precursor del futurismo y terminó sus días en un manicomio.

Yo padezco también, sin haber conocido el milagroso bisturí de Rissotto, la enorme desgracia de los ojos X.

Poseer ojos X es síntoma de anormalidad. Anormalidad inofensiva para el prójimo y libre del socorrido chaleco de fuerza.

Esto, agregado a las seguridades que me otorgan aquellos que sufren mi cercanía, me convence de que, efectivamente, soy un hombre anormal, una especie de sujeto de laboratorio.

Por tal me tengo desde que mis miradas rectas y certeras se incautaron de un nuevo y simple modelo filosófico, del cual resulta fácil desglosar un bondadoso sentido de la vida.

Sin realizar el misterioso aprendizaje de las ciencias ocultas, por temor de perturbar el sueño, he aquí que mis ojos esclarecieron el alma de las cosas inanimadas y atraparon la ridícula pedantería del hombre que, como yo, habla a menudo en primera persona.

Porque es preciso —ya que nuestros progenitores nos colocaron en el duro trance de vivir— encarar la vida desde un grotesco punto de vista. Y sonreír, frente a las novísimas ediciones de tragedias antiguas, con sonrisa sin repuesto, estereotipada en el rostro de un loco dócil.

El hombre de los ojos X es humanamente bueno porque ve la vida en paños menores y preside lo poco que valemos, la insignificancia de nuestras actitudes y la inutilidad de nuestros malos humores.

Tener ojos X que perforan la materia, es llegar sin esfuerzo al esqueleto. De aquí que no resulte muy regocijante extraviarse en

soliloquios con el propio esqueleto, sentado en pose meditativa bajo el huraño ademán del mozo de café o moviéndose cómodamente, como un títere de barracón de feria.

Los ojos X miran el fondo de las cosas. Si no fuera así y vieran al trasluz, permutaría mi posición de periodista por el descansado, lucrativo y noble oficio de tahir.

Quizá sean los ojos X, consecuencia fatal del mal específico que enloqueció a nuestros ascendientes.

Yo sólo sé que mis ojos X no tienen remedio y que es inútil y tonto pretender distraerlos con el lente ahumado de espectáculos maravillosamente lujuriosos.

Mis ojos X están enfermos de ver siempre un mismo melancólico paisaje de almas.

El día en que se aburran definitivamente y cansados de desnucarse contra las cosas inanimadas vuelvan hacia dentro sus miradas, se decretará la noche eterna en el inacabable bostezo de mi vida.

EL COLCHON DE ESTOPA

Parque Patricios, con un consejo de aurora, reprochaba mi vida de trasnochador, cuando llegué al silencio amortajado en polvo de mi chiribitil. Estaba decidido y ni aún la heroica ancianidad de mi colchón de estopa logró aventar las cenizas de aburrimiento que cubrían mi emoción.

Lo doblé en tres partes y colocándolo sobre mi hombro con la técnica de un mozo de cordel, lo arrojé a la calle, clandestinamente.

Ni un alma me vió. Era la hora del desperezo.

Miré al veterano colchón abandonado en la calzada maltrecha; contemplé, sin conmoverme, a ese pobre anciano enfermo de peritonitis aguda, con sus intestinos escurriéndose por los agujeros del cotín, y volví a mi cuarto.

Lo arrojé a la calle porque ya no servía. Me desprendí de su irremediable invalidez, con un desplante de señor feudal. Le pagué con la misma moneda de ingratitud con que paga el burgués al viejo obrero.

Ese día, después de agenciarme unos pesos, había adquirido un flamante colchón de estopa.

Confieso que una vez en mi habitación, rodeado de mis humildes muebles, sentí un vago remordimiento por la innoble acción llevada a cabo con toda impunidad.

Y el otro, el nuevo, el adolescente colchón estaba ahí, sobre la cama, confuso como una novia, sintiendo la nostalgia del mechón de lana que se balanceaba en la puerta de la mueblería. Advertí en él ese temor extraño del que se enfrenta con el futuro.

Mi cuarto era verdaderamente lamentable. De sus paredes leprosas se desprendían cáscaras de piel y en su techo de vigas, un circo de arañas bohemias —saltimbanquis de Sarrasini— había instalado sus carpas. Cómicos trashumantes que ensayaban decorativos juegos de equilibrio en sus débiles trapecios y deslizándose por el suelo, se perdían en la boca anarquista de mi zapato, donde otra araña hilaba su tela con el afán de Penélope.

La vieja cómoda con sus cajones repletos de recuerdos; la mesa; el cajón de kerosene que suplantaba interinamente a la

mesita de noche; la estampa de San Luis de Gonzaga empolvada de súplicas antiguas, contemplaban con silenciosa hostilidad al debutante huésped proletario.

La vela de estearina abrió su ojo de luz, volcando una mirada temblorosa en el vestido de presidiario del intruso.

La cómoda es anciana y noble como mi abuelita. Y buena como ella, también. Vive un domingo cuando logra ofrecerme las camisas blancas y los cuellos almidonados.

Sobre su mármol, como una lápida, mi madre se perpetúa en un retrato sin marco.

¡Mi vieja cómoda! ¡Cuándo te llegará el día de Navidad! ¡Cuándo podrás lucir, con el orgullo fiestero de una obrerita, la carpeta multicolor y chillona y los cuatro objetos de orfebrería en liquidación!

La mesa, con sus patas delgaditas como las piernas de los niños anémicos,

se puso en cuclillas y me ofreció su lomo para recordar la fidelidad de aquel glorioso compañero, apelonado en la mitad de la calle.

Todas las noches, invariablemente, mi pobre colchón de estopa, con su andrajoso traje de cotín, aguardaba mi regreso despierto sobre las trenzas de alambre del histórico catre.

Ya no podía moverse. ¡Había soportado mi cansancio tantas noches!... Estoy seguro de que mi servicial y esforzado amigo hubiera deseado la blandura de un almohadón persa para brindármela.

Pero no; era duro, plebeyo, bueno. Era un colchón de estopa sin abolengo, con la dureza curtida y la bondad del obrero que se esfuerza en extirpar los callos que enguantan su mano, para acariciar a un niño.

Heroico colchón de estopa: trabajador que cumplió su destino de coyunda y que debió acogerse a los beneficios de la ley de jubilaciones. Inválido que, atacado de incurable dolencia, soportaba la nostalgia de una sábana ordinaria y escuchaba mis confesiones de noctámbulo rabioso y descontento.

Colchón de estopa que rompió sus articulaciones para evitarme pesadillas desagradables con un corolario de enervante malhumor: deja que solloce el “mea culpa”.

Ahí está tu sucesor. Alguna noche, a la hora del golpe de furca, lo arrojaré como te arrojé a ti, desdichado colchón de estopa...

.....

Llovía. Yo me quedé dormido con la cabeza apoyada en la cordialidad de mi mesita de pino. El cuchitril, más humano, lloró

por sus innúmeras goteras, conmovido por el drama del ausente.

.....

La noche me abrió los párpados. Había soñado durante un sol. La obsesión de mi reprochable conducta me llevó a la calle. Y allí, los niños, que ignoran el calendario, danzaban alrededor del colchón envuelto en llamas.

Era la noche de San Juan.

El viento guardó en sus alforjas las cenizas del soldado desconocido de mi bohemia.

EL TELEFONO EPILEPTICO

En la casa solitaria el silencio acortinaba las paredes con musarañas y envolvía en polvo los muebles y las cosas.

Amortajado de olvido, el aparato telefónico hacía vida de ermitaño en un rincón de la estancia. Por momentos, en el brillo metálico de su pequeño sombrero niquelado, parpadeaba la vida. Síntoma de inquietud. Nerviosidad del que espera inútilmente. Deseo de volver a escuchar las confidencias que alguien le decía al oído, para llevarlas corriendo a lo largo del hilo de cobre revestido de cinta aisladora, también estremecido de emoción.

La Muerte condenó las puertas de la casa y dejó huérfano de amistad al teléfono.

El auricular, que en vano esperaba la mano amiga, hallábase poseído de un sentimiento de desolación.

En la noche, dejábase oír la entrecortada y jadeante respiración del teléfono.

Gemía débilmente:

—Rin... rin...

La perplejidad, o el miedo tal vez, hacía permanecer quietas a las cosas extraviadas entre montones de sombras.

En las horas de la mañana, un rayito de sol filtrábase por la abertura de un postigo, furtivamente. Por eso su visita era breve. Visita de médico.

El teléfono, tranquilizado por la palabra optimista del sol, cesaba en sus convulsiones y se quedaba dormido.

Su estado era cada vez más grave. Pasaba las noches en un continuo delirio, agitando incesantemente la horquilla de níquel.

La gente que vivía en los alrededores, picada de curiosidad, llamó la atención de las autoridades, las cuales, para justificar su oficio, decidieron llevar a cabo una pesquisa en la presunta casa de Tócame Roque.

Provistos de llaves ganzúas, abrieron las puertas y se zambulleron en el silencio claustral de la finca solitaria.

El teléfono volvió a quejarse en un continuado hipo.

—Rin... rin... rin...

Y cuando el primer hombre se acercó y cogió entre sus manos la horquilla de níquel que sostiene el articular, lanzó un grito de espanto, deshaciéndose en violentas contracciones.

El teléfono habíase agarrado a él como a una tabla de salvación y no le abandonaba la mano.

Las autoridades comprobaron que el desdichado había sido víctima de una fuerte corriente eléctrica.

LA PATA DE PALO

Era cojo.

Alrededor de la ausencia de su pierna promovieron en el café ruidosas discusiones.

Aún cuando él aseguraba haber sido mal herido en una refriega proletaria, nadie sabía, a ciencia cabal, el origen de tal amputación.

Lo cierto es que la pierna primitiva, con la tibia y el peroné forrados en carne, había sido substituída por una pata de palo nudoso.

Nunca una palabra de aliento escuchó la pierna sana, y en cambio, a la desaparecida solían recordarla jocosamente.

La pata de palo, sujeta al muñón, sufría en silencio. Muchas veces desgarraron sus carnes de pino para fijar en ella un extraño tatuaje.

La pata de palo era un extranjero enamorado que no lograba hacerse entender. Al caminar, hablaba sobre los adoquines un idioma exótico.

El cojo sentía un infinito desprecio por la pata de palo. No reconocía la importancia de los servicios que le prestaba y de noche, al acostarse con su pierna viuda, arrojaba a la intrusa lejos de sí, junto a burdos y deshonestos objetos de lamentable utilidad.

Ignoraba el cojo la tragedia de esa pata de palo que jamás supo de las delicias de la vida conyugal. Ni siquiera llegó a entrever el peligro de histeria que amenazaba a la pierna sana en su viudez soltera.

El cojo había hecho una provisión de términos detonantes que, al contacto del aire, producían el estruendo de una bomba de dinamita.

En el café hablaba del determinismo y de la responsabilidad, para concluir anatematizando al régimen económico actual, al que, por una serie de causas determinadas, hacía responsable del extravío de su pierna.

La base de su posición ideológica era una cuestión de higiene, pues su revolucionarismo consistía en aborrecer a esa gente de otra condición social que gasta el lujo de bañarse todos los días.

También envidiaba la voluptuosidad de una maravillosa digestión.

Resuelto a no claudicar, dejó de visitar al barbero y descuidó el aliño del vestido, exponiendo a la admiración general los lamparones que decoraban su traje verdemar.

Así, el cojo evolucionó. Alcanzó a figurar en el jocosos muestrario de tipos pintorescos.

La monotonía del medio, que él creyó puerilmente romper, lo asimiló. Y el cojo se hizo tan imprescindible en la ciudad, como el político socialista, el caudillo de barrio y el contrabandista apócrifo que vende productos de un falso contrabando.

Kropotkine encaramóse en el piso superior del cojo, trastornando sus precarias facultades mentales.

Se hizo terrorista. Pero la policía no quiso considerarlo como tal, omitiendo su nombre en los prontuarios de anarquistas calificados. Y con una condenable parcialidad, le permitían que hiciera cátedra en las plazas públicas, mientras cuatro arrapiezos le arrojaban puñados de arenilla.

Era todo un espantaburgueses plantado en medio del campo social. Soñaba con poder marcharse un día a Norte América, para espantar a los ventrudos banqueros de Wall Street.

Pero el cojo no se detuvo ahí. Evolucionaba. Los anatemas contra los burgueses los construía rítmicamente. Incurrió en innumerables delitos de lesa literatura.

Una vez confesó que, desde pequeño, padecía inclinación por la poética y que en su bohardilla guardaba más de trescientos pesos en versos. Páginas desconocidas para la multitud, porque alguien que maniobraba en las sombras le cerraba las puertas de todas las publicaciones.

Como Melquisedec Pinchas, víctima de una gran conspiración, se sentía incomprendido y guardaba sin un gensto de cólera en el bolsillo sin fondo de su paciencia, las risas burlonas de sus espectadores.

La consecuente pata de palo y la pierna sana lo guiaban de redacción en redacción. Allí escuchó, con gran serenidad de espíritu, las más variadas bromas sangrientas. Llegaron a decirle que las generaciones venideras utilizarían cráneos como el suyo para pavimentar las calles de la ciudad.

El espantaburgueses estaba en camino de acumular una colosal fortuna en versos, cuando logró salir del anónimo. Los poemas que él nunca pudo leer en letras de molde, tendrían ahora mejor y más duradero destino: el mármol.

Además, la crítica no se cebaría con él. Zoilo se detiene a la puerta del camposanto.

Sobre la humilde tumba de la madre, ensayó con éxito su primer epitafio. Y su emoción se tradujo en dos lágrimas.

Otros triunfos consagraron al cojo poeta de moda en los

cementerios. Sus versos conmovían a las familias de novelas por entregas y retratos al lápiz. Más de un admirador rogó a Dios un ataque cardíaco para conquistar la inmortalidad que dispensaba la inagotable vena poética del célebre cojo.

Escribió un poema recordatorio a una joven suicida y otro a un enamorado víctima de una fatal congestión de tráfico.

Dejó de frecuentar el café y las plazas públicas para hacer vida de cementerio.

Caminaba a saltitos, de tumba en tumba, con su pata de palo debajo del brazo.

Prosternábase religiosamente ante el “R.I.P.” de las lápidas y releía su nombre grabado en el mármol. Esto le emocionaba y humedecía sus ojos.

Compartió con el sepulturero la amistad de los muertos, y como la pata de palo le estorbaba, la arrojó al otro lado de la tapia.

LA SILLA BACILOSA

Tenía esta silla, el alma de Cenicienta. Trabajaba día y noche ofreciéndose al cansancio o al aburrimiento del primer parroquiano, en un bodegón infame en cuyo techo de vigas ennegrecidas por las moscas y el hollín había reminiscencias de cocina hogareña.

Siempre humilde y sufrida, permanecía en su puesto con la adhesión incondicional de una vieja nodriza, soportando estoicamente el petulante balanceo del cómico de la lengua o el cansancio enfermizo del lunático bebedor de ajeno, como Verlaine.

Ella guardó el secreto de muchas vidas intensas. Gerardo de Nerval, una noche, le dijo al oído que se ahorcaría del primer farol.

Los mozos de servicio, inconscientemente, fueron adquiriendo algo de su alma. Los días de descanso aburríanse por las calles y volvían a la taberna. Pero nunca, nunca, llegaron a comprenderla.

Por eso la trataban brutalmente.

Jamás le fué dado respirar el aire libre, permaneciendo oculta entre las nubes de humo, las emanaciones de los cuerpos y el vaho nauseabundo que envolvía la atmósfera del bodegón.

Vivía la vida mísera y sentimental de una camarera de café-concierto.

Y se enfermó de un mal incurable. Gajes del oficio. Alguien la había contaminado. Quizá algún sujeto tabernario de esos que beben vino y escupen sangre o algún periodista hambriento que apoyara en ella su desconsuelo.

La pobre silla bacilosa continuaba heroicamente en pie. Pero una noche no pudo resistir el peso de un cuerpo, sintió flaquear sus piernas y se desplomó lanzando un débil gemido. Al día siguiente la llevaron al hospital, pero no tuvo cura. Tenía la piel de madera agujereada. Como si hubiese padecido viruelas.

Triste destino el de esta silla obrera, más útil que cualquier cachivache de museo.

Murió de enfermedad contagiosa y sus restos fueron arrojados a la estufa.

Se consumió sin un reproche, arrojando la estancia en tibieza de nido.

El fuego, gran purificador, la convirtió en cenizas.

MI AMIGO DE LA PREHISTORIA

Nadie sabe en que misteriosos diálogos de silencio invierten las horas de vitrina los animales que poblaron la región pampeana en la Prehistoria.

Nadie. Ni el paleontólogo ilustre que examina a través de la impresionante seriedad de sus gafas la macabra colección de huesos; ni el estudiante asombrado que abre un signo de interrogación a su ignorancia; ni el ordenanza indiferente que se halla en contacto, durante el horario de servicio, con todas las remotísimas eras geológicas.

Nadie. Los fósiles de los terrenos diluvianos argentinos, retirados de la circulación por la naturaleza donde todo se transforma siguiendo una ley evolutiva, viven una sosegada vida de museo, encarcelados y prontuariados, los más, por presunción científica.

Pero yo, que sé descifrar el mudo y extraño lenguaje de las cosas inanimadas y he sorprendido, más de una vez, el punto sensible de las páginas muertas de la vida, penetré en el salón de Paleontología con la vaga esperanza de interceptar un diálogo entre los pobres fósiles enjaulados.

El ordenanza de práctica, turbando el misterioso mutismo milenario, barría el polvo que sobre los vidrios dejaba caer el silencio como una mortaja. Barría el polvo que es el llanto del tiempo.

El jornal mínimo de este empleado, sin méritos suficientes para lograr que su esqueleto se conserve mañana en un higiénico estuche, no alcanzaba a comprender la jocosa tristeza de cámara mortuoria que pesaba sobre la sección Paleontología.

Barría con su plumero oficinista, deglutiendo su aburrimiento inadvertido en una popular canción porteña:

“¡Te acordás, hermano,
qué tiempos aquellos!...”

Mis ojos perforaron la vidriera de la celda y atraparon un

imperceptible movimiento.

Me acerqué disimulando mi afán de pesquisa, como un detective de Scotland Yard. Me acerqué, dije, y en las órbitas vacías del Gliptodonte, dos lagrimones, como las dos perlas ordinarias que cuelgan de las orejas de las muchachas pobres, se habían osificado también.

“¡Te acordás, hermano,
qué tiempos aquellos!...”

—recé, con voz de eco.

El Gliptodonte sufrió un nuevo conato de movimiento. Sin duda lo detuvo el prudente temor de desencuadrarse.

Levantó, apenas, los huesos de carne viva que formaban parte de su enorme cabeza y sus mandíbulas se abrieron para libertar esta muda protesta:

—¡Y a ésto he quedado reducido!...

Me miró a los ojos y comprendió una emoción en mi mirada a media asta.

Entonces su enorme cola golpeó los cristales con sonidos de agradecimiento.

Mientras tanto, el ordenanza, sordo al dolor de las cosas inanimadas, se esforzaba en otorgarle categoría de oficio a su simple ocupación. Y barría el polvo que lloraba el silencio.

El Gliptodonte permaneció quieto unos instantes. Luego volvió a exhumar sus dos lagrimones fósiles.

II

Había intimado tanto conmigo, que violaba el horario de visita, trasgrediendo las disposiciones generales, y me recibía sin etiqueta alguna, en esqueleto.

Muy de mañana, después de desayunarme con un trago de frescura y un trozo de sol en el bosque de La Plata, cumpliendo con un deber de amistad, me acerqué al calabozo del museo, donde transcurrían los días extintos de mi viejo conocido, el sensible Gliptodonte.

—¡Si supiera con qué impaciencia lo espero! Esta soledad me aburre terriblemente... Tengo en las mandíbulas un bostezo fósil... Acérquese. Usted es un hombre y yo soy un antiguo amigo del Hombre. Soy su amigo de la Prehistoria...

—Gracias, Gliptodonte —respondí conmovido.

—Ya ve —continuó—, no charlo con nadie. Me tortura el recuerdo y además, sé conservar las distancias. ¿Con quién podría repartir un diálogo amable? ¿Acaso con los Desdentados? No. La

familia de los Desdentados es una familia venida a menos. De aquella especie magnífica que poblaba los terrenos pampeanos, sólo quedan las miserables especies de osos hormigueros y perezosos... Los nuevos ricos de la Zoología.

—¡Así va el mundo!

—Por eso, Hombre amigo, hubiera deseado permanecer en el misterio... Pero tuve la desgracia de que un sabio profesor descubriera mi fosa en los alrededores de Luján, y desde entonces llevo una vida sedentaria, una vida de museo, en mi eterna quietud de tarjeta postal.

—Gliptodonte... ¿Quiere que lo recomiende al Director? Quizá pudiera evitarle la vitrina...

—Gracias, Hombre, le agradezco de corazón. Mas ¿no comprende que sin vitrina acabaría de extraviarme? Antes, mis doloridos huesos soportaban un espantoso martirio: cada visitante me robaba un pedazo para guardarlo como un amuleto. ¡Por favor, amigo! Déjeme usted en la vitrina, en esta estrecha habitación de vidrio donde vivo más feliz que los hombres...

—Bueno, me retiro compañero. Ya hablaremos mañana, Gliptodonte.

—Hasta mañana, Hombre amigo.

III

—Cuando yo tenía domicilio en la Patagonia, vagaban por las praderas gigantescos herbívoros. En las pampas de Buenos Aires aparecieron, por primera vez, interesantes especies de mamíferos de regular talla, con las cuales alternaba en mis correrías.

Tipoterios, Toxodontes, Megaterios y Gliptodontes, nos entreteníamos persiguiendo zorros, vizcachas y conejos en los terrenos diluvianos.

Entonces apareció un bicho raro. Blanco, pequeño, sin más arma de defensa que su pelambre de transición en el último peldaño de la escala zoológica y en cuya laringe, ya evolucionada, se elaboraban las primeras interjecciones humanas.

Me estremeció el heroísmo de aquella cosa ínfima, desafiando a la Naturaleza, y la coraza de un fósil de mi familia fue el primer domo bajo cuyo artesonado calcáreo el hombrecillo encontró refugio.

Bloqueado por las fuerzas hostiles que contribuyeron a la formación pampeana, este insignificante y débil animal se encaramó en mi caparazón e intentó convencer a los monstruos carnívoros con un discurso interparlamentario que no prosperó.

Los Smilodones, o “tigres con dientes de sables”, formaron un cerco de colmillos y un vaho de ferocidad rodeaba la petulante

figura del primer hombre. Y en esa hora de peligro, con inminencias sangrientas, una voz extraña, como venida del cielo, lo increpó:

—“Hombre: fíate en Dios y no corras.

Pero el Homo Sapiens, ateo por convicción, sin haber leído todavía el *Contrato Social* de Juan Jacobo Rousseau, echó a correr desesperadamente.

Así llegó, medroso y fatigado, al refugio de su solidario amigo, el Gliptodonte, hasta donde no llegaba la hambrienta jauría de carnívoros feroces, ni la de los propietarios, no menos feroces, con los recibos de alquiler.

Esta es la ayuda que presté al hombre. Por él, me enemisté con la familia de los Felinos, a la que pertenecen los tigres y leones actuales.

¡Quién me iba a decir que, al pasar de los milenios, sus descendientes me pagarían el favor prehistórico, encerrándome en esta vitrina!

Y ahora, remoto amigo mío, contemple a ese ordenanza que limpia el polvo de los cristales de mi prisión, y comprenderá lo profundo de mi arrepentimiento al evitar que los Smilodones almorzaran al primer hombre.

EL SMILODON ESCEPTICO

Ya estoy ante la urna de vidrio donde exhibe su esqueleto lamentable, maltrecho y triste, el Smilodón, sanguinario perseguidor de nuestro remotísimo y salvaje antepasado, que conquistara por sus hazañas en la Prehistoria el apodo: “Tigre de dientes de sables”.

Con una sonrisa misericordiosa realizo la bella venganza de humillar al ex feroz animal que, con la solidaridad del gigantesco *Arctotherium*, provocara las trágicas cavilaciones del primer hombre vagabundo de las pampas.

Incorporándose en su silencio milenario, el Smilodón me enfoca con sus cuencias vacías, veladas por una débil tela de araña.

Entonces, con el afán de desenterrar una historia fósil, le extendo la mirada de mis ojos X, como una bandera blanca de reconciliación.

Pero, el Smilodón permanece inmovible detrás de la vidriera, y a una nueva embestida, deja caer con pesadez de plomo las palabras mudas de su voz extraña:

—Hombre, no intentes arrancarme de la comodidad de mi silencio. Las palabras no tienen más valor que el que puede asignarle el mezquino entendimiento tuyo.

Mi posición filosófica es el escepticismo. Me cuesta creer en mi existencia. Soy una mentira piadosa del paleontólogo, que me inventó para resarcirse de los trastornos mentales y de los derroches de energía que le provocara su infructuosa dedicación al estudio de las grandes eras geológicas.

—Smilodón... (Vamos a suponer que seas un Smilodón). ¿De dónde sacas esa filosofía?

—Hombre: desde que me encerraron en este calabozo de vidrio, acusándome de haber cometido incalificables fechorías durante la época de la formación pampeana, empecé a aburrirme bárbaramente. Y buscando un calmante, caí en la meditación.

Creo que un Smilodón tiene tanto derecho a hacer filosofía como cualquier profesor de la Facultad de Filosofía y Letras, cuyo esqueleto bien podría merecer el honor de convivir con nosotros.

Bueno. Le otorgué la razón sin despegar los labios.

Un sentimiento negativo de la felicidad humana fué acercándome cada vez más al extraño pensionista archivado en una vitrina del Museo de La Plata.

Su escepticismo y mi mal humor fueron soldándose paulatinamente, en extensos diálogos de silencio.

Ya no se mostraba hosco conmigo, cuando intentaba abordarlo. Por el contrario, hablaba atropelladamente, hasta por las clavículas.

En algunos momentos, era tal su emoción que se veía obligado a detenerse para enjugar sus órbitas vacías con las tenues telas de araña. Y luego continuaba:

—Desde que me armaron para exhibirme en el museo, vivo sumergido en una meditativa tristeza. Entre ceja y ceja, el barreno de una duda me agujerea el cerebro. No sé, francamente, si soy el esqueleto del Smilodón o una idea fantástica del paleontólogo que en mala hora tuvo la humorística ocurrencia de reconstruirme.

Y aún así, aceptando que pertenezca a la familia de los Félidos, se enciende en mí otra duda: ¿habrá colocado cada hueso en su lugar correspondiente?... Y los huesos... ¿pertenecen todos a mi esqueleto?

Usted no ignorará, hombre amigo, que según Burmeister, la antigüedad de los restos fósiles que encontró Seguin en el río Carcarañá es apócrifa.

Burmeister afirma que esos huesos fueron inventados con un fin puramente mercantil.

¿Quién me asegura que no hubo adulteración en los fragmentos de este esqueleto, cuando pretendieron reconstruirme?

—Como usted puede imaginarse, yo he sido testigo presencial de mi reconstrucción. Descubrieron mi fosa en Luján y esto dió motivo a una serie de hipótesis que el cable transmitía a las distintas ciudades del mundo.

Luego, en interminables y pacientes días de trabajo, el paleontólogo emprendió la difícil tarea de armar mi presunto esqueleto.

Cada vez que me agregaba una nueva pieza fósil, mi asombro iba en aumento, e íntimamente me resultaba un tanto jocosa la infantil credulidad del sabio. Pero, confieso que cuando estuve compuesto, tanto me admiró su habilidad, que comencé a pensar en lo probable de mi existencia.

Esta idea fué tomando cuerpo en mi esqueleto, y ahora abro esta interrogante optimista: ¿si no fuera Smilodón auténtico, por qué,

cuando lo conocí, sentí un indefinido regocijo mandibular?

¿Porqué me dominan varios recuerdos de épocas caducas?

—Es menester creer para vivir, Smilodón. El día que no creas, habrás dejado de existir. Total, al fin y al cabo, todos ignoramos quiénes somos y nadie es como cree ser.

Yo, que soy tu espectador, te aseguro que eres un Smilodón legítimo.

—Gracias, amigo mío. Su afirmación me evita el peso de una duda terrible. Desde hoy creo en mí y trataré de auxiliarme con los hilos del recuerdo.

—Permítame que desahogue mi emoción en un sollozo. ¿Está el ordenanza a la vista?

—No, Smilodón.

—Gracias. Voy a sollozar. Es usted muy servicial y le agradezco las atenciones que invierte conmigo, por el módico interés de mi precaria palabra.

Y le agradezco más todavía evocar nuestra prehistórica enemistad.

—¿Está usted seguro de que fuimos enemigos?

—¡Oh, sí! No me contradiga, porque entonces volvería a dudar de mi existencia. Fuí enemigo del hombre primigenio y su más encarnizado y sanguinario perseguidor.

En la época de oro del sindicato de la ferocidad, integrado por Toxodontes, Mastodontes, Megaterios y otras difundidas especies, surgió el primer hombre. Cuando lo divisé, sentí deseos de abrirme de colmillos para acogerlo benévolutamente. Pero me detuvo una visión futurista de la vida. Y al escuchar la voz de la selva, que me aconsejaba exterminarlo, me lancé en su persecución.

Presentía en ese pobrecito animal al ser más desdichado de la creación. Eliminarlo, era ahorrarle el perpetuo sufrimiento.

Cuando me vio avanzar, el hombrecillo huyó aterrorizado y buscó escondrijo en la coraza del Gliptodonte. Y yo, como un péndulo, paseaba la coraza esperando su salida.

En vano le expuse las buenas razones que tenía para devorarlo. Inútilmente le hablé del futuro trágico de su especie. El hombrecillo, cobarde por temperamento, permaneció oculto durante varias lunas.

Y cuando, cansado de esperar, golpeaba a la puerta de la caparazón, el infeliz se hacía negar.

—“Hombre —le dije entonces, quemando el último cartucho de persuasión—: entrégate. Quiero evitar que mañana recurras al cianuro para buscar el alivio eterno. Entrégate. Te devoraré sin dolor”.

Sin comprender que la vida no vale la pena, que vivir es un

trabajo mal remunerado y procrear un crimen premeditado, el hombrecillo huyó.

Rogó fuerzas al cielo y levantando con sus débiles brazos un bloque de piedra, me amenazó de muerte.

Peor para él. Su cobardía lo condenaba a vivir.

—Si me invitaran a reincorporarme a la vida, rehusaría formalmente. El espectáculo del mundo y sus pasiones no me interesa.

La humanidad actual es pequeña, mísera, informe, atrabiliaria y torcida.

Carne del hombre mísera y concupiscente —no se enoje, estoy hablando al amigo—, yo presentí el lodo que la forraría en el porvenir.

Ya lo había predicho Jehová Dios: “Serás devorado por médicos, escribanos y notarios e intoxicado por literatos y periodistas. Inventaré para tus males —como justo castigo a tu egoísmo— la lombriz solitaria y la mesa de entradas de las oficinas públicas”.

Y desde entonces el hombre cree que Dios lo hizo a su imagen, cuando, en verdad, es la pajarita de papel que fabricó Dios para entretenerse, como cualquier Miguel de Unamuno, en la isla de Fuerteventura de su divino aburrimiento.

Creo que ya es bastante. Mi memoria esquelética se está debilitando y me cuesta exhumar vocablos fósiles.

Quede el hombre con su lúe, aplicándose mercurio, y quede yo en la vitrina, lejos del mundanal ruido, como dijera uno de mis contemporáneos.

EL AMANTE DE BARBARA LA MAR

*El Destino, extraño director
de escena en la grotesca comedia de la vida,
presenta la stampa animada de Bárbara
La Mar y el irremediable fas-
tidio de Máximo Pérez en la
trágica película de un amor im-
posible.*

Al iluminarse en la tiniebla la pantalla de un cine de barrio, el piano asmático y sin recursos carraspea un vals del que ya sólo los viejos se acuerdan. Clavado en su butaca por una ingénita pereza, el cansancio de Máximo Pérez abre su alforja como un bostezo, para guardar la provisión de sueño, lubricante espiritual que lo arrastra hacia el suicidio del olvido.

Cuatro linternas rojas, como cuatro manchas de sangre, cuelgan en las sombras protectoras de ingenuidades, respirando débilmente.

Por primera vez, los ojos de Máximo Pérez, extenuados de filmar monotonías en las horas tristes como una agencia de colocación, fijan su media luz en la tela habitada del cinematógrafo.

Bárbara La Mar le sonríe desde el silencio y la mirada del pobre Máximo Pérez se empaña de agradecimiento.

En un instante se torna creyente. No hay duda, es a él, anónima unidad inadvertida en la sala, a quien Bárbara La Mar ampara con el ademán sereno de sus ojos tan negros como la fatalidad que la llevó de la mano hasta la muerte.

Nunca nadie le ha mirado así.

Se hace la claridad y el telón blanco como un sudario amortaja la sonrisa de la actriz ausente.

Y entonces Máximo Pérez se extravía en las calles de la noche, apretando un pedazo de sol en el exhausto bolsillo de su alma.

La noche siguiente, Bárbara La Mar le dió cita en otro cine. Y él acudió con el apresurado temor de llegar tarde.

Ahora está allí, en un número de la platea, impaciente por comenzar a vivir su extraño idilio. La cuerda de la nerviosidad lo levanta como a un muñeco de la butaca y le obliga a girar la cabeza en dirección al foco del operador.

¡Cuánto demoran en apagar las luces!...

Ella estará esperando la oscuridad, detrás del telón blanco como un sudario. Y el miedo de que descubran el secreto que lo llevó a

la esquina en sombras de la sección de cine, enciende su cara pálida de fracasos.

Bárbara La Mar le arroja desde la pantalla la caridad de una sonrisa, y él cierra los ojos y la oculta fervorosamente en su corazón.

Pero en ese instante le tironea una protesta airada y vuelve el rostro al sentir dos golpecitos en el hombro.

—Señor... el sombrero... ¿Quiere hacerme el favor?... No alcanzo a ver...

—Es cierto —tartamudea—, es cierto... No me había dado cuenta...

Se quita el sombrero y amparando su azoramiento en la mirada de Bárbara La Mar, hilvana malhumorado y contento:

—¡Torpe!... ¡Como si pudiera sonreírle a él!...

Bárbara La Mar rompió la soga de aburrimiento que estrangulaba su vida. Ya tiene la tabla de salvación que necesita el naufrago; ya tiene el trozo de sol para secar su alma mordida de humedad.

Sin embargo, Máximo Pérez sabe que Bárbara La Mar es una estampa.

Recién esa noche, después de haber recorrido inútilmente todos los cinematógrafos, cuando el cansancio retornó a su alma como a un sobre, caminó por los muelles como un perro vagabundo, meditando en la tragedia de un amor irreal, de un amor sin consuelo.

Bárbara La Mar, que está en la pantalla, huyó al silencio definitivamente. Y él, pobre diablo en estado de suicidio, alimentó la locura de un amor muerto.

Su vida anónima y triste como la del emigrado de un cariño, ya no tiene remedio. El frío de su pieza de hotel que lo vio llorar, el frío de las sábanas que se emocionaron con sus lágrimas, se filtró en su cuerpo y en su espíritu.

Nunca nadie le dijo una palabra cordial. Necesitó crearse un dolor para vivir, y ahora lo asesinaba el dolor de sentirse desahuciado de la esperanza. Había maniatado su alma y se entregaba a la fatalidad con su resistencia despedazada por una fuerza extraña.

Máximo Pérez pasea a lo largo del muelle y sus ojos se clavan en las luces de las boyas que parpadean en la espalda del Riachuelo como las cuatro manchas rojas de las linternas colgadas en las sombras de la sección de cine.

Se ha detenido en el descanso de una vista y escucha dar las

doce en el reloj de su corazón.

Bárbara La Mar resucita enfocada en un rayo de luna, y entonces Máximo Pérez sumerge su vida aburrida en las aguas turbias del Riachuelo.

EL HOMBRE DE LOS VELORIOS

En los tiempos de la loca del Bequeló, Zavalía era el hijo predilecto del Parque de los Patricios. Antítesis del guapo o compadre orillero que dibuja barbijos y busca pendencia, desechó el recurso efectista del cuchillo para destacar su personalidad conquistando con sus característicos rasgos de ingenio la simpatía de la gente del barrio.

En otro medio social hubiese logrado encumbrarse, pero la falta absoluta de acometividad y su predisposición a la vida doméstica lo retuvieron, obligándolo a permanecer fiel al Parque de los Patricios.

Por otra parte, el Parque de los Patricios lo necesitaba tanto como el pueblo de provincia al tonto y al socialista que agregan una nota de color a la regularidad monótona del ambiente. De ahí que Zavalía, repartiendo sus cincuenta años en bodegones y velorios, contemplando los sucesos que se desarrollaban a su alrededor, desde el punto de vista de un sujeto regocijado para quien la vida es asunto jocoso y no trágico, adquiriera condición de imprescindibilidad.

Usaba invariablemente galera. Una resignada galera de auriga, ladeada sobre la oreja. El tiempo había espolvoreado de verdín su saco negro de corte cruzado y los bancos del “Non Plus Ultra” — famoso bodegón malevo— abrillantaron su pantalón enfermo de anemia y con tumores en las rodillas.

Su rostro castigado de arrugas, lucía un bigote cano que utilizaba para acentuar más sus ironías, acariciándolo sonriendo, con las yemas de los dedos, luego de eyacular una de sus célebres frases. En la comisura de los labios llevaba prendido un dejo burlesco, remarcado por el cigarrillo a medio fumar, que se eternizaba en su boca.

La nariz roja, con ligeras vetas azuladas, constituía la única prueba de que se valían los vecinos para motejarlo de borracho, siendo lo cierto que Lisandro Zavalía bebía por no despreciar la invitación del amigo, así como aceptaba jugar a los naipes cuando faltaba un compañero para integrar un “truco de cuatro”.

No se le conocía oficio ni ocupación productiva, lo cual no era, en verdad, un demérito, ya que el ingenio le vindicaba el derecho a la pereza. Siendo una enciclopedia de artimañas, procuraba brujulearse la existencia sin mayores fatigas.

Alternaba con hombres de avería por impulsión de sociabilidad, sin haber intervenido jamás en aventura delictuosa, y aún cuando el bandidaje no le confiaba secretos profesionales, no ignoraba en que calle mal alumbrada se hallaban apostados “Juancho” y “El avestruz” para llevar a cabo su acostumbrado “golpe de furca”.

Dilapidaba su talento en burlas oportunas, enjundiosas sentencias y pareceres, o barajando vocablos desconocidos que infundían el respeto de las cosas incomprensibles.

La lectura continuada de los grandes títulos que encabezaban las páginas de los diarios durante la guerra, enriqueció su léxico con palabras de escaso uso en el Parque de los Patricios, verbigracia: “evacuar”, “ultimátum” y “conflagración”. Evitaba emplear el caló cuyo tecnicismo conocía perfectamente y decía “ergástula” en lugar de “cana” o “prisión”.

A los sujetos que se iniciaban en la mala vida les espetaba acertados y estrambóticos apodos que, desde ese instante, usurpaban los nombres de pila, transformándose en el obligado “alias” del prontuario policial.

En los velorios —su diversión favorita— hablaba del amor con cierto excecpticismo adquirido por veinte centavos en una edición popular de *El amor, las mujeres y la muerte*, que interpretaba de manera tan original como disparatada. Renegaba del matrimonio por efecto de otra lectura, y con el fin de reforzar sus argumentos adjudicaba sus ideas a escritores ilustres, poetas, filósofos y sociólogos, cuyos nombres pronunciaba arbitrariamente:

“...Como dijo... Voltaire, o Baudelaire, o Mirbeau...”

Jactábase de no haber cometido la tontería de enamorarse, aún cuando *El Picaflor*, antología de chismes que aparecía en distintos barrios de la ciudad, más de una vez diera cuenta de sus líos amorosos. La religión la juzgó siempre una cuestión de hombría. Era ateo porque entendía que sólo las mujeres creen en Dios.

Desde pequeño sintió gran afición por los velorios, a los que concurría, no con deliberado propósito de permutar su galera, sino con la íntima convicción de que al cumplir con el difunto saldaba una cuenta de amistad.

Sus largos años de velorio lo acreditaban como persona insustituible para esas indispensables reuniones fúnebres alrededor de la imperturbabilidad del muerto. Puede asegurarse que de Zavalía dependía el éxito de los velorios. El difunto era un pretexto para escuchar su verba pintoresca en la habitación contigua a la cámara mortuoria.

Pero un día, el ingenioso y admirado Lisandro Zavalía agotó su

repertorio de cuentos con sabor a tortas fritas. Había extraviado su buen humor y sentía el cansancio de un obrero sexagenario.

Cuando la Muerte entornó la puerta de la casa del inspector de tranvías, Lisandro tuvo la intuición de que su vida pública tocaba a su fin. Como otras veces, esa noche fué el primero en hacer acto de presencia, ofreciéndose para dar cuenta de la trágica nueva a los deudos y amigos del finado.

Era éste un hombre corpulento y serio, que llevaba su uniforme con la tiesura de un general de división. La muerte lo sorprendió en una congestión de tráfico, diciendo amablemente:

—“¿Me permite su boleto, señor?”

Fueron sus últimas palabras.

Un suceso tan vulgar descalabró a Zavalía. Tanto que rehusó vestir al muerto, limitándose a recibir las coronas de flores que colocaba en la capilla ardiente.

En la cocina, pequeña y llena de humo, varios guardas y “motormens”, que fueron subordinados del extinto, en la seguridad de no ser oídos por éste, discutían a gritos trascendentales problemas de los que se desprendía la inmediata necesidad de dar al traste con el actual régimen social.

Improvisadas mujeres llorosas, con modestos ramitos de flores, se acercaban a los deudos y ensayando un tono de circunstancia, murmuraban con voz dolida:

—“Lo acompaño en el sentimiento...”

—Algunas se creían obligadas a agregar frases conformativas a propósito de lo efímero de la vida y lo fatal de la muerte, adjudicándole gratuitamente al ex inspector virtudes e incomprensiones de que careció en vida, ya que su única preocupación consistió en velar por el cumplimiento de las disposiciones establecidas por la empresa y su mayor alegría comprobar el extravío de un boleto. Eso sí, era un hombre correcto, pulcro, educado, que se dirigía a los pasajeros amablemente:

—“¿Me permite su boleto, señor?”

La capilla ardiente, levantada en una habitación estrecha y húmeda, no podía ser más humilde. El ex inspector de tranvías se hallaba tendido en el ataúd, con las manos cruzadas sobre el pecho, custodiado por seis candelabros. Consciente del papel protagónico que desempeñaba, mantenía estereotipada en su rostro lívido la seriedad que lo caracterizó en vida.

Dormía vestido de uniforme. Marchábase al otro mundo con la representación de su jerarquía, por si le exigían boleto de entrada en el paraíso o con el fin de revalidar su nombramiento de inspector.

Zavalía, en completa decadencia, ante un reducido grupo de oyentes, no creaba, historiaba, reviviendo los velorios más famosos del Parque de los Patricios. El velorio de la vieja Tránsito,

surcidora de voluntades, y el del pardo Valentín Galloso, que murió prendido a una botella de caña y cuyo ataúd, en el trayecto a la última morada, tuvo intenciones de escurrirse al enfrentar los bodegones.

El Zavalía de la segunda época era un Zavalía anecdótico. Las mujeres que en otro tiempo se desvivían por escucharlo, ya no le otorgaban importancia y agrupadas en un ángulo de la habitación, despellejaban voluptuosamente a las amigas ausentes.

Cuando los visitantes se retiraron algo mareados por el exceso de anís y de licor familiar y los deudos, soñolientos, se acostaron en el desorden del dormitorio, Zavalía penetró en la capilla ardiente dispuesto a concederle unas horas de compañía al difunto, cuya palidez acentuaba la luz amarilla de los cirios.

En el primer capítulo del sueño despertó sobresaltado. El cuarto se hallaba a oscuras y en la oscuridad le pareció ver al ex inspector de tranvías incorporarse en su lecho de pino y extender la mano hacia él, mientras le solicitaba amablemente:

—“¿Me permite su boleto, señor?”

Restregóse los ojos y como persistiera la visión adquiriendo contornos de realidad, trató de huir despavorido, tropezando con un candelabro cuya caída provocó descomunal ruido.

A poco se acercaron, apresuradamente, los miembros de la familia. Una vieja beata, iluminando la capilla con una lámpara de kerosene, murmuró:

—“¡Dios mío! ¡Haya luz por el descanso de su alma!...”

Encendieron velas. La vieja beata se acercó, contempló el rostro del muerto, santiguóse religiosamente y se puso de rodillas rezando en voz baja:

—“Y perdona nuestras deudas...”

Desde esa noche, en Zavalía se operó una rara transformación. Ya no bromeaba ni emitía singulares paradojas. Su cuerpo y su ingenio enfermaron de asma y de nada le valió la solución de cloruro de adrenalina que le recetaron en el hospital San Roque.

La idea de la muerte comenzó a torturar su imaginación, impidiéndole dormir. Cuando estaba por conciliar el sueño se le aparecía la figura severa del inspector de tranvías y oía indistintamente el timbre amable de su voz:

—“¿Me permite su boleto, señor?”

Sentíase viejo, solo, achacoso. La muerte, como problema metafísico, no le inquietaba. El motivo de sus cavilaciones era otro, superficial casi: el velorio.

Valoraba en muy poco el aprecio de los amigos, convencido de que cuando muriera lo abandonarían a la indiferencia del conductor del carrito municipal, encargado de trasladar sus despojos a la casa de los muertos. El presentimiento de que lo inhumarían sin antes cumplir con el rito del velorio, le taladraba el cerebro.

Consumido por esta idea, Zavalía dejó de frecuentar el bodegón, ausentándose durante el día del Parque de los Patricios.

Por primera vez en su vida, trabajó. Al cabo de algunos meses le fué posible disponer de algún dinero. Entonces adquirió un surtido de licores, contrató el servicio de pompas fúnebres, arregló el cuchitril para exponerse con la seriedad de un dueño de casa y cuando ya estaba todo preparado para el velorio de sus restos, se murió.

MI DESGRACIADO AMIGO

Ya era desgraciado mi amigo Kruvolin cuando lo conocí. Padecía una aguda neurastenia, exacerbada por la continua y torturante preocupación económica que lo aprisionaba en el cepo de una vida miserable y oscura.

Flaco como el Entierro de la Sardina, seco y consumido como un preceptor de aldea, este insignificante ciudadano argentino, inadvertido en su humilde condición de peatón, medía con sus piernas cansadas las calles de Buenos Aires que se alargaban a su paso, deteniéndose en trágicas meditaciones frente a las vidrieras satisfechas y lujuriosas, o bien dejaba caer su cuerpo maltrecho de ayuno en el paciente lomo de un banco de plaza.

Kruvolin había equivocado su existencia.

Comprendiéndolo, sintióse árbol, como ése bajo cuyo ademán de sombra su espíritu se desplomaba en anonadadoras reflexiones. Arbol, sí, pero árbol plantado en la desolación árida de una pampa amarillenta, sin crepúsculo y sin el verde esperanzado que tantas veces le ofreciera la mano amiga de una ventanilla de ferrocarril.

Entre sus ramas sin savia oía estremecido un alborotador parloteo de gorriones. Eran los hijos que desviaron el itinerario ilusionado de su juventud.

El periodista Kruvolin está casi ciego. Su mano temblequeante dejó de garabatear jeroglíficos sobre la blancura del papel. El periodista Kruvolin ya no da más. Se siente agotado, exprimido. El hambre, hormigueando en su estómago y en el de sus hijos, acabó por devorar su ensueño póstumo, y la miseria, madrastra de los desamparados, barrió con un viento negro la última esperanza que se oxidaba en el angustioso y húmedo silencio de su pieza de conventillo.

La realidad que vivía y que le recordaba la impaciente jauría de acreedores era otra; amarga, áspera, cruelmente depresiva.

Kruvolin era una herramienta inútil y ya sólo podía ganarse la muerte. El cansancio antiguo que quebrara su voluntad lo

inhabilitaba para el desempeño de cualquier oficio ínfimo, y como en su mirada declinaba un atardecer, sus días transcurrían con inminencias desgraciadas.

Como un perro sin dueño que huye de las piedras de los arrapiezos, Kruvolin corría a lo largo de las horas. Corría temeroso, esperando a la vuelta de cada esquina, el golpe de furca de la fatalidad. Y es que nunca pudo desvestirse de un terror de misterio que se le metió en el alma la noche en que un recuerdo distante y triste acortinó sus ojos en una casa deshabitada cerca del puerto de Montevideo.

Kruvolin ya no tiene futuro. Y su porvenir vale menos que una colilla de cigarro.

Ahora está en la callejuela sin salida de la desesperación y no quiere volver a su hogar con las manos vacías. Se incorpora sobre su espíritu que presiente lo maravilloso, y mira hacia abajo. Se ve tan hambriento, tan pequeño y horro de escrúpulos, que no puede guardar bajo llave su emoción, y dos lágrimas se desnucan en sus pupilas. Se ve flotando en el charco de agua turbia que olvidó el llanto del cielo, y entonces resucita su primitivo orgullo. Y es que también ve sobre su cuerpo bañado de lodo, reflejarse como en un espejo las clásicas estrellas.

La mente trabajada de Kruvolin ya no puede producir ideas. De su cerebro martirizado durante muchos años, sólo brotan chispas sin luz.

Pero he aquí que, caminando por la calle sombría de un pensamiento obsesionante que revolotea como un abejorro alrededor de su alma, siente enraizarse en su cabeza un proyecto que va tomando estructura formal en los minutos. Un proyecto que entraña su salvación.

El periodista Kruvolin encontró la utilidad del ayuno y firmó un contrato con la garantía de su estómago. Ya consiguió ocupación.

Sin darse cuenta, había sido toda su vida aprendiz desdichado del nuevo oficio que ahora iba a desempeñar.

Lo encerraron en una jaula de vidrio.

Parecía un espectro, un afiche trágico del hambre, una de esas figuras espantables que vagaban en la post-guerra por los caminos de Viena. La multitud que ayer hacía un vacío de indiferencia alrededor de su drama ignorado, se volcaba ahora en el teatro para contemplar la grotesca facha del hombre enjaulado.

Y el público rió. Rió mucho. Le arrojaba cáscaras de naranja y

trozos de pan, y no faltó chusco que devorara sandwiches para escarbar el apetito voraz del infeliz Kruvolin.

Cuando los espectadores que se burlaban de su suprema heroicidad abandonaban el local, Kruvolin retornaba de su ausencia.

A través de la vidriera veía la estampa borrosa de su miserable pieza de inquilinato y a sus hijitos, flacos como palos de escoba, protestando un plato de sopa.

Lentamente su cielo fué despejándose de nubes. Y Kruvolin se internó en los senderos de un sueño confuso.

Sintió una vaga caricia enjugar el sudor frío de sus sienes y escuchó una voz extraña que lo reconfortaba.

Entonces se quedó profundamente dormido.

Mi desgraciado amigo Kruvolin murió ayer. Murió como un pajarito enjaulado. El carro municipal, entonando una lúgubre canción sobre el empedrado, condujo sus despojos al cementerio de la Chacarita.

Todo el mundo ignoró la muerte del periodista anónimo. Pero el ayunador tuvo su merecida nota necrológica.

¿QUIEN ES EL TRAIDOR? (Cuento electoral)

Un pueblo de bazar, extraviado en una de las catorce provincias, tan pequeño que podría guardarse en el atrio de su iglesia, se sintió una vez inquietado por la presencia de un personaje extraño y detonante.

Llegaba de la urbe fabulosa a la religiosa quietud provinciana, a la serena ociosidad de esa aldea, donde hasta las casitas adoptan la mística pose de viejas devotas.

Su indumentaria sustentaba la tesis del libre albedrío. Vestía un funerario traje enlutado, decorado de manchas, y al andar por las calles cordiales de árboles, el viento batía las alas del pajarraco negro que fingía su corbata.

Completaba su personalidad un chambergo enorme, bajo cuya sombra protectora el censo del pueblo hubiera hallado albergue durante las intensas horas asoleadas.

El desordenado césped de su barba, los bigotes caídos, como con desgano, las cejas abigarradas como un inquieto y las greñas subversivas, rompían la monótona caracterización común de los pobladores.

Al cruzar por primera vez el paseo de la plaza, los cuatro músicos de la banda local interrumpieron en el “Febo asoma...”, la ejecución de la marcha de San Lorenzo, y dejaron huir sus miradas del brazo de ese hombre atrabiliario.

El forastero, sin reparar en el asombro que provocaba, continuó su despacioso caminar en un laberinto de interrogantes.

—¿No será Badesich?

—¿Y quién es Badesich?

El del pistón, que alcanzó a oír la pregunta, apresuróse a ofrecer una respuesta, con aire de suficiencia:

—¿Badesich? Es el autor de *El ósculo del crepúsculo*, a quien un plebiscito igualitario ungiera diputado en la docta ciudad de Córdoba.

Dicho esto, llevándose el instrumento a la boca, infló los carrillos y le obligó a eyacular un salivazo musical.

Luego agregó:

—Pero ése no es Badesich, a quien yo conocí en una esquina de Buenos Aires llevado en andas por la popularidad.

—¿Y quién será, entonces...?

Nadie lo sabía. La equis del incógnito ocultaba la identidad del insólito forastero.

Al otro día, el recuerdo de aquel hombre que cruzara la plaza a la hora de la retreta, tan extrañamente trajeado, fué la primera imagen que lavó los ojos, aún cargados de pereza, de las soñolientas gentes del lugar.

Más tarde, transformado en un intrigante tema, robó algunas siestas dando motivo a que los notables y sus respectivas consortes se reunieran alrededor de un chisme en la precaria botica de Don Teodoro.

El jeroglífico del extravagante transeúnte resultaba tan difícil de descifrar como un asalto cinematográfico en la ciudad de los asaltos, cuya policía es la primera del mundo.

Don Teodoro, con un simulacro de prudencia, aseguraba que el tal sujeto era un divulgador de las teorías positivistas de Comte, afirmación que no consiguió réplica porque ninguno de los contertulios tenía noticia de la existencia de un señor Comte.

—Vean ustedes si me falta razón. Estuvo aquí muy de mañana y al pedirle a Fermín diez centavos de bicarbonato, le llamó “compañero”, tratando de tirarle de la lengua respecto a nuestro catolicismo.

“La Iglesia es una carga que tú ayudas a soportar, muchacho — le dijo—. He venido a este pueblo con un único equipaje: la verdad”.

—¿No es cierto, Fermín...? —añadió Don Teodoro dirigiéndose al dependiente, que agitaba con movimiento rítmico un frasco de purgante.

—Sí, patrón. Me dijo también, que él era el Esperado, que traía para los pobres una revelación.

El del pistón, que había permanecido callado en un ángulo de la estancia, deseoso de asestar un golpe de envidia a la vanidad del boticario —su rival ideológico—, abrió los labios y dejó caer con lentitud estas palabras:

—Así hablaba Zarathustra...

El raro sujeto que turbaba la beatífica serenidad del pueblo volvió a la botica en procura de un frasco de magnesia Carlo Erba.

Sin duda sufría del estómago y para allanar dificultades digestivas se proveía de ese polvo laxante.

Fermín lo atendió con farmacéutica amabilidad y alargándole el

paquetito blanco, le dijo:

—Sírvase, señor...

—¿Señor?... ¡No me ofenda!...

—Yo... señor...

—¡Compañero!... ¡Compañero!...

Y le concedió su confianza en dos cariñosas palmaditas.

Fermín, emocionado, levantó hacia el extravagante cliente su mirada, como buscando amparo en las amplias alas del sombrero grasiento y balbuceó con infantil timidez:

—¡Compañero!...

Por el camino de la plaza apareció el del pistón. Se acercaba con el rítmico contoneo de un mandolinista italiano, imprimiendo a su cuerpo una armonía de coro.

Se encontraron en la misma esquina. El músico de la banda, con provinciana cortedad, se descubrió temerosamente:

—Buenos días, señor...

—Salud, compañero...

Y el hombre extraño acercóse al espíritu encogido del musicante local, dejando caer estas palabras, como gotas de plomo:

—Escuche... ¿Por qué se descubre ante mí?... El saludo es una humillación, un prejuicio. Es el resabio de una vergonzosa época de esclavitud... La humanidad está acostumbrada a saludar.

—Ahí está el busilis...

—Se descubre ante un cadáver... ¿Para qué?... ¿Acaso va a resucitar?... Los que tenemos un concepto nuevo de las relaciones sociales, sólo nos descubrimos jubilosamente ante el vientre combado de una madre... ¡Saludamos a la vida, a la esperanza, al porvenir!...

—¡Así hablaba Zarathustra!... —dejó escapar en voz baja el hombre del pistón.

—Es necesario que la gente permanezca con el sombrero puesto.

—Sí, es necesario... Ya hablaremos, ya hablaremos de eso...

El revolucionario del pajarraco negro le extendió su mano.

—Salud y mancomunismo, compañero...

—Salud y...

No logró deletrear el vocablo. La emoción se anudaba a su garganta y le daba golpecitos en las rodillas. Lo vio alejarse por el camino de la plaza perfumado de glicinas y perderse en la calle arbolada de la iglesia.

Entonces, repuesto ya, abotonóse el saco raquíto, carraspeó filosóficamente y murmuró:

—Salud y mancomunismo, compañero.

- Salud, compañero.
—Salud y mancomunismo.
—¿Hay quórum? —preguntó el del pistón.
—Sí; están todos los que son, compañero.

En el rancho de paja y adobe, quince hombres discutían, encorvados bajo la luz de agonía de un miserable farol alimentado a kerosene.

Algunos, en el calor del debate, se incorporaban, golpeándose la cabeza en la inclinada alfajía del techo.

El hombre que vestía su espíritu de rojo detonante, había logrado catequizar a los catorce vecinos del pueblo, entre los que se hallaban Fermín, el dependiente de la botica de Don Teodoro, y el del pistón.

Catorce hombres que lo escuchaban con religiosa admiración y marchaban incondicionalmente detrás de sus enrevesadas teorías.

Bajo la advocación del doctor Looyer, constituyeron en la eglógica vivienda de Ciriaco, el bostero, el Comité Central del Mancomunismo.

La tarde de la inauguración, el músico de la banda, desplazado de ella por sus convicciones mancomunistas, amenizó el acto con la sucesiva desafinación de su instrumento.

En el pueblo, pacífico como un ciudadano obeso, el hecho provocó indescriptible estupor.

¡Catorce vecinos honrados y mansos se entregaban a los ideales descabellados y subversivos de un desconocido!

Los notables del pueblo se reunieron en cónclave, en la sala de Don Teodoro, que, congestionado, arrojó epítetos decomisables que mancharon el buen nombre del músico de la banda y prometió despedir ese mismo día a su dependiente.

Los quince conjurados deliberaban en la incomodidad del rancho de Ciriaco. El calor sofocante hacía sudar barro a las paredes y empapaba el rostro de los asambleístas.

Tenía la palabra el “leader” del mancomunismo:

—Compañeros, el doctor Looyer ha conseguido superar las más avanzadas teorías, aniquilar el marxismo y abatir al georgismo con su filosofía mancomunista.

El doctor Looyer ha destruído las novísimas hipótesis económico-sociales... Es urgente una organización, compañeros. Hoy sumamos quince. Mañana no nos alcanzará el censo. El porvenir es nuestro...

El del pistón arriesgó un:

—Así hablaba...

—El doctor Looyer... —le interrumpió bruscamente el propulsor del mancomunismo.

El Comité Central resolvió presentarse a las elecciones con candidatos propios, disputando a los conservadores las siete bancas del Concejo.

El hombre de las cejas pobladas como un inquilinato, secundado por Fermín y el del pistón, regó con su oratoria los caminos quemantes de la plaza.

Nunca sumaron más de quince los concurrentes (inclusive el orador). Sin embargo, no desmayaron. El optimismo es la virtud del mancomunismo.

La víspera de elecciones clausuraron con un mítin de quince hombres la ardua campaña electoral.

A la vanguardia marchaba erguido el del pistón, consciente del papel trascendental que desempeñaba y al pasar frente a la botica de Don Teodoro, agitó amenazante su instrumento y echó los pulmones en un grito:

—“¡Viva el doctor Looyer!...”

Al día de las elecciones sucedió el del escrutinio.

El escrutinio:

Conservadores.....	56
Mancomunistas.....	00

Conservadores.....	84
Mancomunistas.....	5

Conservadores.....	96
Mancomunistas.....	9

Conservadores.....	106
Mancomunistas.....	14

Los quince propagandistas de las teorías del doctor Looyer lograron conquistar catorce votos. Alguien había traicionado la causa.

¿Quién era el traidor?...

El hombre detonante agitó la campanilla de su voz llamando a urgente y grave reunión.

Por la noche, en el rancho de paja y adobe, vivienda triste del bostero Ciriaco, los quince hombres se aglomeraron bajo la luz

moribunda del farol.

—Somos quince y sumamos catorce. ¿Quién es el traidor?...

Un silencio de plomo acogió las palabras del jefe.

—¿Quién es el traidor?... —habló de nuevo.

El mismo silencio envolvió su pregunta.

—Por los ideales del doctor Looyer, por la tesis que sustentamos, es preciso saber quién es el traidor. No tema el que lo sea. Nos limitaremos a eliminarlo del mancomunismo.

¿Quién es el traidor?...

Pero el traidor no apareció. Todos los conjurados hicieron protestas de fe mancomunista y el del pistón llegó a afirmar que si alguien dudaba de su honestidad política, se arrojaría de cabeza a un pozo viviendo el nombre del doctor Looyer.

Sin lograr esclarecer el serio asunto, se dió por terminada la asamblea.

En el Comité Central, la desconfianza mutua enfrió los cordiales apretones de manos y agrió el saludo compañeril de la secta.

Las sucesivas reuniones y los interesantes comentarios de las teorías del doctor Looyer, llenaban la ausencia de sinceridad. Y allí, conviviendo con todos, amparado en el incógnito del voto secreto, se reía el traidor.

El hombre de las greñas subversivas no cesaba de clamar con su vozarrón:

—¿Quién es el traidor?...

—¡Sí!... ¡Sí!... —exigían los catorce secuaces de la jocosa doctrina económico-jurídica-social.

—¡Queremos saber quién es el traidor!...

La probidad de Fermín lo colocaba a cubierta de toda sospecha. Lo mismo sucedía con el del pistón. Y en cuanto a Ciriaco, el bostero, y a los demás miembros de la congregación, podía afirmarse a pie juntillas que no claudicaron en la hora suprema.

Pero... ¿Quién era el traidor?...

La Buena Palabra, órgano defensor de los intereses conservadores del pueblo, palmoteó columnas y rió en sus negras letrillas del cisma mancomunista.

“Se traicionan entre ellos —decía— y esto reafirma nuestra opinión: el mancomunismo es una chafalonía política”.

—¡Esto es el maremágnum!... —rugía el del pistón.

Y esa noche, después de haber planeado el golpe con Fermín, se decidió a destruir la máquina plana de *La Buena Palabra*.

Llegaron a la esquina de la iglesia, protegidos por un grueso abrigo de sombras. En la puerta del periódico conservador se detuvieron un instante, uniendo sus entrecortadas emociones.

Con valentía espartana penetraron en el local. Y al aproximarse a la máquina predestinada, el asombro los clavó en el sitio y les

tapó la boca.

Junto a la mesa, compaginando calumnias, en mangas de camisa, el hombre detonante, el personaje de Chesterton, el defensor de las teorías sociales del doctor Looyer, el sujeto que ostentaba con orgullo el negro pajarraco de su corbata, consumaba la insólita, inconcebible y criminal traición...

.....

El Mancomunismo perdió sus catorce votos en ese pueblo de azar, tan pequeño que podría guardarse en el atrio de su iglesia.

Fermín volvió a la precaria botica de Don Teodoro, el del pistón formó de nuevo en la banda local, y Ciriaco, el bostero, continuó recitando el poema naturalista de su ingrata profesión.

Y el mancomunista continuó paseando su pintoresca personalidad por las perezosas calles del pueblo.

Su presencia es tan necesaria como la del cura párroco, la del boticario, el juez de paz y la prostituta.

Por convicción no se descubre al pasar junto a la iglesia ni ante un cadáver, y acostumbra a interrumpir en el “Febo asoma...” la ejecución de la marcha de San Lorenzo.

LA MOSCA PREDESTINADA

Fatalmente, el hombre del fondín encontrará en su plato de sopa la mosca predestinada. Esa mosca que se extravió en un zambullida de vapor, después de permanecer adherida como una estampilla a la pared, cuando la arterioesclerosis del frío la retiró de la circulación.

El cadáver de una mosca flotando en la cuchara con la aviesa intención de llegar al estómago, entraña una enorme tragedia. La enorme tragedia del hombre de fondín, que es el hombre más triste de la tierra.

Es el hombre retraído, rodeado de ausencias, sin un corazón compañero donde volcar una confesión; es el hombre que vive chapaleando en el dolor y se adormece a la mortecina luz de un recuerdo; es el hombre que estira su amargura en la hostil frialdad de las sábanas de los hospedajes y clava su soledad en el banco de cualquier “restaurant”.

La cena o el almuerzo lo sorprenden en la actitud indiferente de quien no tiene nada que perder. Apoya sus codos gastados sobre el mantel interino de diarios pringosos y relee la lista monótona y malhumorada.

Es inmigrante y dejó más allá del mar un cariño harapiento, y entonces la nostalgia le raja el alma en una puñalada mortal. Es marinante, ave de paso que ancla una canción de su tierra en el fondo de un vaso de ginebra, o es un muchacho enfermo de distancias que, buscando contrariedades, abandonó la gárrula ciudad y echó a caminar por la calle más desolada del mundo.

¿Quién desentumecerá la pena de este hombre?

Hotel de a peso o fondín íntimo. ¡Linda decoración para su tristeza!... Para esa tristeza antigua, que se ahonda cuando el músico ambulante que pasa el plato de la miseria arroja un canto como una piedra en la laguna de dolor que hay en su alma.

Este hombre del fondín dejó vencer un pagaré de cariño sin protestar. Por eso su vida vale menos que una colilla de cigarro. Tiene la tediosa resignación de un péndulo y la tristeza de un marino ebrio en el puerto más lejano de su tragedia.

Siempre hay una mosca predestinada para el solitario hombre del fondín. Una mosca que abre un paréntesis de meditación en su premeditada indiferencia. Y le socava su espíritu apenumbado de fracasos el recuerdo confuso de un mantel blanco y de una mirada húmeda de ternura.

¡La mosca predestinada!

En sus paredes oscurecidas de hollín, guarda la cocina del “restaurant” barato, moscas por series y moscas de repuesto para la época invernal. Moscas pegadas a la cáscara humosa como sellos del tiempo, moscas decorativas, moscas de papel.

También Jorris Karl Huysmans, funcionario modelo, subjefe de Negociado, inquilino triste de la orilla izquierda del Sena, tuvo una mosca predestinada.

Con la pareja que canta al compás de un violín histérico, ha entrado una racha de frío. Es el frío de la calle. El frío de la calle más desolada del mundo.

EL HOMBRE DE LOS PATINES (Cuento para niños de 6 a 80 años)

En un pueblo extraviado en la inmensidad de un lejano país, había una vez un hombre cuya excepcional estatura distraía la atención de la gente.

Era muy alto, tan alto como el poste telegráfico, que en aquel entonces no existía, temeroso, sin duda, de exponer su propia estatura al ridículo.

Dios, inclinándose un poquito, podía hablarle al oído y reprenderlo tirándole de las orejas, que más bien parecían dos grandes manijas.

Este hombre que nunca fué niño, siendo muy niño ya descollaba por su altura y todos le hablaban como si fuera una persona mayor. Por eso se veía obligado a encarar la vida desde el punto de vista de una persona mayor.

En la escuela, su descomunal figura cerraba la fila de colegiales. Su estatura lo colocaba en condiciones inferiores con respecto a los demás niños, y por ella lo creían capacitado para resolver los más difíciles problemas.

Si se equivocaba —lo que sucedía con frecuencia—, como no tenía el atenuante de la pequeñez, sus compañeros le decían, mofándose:

—¡No tiene vergüenza!... ¡Tan grande!...

Y se desternillaban de risa ante la confusión y el azoramiento y la sonrisa estúpida del pobre muchacho alto.

Pero un día desapareció. Abandonó la casa paterna y se dio a caminar por esas calles de Dios.

Caminó leguas y más leguas... Conoció las callejuelas que miran con ojos oblicuos en los barrios chinos, cobijadores de fumaderos de opio; bebió "Old Tom Gin" en las tabernas londinenses; recorrió la Bohemia en compañía de unos saltimbanquis húngaros, y más tarde trabajó en los grandes cafetales del Brasil.

Y se fué gastando... gastando...

Como la roca que se despeña y rueda y se convierte en canto rodado, el hombre de mi cuento, canto rodado también, se fué

gastando hasta volverse pequeñito, pequeñito...

—¿Como el enano de la calle Florida, abuelo?

—No, más pequeño. Como el Pulgarcito que se cayó en la olla...

—Abuelito, yo conozco uno que se está gastando también. Ya no tiene piernas. En los muñones lleva un par de patines atados con pedazos de piolín... ¡Cuánto habrá caminado!

—Calla... No comprendes. El hombre de los patines perdió sus piernas por casualidad. En el preciso instante en que cruzaba una bocacalle, estornudó, y un automóvil que estaba en acecho, aprovechándose del estornudo, le devoró las piernas.

En cambio, el otro, el hombre alto como un poste telegráfico, tan alto que Dios, inclinándose un poquito, podía hablarle al oído y hasta tirarle de las orejas, que más bien parecían dos grandes manijas, ese hombre se gastó caminando.

Después...

El niño se quedó dormido.

EL PAIS DE LOS HOMBRES HUMEDOS

El país de los hombres húmedos está situado detrás del sol, en una esquina del mundo desteñida de olvido.

Vacío y desolado, duerme su metafísico mal de abulia bajo una capa eterna de musgo recién pintado y fresco de rocío.

Rocío: lágrima derramada de un recuerdo que alienta en la anochecida alcoba del alma como una mariposa de luz.

Ninguna geografía guarda el croquis del país de los hombres húmedos, porque el país de los hombres húmedos es un estado de alma. Un estado de tristeza sin remedio donde cuelgan los días su afiche de aburrimiento y las horas dicen en su monotonía que la vida no vale la pena.

Tierra sin horizonte: país de los desterrados, de los pobres diablos a quienes todo el mundo les volvió el rostro. Hasta el sol...

Cómplice del destino que sopló con un viento trágico el parpadeo de la última esperanza, el sol le dió su espalda de sombras, negándole la profilaxis espiritual de sus rayos.

La alegría es forastera en el país de los hombres húmedos, de los hombres que extraviaron la serpentina intacta de la risa en el laberinto del dolor.

Desde que murió mi madre, comencé a hacer méritos de amargura para lograr ciudadanizarme en el país de los hombres húmedos.

En la frontera de la juventud abandoné el contrabando de ingenuidad y me zambullí en el agua bendita en cuya superficie se reflejaba mi infancia.

Antes era ciudadano del mundo que se renueva. Ahora soy habitante de la charca olvidada. Del país indiferente, de la tierra de los hombres húmedos.

Poseo una tristeza auténtica. Y esto vale mucho. Más todavía hoy, que el mundo sólo se entristece cuando lo ordena el calendario.

Ahora que las estrellas se desnucan contra la angustia que ahorca mi alma, escucho sobrecogido la fatigosa respiración de

un recuerdo.

Porque yo tengo un recuerdo. Lo exhibí como un pasaporte para ser inquilino en el país de los hombres húmedos.

A PROPÓSITO DE LA RUEDA DEL MOLINO MAL PINTADO

LA LITERATURA ARGENTINA, AÑO I, Nº 5, ENERO DE 1929

Enrique González Tuñón agrupa en su último libro *La rueda del molino mal pintado*, publicado últimamente por Gleizer, una serie de cuentos de bello fondo e irreprochable técnica, que constituyen una de las más interesantes manifestaciones literarias del pasado año.

Pese a su título un tanto extravagante, los relatos en cuestión no tienen contacto alguno con esos galimatías absurdos, sin pies ni cabeza, a que nos tiene acostumbrados la flamante ‘nueva sensibilidad’. Nada de eso. En el libro de González Tuñón, pintura animada y perfecta de ese ambiente complejo del hampa disfrazada y vergonzante que se mantiene a puros ‘completos’, hace del pechazo una profesión intelectual y arrastra su miseria bajo harapos de clase media, hay, indiscutiblemente, arte, puesto que hay emoción. Todas las miserias y todas las vergüenzas del hombre que vive su vida en un doloroso y perpetuo interrogante, aparecen reflejadas de mano maestra en estos cuentos de ambiente, que de modo tan original y humano reproducen esos desdichados aspectos de la metrópoli.

Tal es *La rueda del molino mal pintado*: un libro bello y humano. Que no es cosa que veamos todos los días.

• • •

Nota del editor: por cuestiones de dinero, no nos es posible reproducir aquí el entusiasta aguafuerte titulado “El libro de los pelafustanes” (El Mundo, 8 de noviembre de 1928), que Roberto Arlt dedicó a La rueda... En efecto, la Editorial Losada solicitó, a través de la responsable de su Departamento de Derechos de Autor, una suma absurda para autorizar la misma. Una vez más, por lo tanto, acudimos a la cita con el objetivo de dar a conocer una opinión de singular importancia, si tenemos en cuenta que es alrededor de su novela Los siete locos que se organiza la tercera zona, uno de cuyos exponentes es Enrique González Tuñón (ver “Estudio preliminar”). Para Arlt, La rueda... es:

una compilación de cuentos donde campean por sus respetos, insignes malandrines porteños. Fabulosos buscavidas, lúgubres atorrantes, filosóficos ladrones, divertidos ‘manosantas’, tétricos pulguientos y gente toda de la misma jaez, es decir, ‘crostas’ muertos de hambre, ingeniosos y sutiles [...] El Tuñón, o autor del mamotreto a que me refiero, es un tío flaco, alto, cabeza de gato famélico y palidez cavernosa. Se acordó un día de todas las angustias que había pasado; de los tipos extravagantes que conoció viviendo a troche y moche por los espantosos hotelitos de la calle Santiago del Estero o Bernardo de Irigoyen; se acordó de cómo se ‘canta la Tosca’ y se vende jabón amarillo por un callicida alemán y entonces, tirando arriba su esqueleto como quien carga con algo útil, se internó en los vericuetos de la vida y escribió la historia de sus personajes; las cavilaciones de éstos para rebuscarse un peso para la cama; los problemas de dormir en un banco de plaza, y todas esas aventuras siniestras y humorísticas que ahora describe en un estilo fácil, preciso y tan sugestivo que, de pronto, el lector al llegar al final del libro, se dice:

—¡Maldito sea el Tuñón por haber hecho un libro tan corto, siendo tan bueno y habiendo tanto autor que da trescientas páginas de macanas! [...]

Es un libro muy bueno... tan bueno, que si se le comienza a leer no se larga hasta que no se ha terminado. Creo que éste es el mayor elogio que se puede hacer de un escritor. Porque los libros se compran para leerlos y no para decir que son buenos y luego arrinconarlos en un estante.

Un gato podrá pasar por liebre; pero cien páginas impresas y saturadas de estupideces, jamás pasarán por un libro. Y el de Tuñón es un libro de verdad, que regocija leerlo y satisface recordarlo.

No es extraño que La rueda... provoque entusiasmo en Arlt, ya que tanto uno como otro hacen y entienden la literatura de manera similar.

La rueda del molino mal pintado

(1928)

Nota del editor: se reproduce a continuación, sin modificación alguna, la primera edición de este libro. Buenos Aires: Gleizer, 1928.

Dedico este libro a los parroquianos del Café Japonés.

LA RUEDA DEL MOLINO MAL PINTADO

La rueda del molino mal pintado comenzó a girar, movida por el resorte invisible de un recuerdo. El enorme armatoste negro — pedazo de noche— fué animándose con el sol de los sonidos.

Korsakoff, que se abstraía en la contemplación de la espuma de su bock de cerveza, levantó la vista como si el piano automático se dirigiera a él, precisamente, y colgó un interrogante en las aspas descoloridas, que daban vueltas al compás de un vals más antiguo que su vida.

Se le nublaron los ojos. Había comprendido el armónico lenguaje de ese descomunal ataúd. Se emocionó de golpe. Asomóse al borde las notas que exhumaba el viejo piano como quien se asoma a un aljibe y deletreó el miserable mapa de su existencia. Pero él no quería conmoverse y carraspeó para engañar su propio estado de ánimo.

La rueda del molino mal pintado, daba vueltas, ahora, en el borroso paisaje de su alma.

No pudo más. Dejó caer su cabeza sobre la mesa y lloró sin ninguna vergüenza, como lloran los niños.

El mozo se acercó a retirar el vaso de medio litro, pero, Korsakoff ya había vuelto en sí.

—No me lleve la cerveza —le dijo—. ¿No se da cuenta que todavía no la he probado?...

Introdujo su mano en el bolsillo del sobretodo, sacó un pañuelo a cuadros, un gran pañuelo de inmigrante, se sonó las narices, limpió sus mejillas húmedas y por la hirsuta pelabre de sus bigotes coló estas palabras:

—Korsakoff, eres un tonto. Las lágrimas, a tu edad, son inútiles, ridículas y perjudiciales.

* * *

¿Lloraba Korsakoff por el dinero robado o por la esperanza desvanecida? Porque a Korsakoff le robaron todos sus ahorros y, con ellos, una esperanza huérfana que había adoptado en su vejez.

La culpa era suya, por haber variado ese concepto definitivo, ese sentimiento negativo que desglosaba de sus semejantes, dejándose engañar como una criatura inocente.

Siempre supuso Korsakoff que la Tierra cumplía sus movimientos cósmicos, para conformarlo a él, únicamente. Por él, el sol colgaba de las paredes como ropa recién lavada y las estrellas y la luna se asomaban al cielo de su ventanita, para acercarle un consuelo de luz.

En cuanto a los demás seres que se agitaban a su alrededor, eran para Korsakoff un estorbo. El sueño más halagador de su vida fué una isla rodeada por altos muros de hierro, donde podía habitar sin el peligro inmediato del hombre, la mujer y otras calamidades.

Pero, he aquí que un día despertó bajo el signo de la credulidad y dió por auténtica la sonrisa de una muchacha. Y tan infeliz fué, que se dejó llevar por esa sonrisa hasta el rincón más difícil de su cuarto, donde amontonaba sus ahorros, centavo sobre centavo.

Y pagó, centavo sobre centavo, hasta el último ahorro, por la sonrisa de la muchacha que era interesada y no buscaba el corazón, sino la bolsa del viejo avaro.

* * *

La vieja de la cabellera hipócrita era una vieja con recovecos como el caserón que habitaba. Negociante de chismes, regalaba el estómago de algunos inquilinos sin familia con platos trasnochados y les aliviaba el cansancio, ofreciéndoles una ración de sueño en sobadas sábanas de alquiler.

En sus ratos de ocio, que eran muchos, dábase a la meditación, releía libros de magia comprados de segunda mano o adivinaba el porvenir del curioso del mañana, componiendo círculos con un mazo de naipes oscurecido por las huellas de incontables impresiones digitales.

Tan acostumbrada estaba a las mañas del jugador fullero, que hasta se armaba trampas ella misma en el pasatiempo de los solitarios.

No hubo inquilino que no se llevara de ella un mal recuerdo. Hacía peligrar la honradez del horter y la existencia normal del hombre metódico que reglamenta sus vicios de acuerdo con el bolsillo y el calendario. Cierta vez logró deslumbrar de tal manera a un alemán extravagante que usaba la barbilla filosófica del conde Hermann Keyserling, con un cálculo cabalístico de probabilidades futuras, que dio con él y su respetable barba en una casa de locos, donde sus inquilinos no tuvieron inconveniente alguno en reconocerlo Enviado de Dios y Repartidor de Destinos.

Korsakoff, retraído, misógino, hermético, instintivamente procuraba distanciarse de la vieja de la cabellera hipócrita, con su

figura misteriosa de pajarraco agorero.

Pero, a pesar suyo, una noche el pajarraco se posó en la ventana del viejo avaro y lo atrajo con artes prohibidas.

Fué así cómo se inició la tragedia de Korsakoff.

* * *

Korsakoff era un silencioso inquilino en la pensión de la vieja de la cabellera hipócrita. Guardaba con doble llave su dinero y su palabra. Así, como en el hueco inencontrable de su cuarto aseguraba su caudal, en su interior se oxidaba un stock de voces fracasadas, de palabras muertas.

No respondía a las solicitudes de préstamo ni al saludo amable y obligatorio de los vecinos. De ahí que, a veces, al cruzar los sombríos corredores de la pensión, hablara solo: era la urgente necesidad de gastar palabras, de desembarazarse de una porción de vocablos que nunca pronunció por economía.

Rehuía la amistad, la bebida y otros pequeños vicios. Si lo invitaban a compartir un cigarrillo, se negaba hoscamente, para no contraer obligaciones. No le debía nada a sus semejantes ni sus semejantes le debían nada a él.

Como el musgo descolorido y miserable de sol en los paredones ruinosos, Korsakoff llevaba adherido a su cuerpo un molesto olor de humedad.

Pequeño, deforme, miedoso y arrugado dentro de la holgada sordidez de un traje de cambalache, siempre en actitud de premeditada insignificancia para evitarse la intención alevosa de los pedigüños, el avaro ascendía trabajosamente los sucios peldaños de la escalera de pino, doblada la cabeza por la costumbre de recorrer con la vista el pavimento, en una infructuosa búsqueda de objetos perdidos.

Solo en su desván, Korsakoff permanecía horas y horas con la barbilla apoyada en la mano, las piernas cruzadas, la mirada fija en cualquier lugar. ¿En qué cosas extrañas pensaba Korsakoff? Probablemente, él mismo lo ingoraba. Hacía tantos años que andaba por el mundo, que, casi, había perdido la noción de su existencia.

Tenía que sobrevenirle una tragedia para arrancar de su alma enmarañada un recuerdo de pureza. Y mientras se preparaba ese enorme dolor, el latido fatigoso de una vela de estearina dibujaba grotescas formas en las paredes del mísero altillo.

Cuando la muchacha le sonrió, Korsakoff solo atinó a doblar la cabeza y mirar hacia atrás, seguro de que no era a él. Pero ella insistió y Korsakoff tuvo la vanidosa impresión de que se merecía una sonrisa de mujer joven.

Esa fué su tremenda equivocación. No cayó en la cuenta de que

en el amor, él, a lo sumo, podría representar el triste rol de damnificado.

La muchacha le dijo que se llamaba María, que es el nombre ingenuo de las hijas del pueblo. Y como su sonrisa y su corazón, ese nombre era falso.

El viejo avaro se perdía irremediablemente aturdido por un fuerte golpe de felicidad imposible. Y el pajarraco agorero, ubicado en el hilo que iba desde la pueril ilusión del pobre hombrecillo al pecado de la doncella, atrabapa la deseada víctima.

Korsakoff, por temperamento, era enemigo de toda solidaridad. Si el vecino de su cuchitril gritaba socorro en trance de muerte, Korsakoff se cubría con las cobijas para atenuar el ruido desesperado y molesto del enfermo. Y si un niño, bordeaba un peligro en la cornisa de cualquier azotea, se encogía de hombros en una anonadadora indiferencia.

Ahora, Korsakoff era otro hombre. Una claridad inefable limpiaba su rostro. Al anochecer, antes de internarse en su altillo, deteníase a platicar con la vieja enredadora, intermediaria del mal amor.

Transcurrieron los días y la descabellada idea de ser amado, le pareció la cosa más natural. Por eso, con una confianza ciega, abrió su bolsillo a los caprichos de la muchacha que se le cruzara intencionadamente en su camino.

.....

Cuando volvió en sí, Korsakoff tuvo que sostenerse en la baranda lustrosa de la escalera para no caer.

* * *

Arrastró su espantosa tragedia hasta un café del Paseo de Julio, donde la nostalgia de los hombres de mar que olvidan penas lejanas, se agrupa alrededor de los pianos automáticos.

Un mozo corpulento le sirvió la cerveza. El piano automático que dibuja un molino al compás de una mazurka desenrolló su musiquilla pegajosa. El catafalco, el pedazo de noche, volvía a iluminarse con el sol de los sonidos.

Korsakoff enjugó sus ojos enrojecidos y recién entonces reparó en un viejecillo apergaminado que había tomado asiento junto a su mesa sin pedir permiso.

Era el antiguo arpista del café, derrotado por el piano automático, por la rueda del molino mal pintado.

Korsakoff, apenado y mordido por una terrible desesperación, descubría en el paisaje holandés encendido en el armatoste todo lo que fué su vida.

—¿Qué le pasa, señor?...—preguntó el viejecillo.

—Lo que a mí me ocurre es demasiado para un hombre solo, señor. La rueda de ese molino mal pintado me recuerda mi infancia y eso me da mucha pena, porque siento que hay en mi vida una triste suciedad...

Iba a abrirle su alma limpia ya de sordideces, pero tuvo vergüenza.

En la desolación del mundo, Korsakoff era un punto insignificante.

EL FILOSOFO ALUCINADO

1

Mi sastre es un hombre que regocija al barrio. Su precario establecimiento, que ostenta en un cartelón descolorido la histórica afirmación de Galileo: “E pur si muove”, convertido en una logia pintoresca y absurda, se alborota en hilarantes discusiones que turban la tranquilidad vecina.

Nunca padeció un síntoma de progreso el antiguo negocio de mi sastre. Sin aspiraciones céntricas, vegeta pobremente en la callejuela olvidada en un rincón del suburbio, amparando en su sombra la humildad, la franciscana vida de su fundador.

Mi sastre es hombre juzgado en broma. Jocosos son los puntales que sostienen su resignada seriedad de filósofo, argumentador incontrovertible que extrae de la realidad de la vida despampanantes conclusiones estrambóticas y enrevesadas. ¡Lástima grande que en sus elocuentes exposiciones utilice un léxico arbitrario que provoca sonrisas burlonas entre sus gratuitos y entusiasmados espectadores!

Mi sastre es hermano menor de Belarmino. El afán de superación que elogiara Nietzsche, lo llevó a enajenar sus facultades mentales, leyendo y estudiando, en ratos hurtados a la labor diaria, complicados volúmenes doctrinarios. Así logró construirse un incomprensible sistema filosófico, de uso exclusivamente personal.

Cuando en una de las ruidosas reuniones que tenían lugar entre las cuatro paredes del pequeño comercio, arriesgó originales predicciones para el futuro, uno de los asiduos contertulios, universitario enfático, lo interrumpió:

—¿Usted es escéptico?...

—No, señor; soy diagnóstico.

Mi sastre es un maestro en el arte de combinar sonidos. De ahí que fundamentara su inexplicable diagnosticismo en una indiscutible razón fonética.

“En la vida, como en el ajedrez, los primeros sacrificados son los peones...”

He aquí uno de los múltiples aforismos de mi sastre, puramente intuitivo, pues estoy seguro de que desconocía los innúmeros y difíciles problemas matemáticos que surgen de un tablero de ajedrez.

La frecuentación cotidiana de los grandes rotativos habíale colocado en situación de opinar sobre los distintos tópicos que figuran en el renovado cartel del día. Cuando el cable actualizó a Lasker mi sastre agregó: un “Jaque al rey” a su misterioso vocabulario.

¡Jaque al rey! Estas tres palabras se estereotiparon en su cabeza republicana. Las pronunciaba con voluptuosidad, como si cada vez que lo hacía diera al traste con un régimen monárquico.

Hubo un tiempo en que dedicó todas sus actividades al infructuoso hallazgo del movimiento continuo. Descuidó el negocio, suspendió temporariamente su tarea, retrasando la elegancia urgente de su clientela, y cuando su mujer, alarmada por tamaño desbarajuste, pretendía hacerle entrar en razón, le replicaba amoscado:

—¿Qué sabes tú —¡pobre ente ignaro!— de estas especulaciones? Para ti, la ciencia es una palabra cruzada; la vida, un juego de damas y la prehistoria el “ta-te-ti”, primeras sílabas que pronunció el hombre troglodita. ¿Estamos?...

—...al borde de la ruina, insensato —agregaba la sufrida mujer.

—Tu corto entendimiento no consigue explicarse mis incursiones en el terreno científico. ¡El movimiento continuo! ¿Sabes qué representa para el Cristóbal Colón que lo descubra? Nada... casi nada... La inmortalidad al alcance de la mano...

Inútiles fueron las reconvenciones y los sucesivos llamados a la cordura y al sentido común. Mi sastre, abstraído en la preocupación el movimiento continuo, vivió noches en blanco, rompiéndose el engranaje cerebral en anonadadores cálculos.

Por fin, una tarde, adoptando precauciones de conspirador, dijo haber dado en la tecla, prometiendo la primera experiencia para la misma noche.

Nervioso, intranquilo, deglutiendo impaciencia, aguardó la hora señalada paseándose como un péndulo por la habitación.

Sentíase apocado ante el atisbo sonriente de celebridad e imaginaba la sensación que provocaría la noticia del

descubrimiento. Hasta creyó escuchar el estruendo de las bombas anunciadoras del milagro... Después, los honores oficiales, el aplauso delirante del pueblo, la curiosidad periodística y su nombre voceado en todas las esquinas del mundo.

Emocionado, enjugó las gotas de sudor que se descolgaban de su frente y, dejándose caer sobre una silla, murmuró:

—Alégrate, Pantaleón. Eres dueño del siglo.

4

El reposo había cerrado los párpados de la vecindad y el silencio guardaba en su alforja los ecos lejanos, cuando el inventor decidió a iniciar la prueba definitiva, colocando ante los ojos asombrados de su mujer una enorme caja de sorpresa.

El silbido de ronda del vigilante dividía la noche en dos y aún mi sastre no había conseguido entenderse con el extraño revoltijo de resortes, ruedas y torniquetes.

Un vago presentimiento de fracaso temblaba en sus manos. Dieron las dos de la mañana. Fatigado, sudoroso, reclinó la cabeza cansada en el hombro de la compañera.

—Mujer... ten un poco de paciencia... Esto se moverá, estoy seguro...

Como un prestidigitador que inútilmente intenta un truco, mi sastre se empeñaba en conformar la enojada desilusión de su mujer.

A medida que se gastaba el tiempo, se embotaba el cerebro. Sentía golpear en sus sienes el tic-tac de los segundos. Una sonrisa triste se dibujaba en su rostro.

El reloj pasó el santo de las tres horas y, como era de prever, el movimiento continuo permaneció inmóvil.

5

Transcurrieron algunos días y el inventor frustrado volvió a realizar experiencias negativas.

Con la obsesión del movimiento continuo, clavada su mirada en el interior de la inmovible caja, decía esperanzado:

—Ya verás, mujer... Ya verás...

—¡Cuando yo digo que tienes inquilinos en la azotea!...

—¿Ves, mujer incrédula?... No se mueve, pero debería moverse. Quizá se mueva y nosotros no alcancemos a percibirlo...

—Eres un loco de remate...

—Puede ser, pero yo te digo que esto se mueve... *E pur si muove...*

Al día siguiente, su anémico negocio amaneció bautizado con

la célebre frase de Galileo Galilei.

Pero, el pobre hombre se hallaba íntimamente decepcionado. No se atrevió a convesárselo a su mujer y cayó en el consuelo de la bota de vino.

Cuando su desabrida Xantipa masticaba reproches llamándolo borracho y perdelario, el buen sastre se defendía:

—Bebo sin embriagarme, mujer... Hago pie en la movilidad continua del vino...

Después de este fracaso, no se habló más del asunto. Otros problemas se planteaban en el plano cerebral de mi sastre.

Fué así como, arrastrado por una honda inquietud social, se inscribió en la lista de socios de la Biblioteca del Libre Pensamiento.

6

Después de cenar, los compañeros se reunían en un centro obrero ubicado en una calle en pañales de barro que juega a las escondidas detrás del Parque de los Patricios. En el frente sin revocar de la derruida vivienda, un escudo descolorido de sol y lluvia decía:

SINDICATO DE CONDUCTORES DE CARROS
SECRETARÍA.

Y más abajo:

BIBLIOTECA DEL LIBRE PENSAMIENTO.

El edificio constaba de dos habitaciones estrechas y húmedas, con las cuales hacía juego el mobiliario. En la primera había varios bancos, un escritorio maltrecho y una biblioteca que permanecía cerrada las más de las noches, depositaria de las obras de los grandes renovadores sociales. En la otra pieza se llevaban a cabo las reuniones de los miembros del sindicato.

Retratos de revolucionarios barbudos en volantes de propaganda, cubrían las paredes blanqueadas con una mano de cal.

Los compañeros llenaban de humo las piezas, un humo irritante, mientras discutían acaloradamente los más escabrosos problemas. Poco antes de las diez de la noche se marchaban, pues sus ocupaciones los obligaban a abandonar la cama al amanecer.

Despedíanse con un:

—¡Salud, compañero!

—¡Salud y R.S.!

Solamente cuatro hombres permanecían en la biblioteca discutiendo nuevos modelos de convivencia social y tramando estériles ofensivas contra el Estado.

Uno de ellos era un muchacho esmirriado, bohemio de oficio, que, como tal —según aseguraban algunos y lo corroboraba su figura— comía cada muerte de obispo y ensayaba sus aficiones literarias borroneando cuartillas de papel hurtado en las oficinas de Correos y Telégrafos, a la espera de que germinase en su frondosa testa la obra genial.

Era un tipo particularísimo y casi agotado, pues las ediciones modernas, corregidas y mejoradas, cumplen con los preceptos de la higiene.

Otro de los contertulios era el universitario enfático que conocimos en una histórica interrupción. Creíase llamado a encauzar multitudes o a conmover a los millones de cariátides humanas que sostienen el mundo. Se le admitió en la biblioteca con la contraseña de su traje humilde y su cara de hambre, haciendo una excepción en su favor, pues los compañeros eran enemigos del entronizamiento de los intelectuales en las cuestiones que solo a ellos tocaba dilucidar.

Debutó con el comento de una obra sociológica que le facilitó la ocasión de dar a conocer las nuevas interpretaciones del Derecho, el Estado y la Propiedad.

Poco tiempo después fué robando su atención a los asuntos de orden sindical, para abismarse en la concepción de su teoría del equilibrio social, que acabó por desequilibrar sus desgastadas facultades mentales. Se hizo un devoto ferviente de Max Stirner y a la postre, se denominó “nietzscheano”.

Ultimamente, como no lograba desentrañar el sentido de la vida, resolvió eliminarse sin lograr su propósito, con lo que adquirió reputación de suicida.

El camarada secretario, que integraba la tertulia, era un sujero sigiloso y extraño, de nacionalidad ignorada. Joven aun, ostentaba un rostro injuriado de arrugas. Rasgos de hombre bilioso, amargado. Amargura de soledad; rabia de deseos insatisfechos.

Era el compañero más considerado. A ese respeto general lo acreditaban sus años de luchas gremiales y, sobre todo, su intervención en el despanzurramiento de un burgués, en Barcelona.

Fué minero, pastor, mozo de cordel, peón caminero, presidiario y hasta cómico de la lengua y, como la policía mostraba empeño en solucionar su urgencia económica ofreciéndole alojamiento por algunos años, resolvióse a poner pies en polvorosa.

Trabó relación con el camarero de un transatlántico y, mediante el pago de una breve cantidad de dinero, pudo hacer la travesía

oculto en un camarote. Así llegó a América.

En Buenos Aires actuó en varios hechos cuyo descubrimiento hubiera sido sobrado motivo para que intimara con los guardianes del lógrego castillo de Ushuaia.

Sus conocimientos de organización sindical y su obra de propagandista de la violencia habíanle extendido las simpatías de sus hermanos de infortunio. Se le adjudicaba parte en un atentado terrorista contra una importante empresa. Varios empleados de investigaciones dieron con él, lo zamparon en el Departamento de Policía y lo hicieron objeto de un hábil interrogatorio. Pero, él resistió. Conocía bien el diálogo de don Quijote con el condenado a galeras y sabía “que no hay peor cosa que cantar en el ansia”, pues “quien canta una vez, llora toda su vida”.

Y negó, para no tener de que arrepentirse.

El cuarto contertulio era mi ilustre amigo el sastre, fracaso de inventor, entregado a una nueva inquietud: la inquietud social.

8

Acudió a la solidaridad de esos tres amigos en procura de un consejo. Su mujer había dado a luz el primer hijo y buscaba un nombre adecuado para su sucesor.

Expuso el caso con tanta claridad, que se vió obligado a repetirlo.

—Como homenaje a Benito Pérez Galdós y una protesta contra la Iglesia, llámalo Electra —arguyó el secretario.

—Es varón —aclaró el sastre.

—Entonces, Espartaco.

—Cero —propuso el universitario enfático—. Después de todo, ¿qué es el hombre, insignificante pasajero frente a la eternidad? Un cero a la izquierda. Tú eres izquierdista. ¿Qué mejor, entonces, que llamarlo Cero?

El bohemio empedernido se abstuvo de aconsejar en esta emergencia.

—Me quedo con el mío —caviló el sastre—. Es un nombre poemático. Huele a selvas vírgenes y a amor libre.

—¿Cuál es? —interrogaron los compañeros.

—Dafnis y Cloe.

Y el inocente niño se llamó Dafnis y Cloe.

10

En el capítulo nueve que le evitamos al lector, solo ocurrió un suceso digno de ser registrado: el lamentable fallecimiento de la

mujer del sastre.

La pobrecita se quedó en un vómito de sangre. Los disgustos y los vanos esfuerzos por encarrilar la extraviada razón de su marido, la consumieron lentamente. En la enojosa rencilla cotidiana agrióse su carácter, enflaqueció de tristeza y de miseria y luego, la tos ronca que golpeaba su pecho y un agudo y persistente dolor en la espalda, la obligaron a desertar de la fagina doméstica.

La velaron en el negocio y en las inacabables horas de la noche, el sastre y su hijo, unidos en idéntico desconsuelo, permanecieron junto a la tosca caja de pino donde la finada dormía el sueño eterno bajo el ademán tan usado de Jesús.

Los compañeros, cumpliendo un deber confortativo a la amistad, acudieron a estrechar en un sentido pésame la mano de los deudos. Y cuando alguien aventuraba una sentencia de metafísica casera, el sastre, con una voz disminuída por la pena, decía:

—¡Se fué a lo incognoscible mi valetudinaria esposa!... ¡Pobres de nosotros, padre e hijo, que nos quedamos solos!...

Después de la irreparable desgracia, mi sastre se dedicó con cariño al cuidado del hijo. Tenía éste nueve años de edad y era el vivo retrato de su padre. Anémico, silencioso, sin el menos deseo de travesura, clavaba sus ojos en un punto fijo, como si temiera que al recorrer los objetos y las cosas que lo rodeaban, se le gastara la mirada.

Estaba inscripto en la escuela del barrio y durante tres años se mantuvo fiel al primer grado.

Nadie logró ablandar su entendimiento, pues en su duro caletre fracasaba cualquier estímulo.

A veces volvía con un puchero del colegio:

—Padre... Padre...

—¿Qué tienes, criatura?...

—¡Yo no quiero llamarme así!

—Cómo?...

—Así, con el nombre que tengo... Todos los chicos me hacen burla. Yo quiero llamarme Juan o Pedro o Miguel o Francisco...

Trabajo le costaba al padre conformar la justa indignación del chico. Le ofrecía paseos, diversiones, juguetes; mas la criatura repetía la monótona cantilena:

—¡Yo no quiero llamarme así!

—Bueno, si te portas bien, te llamaré Juan...

Un par de años después, el hijo abandonó la escuela con el cerebro virgen.

Pensamiento. Ubicábase en un rincón, y mientras los hombres discutían el antiguo tema sociológico, se abstraía en la contemplación del humo irritante de los cigarros. A la hora de marcharse, el sastre lo sacaba del ensimismamiento acostumbrado, diciéndole: “Vamos chico... ya es tarde.” Y echaban a caminar sin despegar los labios.

Y así siempre. Nunca nadie reparó en él. Puede afirmarse que lo clasificaban como a una vulgar cosa sin alma. Tal un paraguas. Llegaba el padre y dejaba el paraguas en un ángulo del cuchitril. Y el paraguas, sin molestar a nadie, ajeno a toda cuestión trascendental, quedábase mudo y recogido en sí mismo como un monje.

Pero, he aquí que una tarde, el paraguas se abrió de improviso y adquirió personalidad. El niño sietemesino se encaraba con su progenitor.

—Padre —dijo, vistiéndose con un holgado traje de seriedad—. Vengo a pedirte una explicación.

—¿Una explicación? —preguntó asombrado el sastre—. No te atiendo... ¡Palabra!

—Padre... Yo soy muy desgraciado...

—Habla: quiero ser tu confesor.

—Soy muy desgraciado y usted es el culpable. El culpable que premeditó mi desgracia.

—Temo, hijo, que se haya desbaratado tu juicio.

—Nada de eso. Veo con espantosa claridad.

—Explícate, entonces, que te escucho.

—Tú eres mi padre. La duda de Strimberg se desvanece conociéndote y contempolándome. Yo soy un proyecto de hombre, porque tú solo has servido para urdir proyectos. Soy un hombre en borrador: la vida se olvidó de pasarme en limpio. Y como si esto no fuera bastante, has recargado lo grotesco de mi existencia, colgando sobre la insignificancia de mi figura, el cartelón de un nombre ridículo. ¡Dafnis y Cloe!...

—Hijo... Esto no tiene explicación... Eres un ente ignaro.

12

Y el hijo se fué borrando como un recuerdo. La vida había omitido pasarlo en limpio y cuando el padre quiso darle importancia, el hombre en borrador era, apenas, una lejana visión...

*“Del poco dormir y del mucho leer, se
le secó el cerebro, de manera que vino a
perder el juicio...”*

El secretario, el bohemio empedernido y el estudiante enfático, continuaban trazando el plano de la sociedad futura. Mi sastre, cada noche, se distanciaba más de sus compañeros.

Había aprendido a sonrír serenamente y creía en Dios.

Flaco, alto, desgarrado, su figura fué iluminándose en un místico relieve jesucristiano. Después de la volatilización del hijo, clausuró definitivamente el negocio y ubicóse en una casa derruida, cercana a un baldío.

La verdad se le había revelado. Era un apóstol, un elegido, un ahijado predilecto del Señor.

¿Cómo se operó esta religiosa transformación en el espíritu rebelde del desventurado filósofo diagnóstico? La vida heroica de Mohandas Karamchand Gandhi apasionó su existencia humilde y oscura. Desvelóse por seguir a pie juntillas la doctrina del Maestro y se instruyó en la escuela de Jain del Hinduísmo, cuyos tres mandamientos exigen la abstinencia del vino, de la carne y de las relaciones sexuales.

Cuando predicaba, todo el mundo rompía a reír estrepitosamente, pero él continuaba perorando sin desanimar, alentado por la “vocecita silenciosa” que sólo escuchan los elegidos y los locos.

En la tertulia de la biblioteca, su mansedumbre chocaba con el exaltado dogmatismo del compañero secretario.

—¿Ahora salimos con que repudias la violencia? Tú no eres fiel intérprete de las teorías de Gandhi, puees él prefiere a la India libre por la violencia antes que sujeta a la violencia de los dominadores.

—Todos vosotros sois partidarios de las medidas extremas —argumentaba el sastre converso—. Hay, sin embargo, aquí, una pequeña minoría que las repudia: esa minoría soy yo. Quiero inculcarles un nuevo sentido de la vida, eliminando el punto de vista mezquino y materialista y les señaló con el índice revelador el enemigo común: el maquinismo.

—Entonces, me alegro. Eres de los nuestros —proclamaba el secretario—. Nosotros somos también enemigos del maquinismo, es decir, del Estado, máquina complicadísima en cuyos engranajes vamos dejando pedazos de libertad...

Se deshacía la reunión sin que lograran ponerse de acuerdo. Y mi sastre, al encontrarse solo en las sombras del tugurio que lo amparaba, sentía que el mundo daba vueltas en su cabeza.

Este capítulo final, es breve como la enfermedad que lo llevó a la tumba.

Mi sastre, pobre filósofo alucinado, encorvado de cavilaciones, cayó exhausto en su mísero lecho. La ciencia médica y el naturismo, al cual recurrió en última instancia, nada pudieron hacer por su salud.

Al principio, alarmado por la grave dolencia que lo afligía, se preocupó en consultas; pero, pronto, con franciscana paciencia, optó por la no resistencia al mal. Y una noche, el desdichado no se despertó más.

Sus tres compañeros, a pesar de las serias divergencias que los separaban, suspendieron la sesión en señal de duelo.

UN BIFE A CABALLO

I

Abandonó el Nelson Bar pasada la media noche y se encaminó al hospedaje. A pesar del premeditado exceso de alcohol, su mente conservaba extraordinaria lucidez.

Había anclado en el café, abatido de preocupaciones tristes, con el propósito de embriagarse y solo había conseguido serenar un poco su malbaratado sistema nervioso.

Se deslizaba con paso seguro por las calles atechadas y sombrías del Paseo de Julio, desviando su obsesión en los transeúntes que derrochaban equilibrio o discutían estrepitosamente junto a los pilares de la derruida recova.

Desde hacía dos noches dormía en un hotelucho del Retiro. Procuraba llegar tarde, con los ojos con sueño y el cuerpo cansado, porque le aterraba el insomnio en aquella habitación estrecha, envuelta en un vaho cosmopolita, en cuyas paredes un silencio desolado dibujaba despavoridas figuras.

Al penetrar en la fonda, sentía el malestar de la cercanía de esos cinco hombres desconocidos que se renovaban todas las noches y que eran sus obligados compañeros de pieza.

Se sumergió en la luz anémica del zagúan. Era un hombre joven, vestía un traje gris —el saco arrugado y los pantalones con rodilleras— y zapatos negros. Avanzó por el estrecho pasillo y se detuvo en el vestíbulo, junto a un precario mueble donde cabeceaba el sereno.

—Buenas noches.

El sereno le dirigió una mirada soñolienta. Se conocían. El hombre pagó el importe de la cama y preguntó:

—¿Es la misma habitación?...

—La misma. Número nueve —respondióle el empleado.

—Bueno. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

El eco de sus pasos resonó en el cerebro aturdido del sereno. A los pocos segundos se le oyó volver. El sereno abrió de nuevo los ojos e inquirió:

—¿Qué le pasa, amigo?...

—Quería avisarle que mañana no me despierte a la hora de siempre. Déjeme dormir, nomás, porque no tengo nada que hacer.

—Está bien.

El hombre recorrió con la mirada el ángulo donde se hallaba parapetado el sereno y, reparando en una hilera de fotografías, preguntó:

—Y esos... ¿son amigos del patrón?...

—¡No sea ingenuo!... ¡Esos son ladrones de hotel!...

—¡Ah!...

Otra vez el hombre se perdió en el largo corredor del fondín.

II

Dió una vuelta a la llave de la luz y dejó escapar una malhumorada interjección. El dueño del hotel, para evitar el mínimo gasto de corriente, cerraba el medidor al retirarse.

Encendió un fósforo y se adelantó tanteando en las sombras. Cada una de las cinco camas de la habitación, tenía ya un inquilino. El hombre tropezó con una silla y el ruido provocó un breve carraspeo de protesta.

—Disculpe... Fué sin querer...

Nadie le respondió.

El fósforo le quemó los dedos y el hombre lo dejó caer con un gesto enojado. Verdaderamente, todas las pequeñas cosas le salían mal.

Se quitó el saco y lo colocó a los pies de la cama. Luego el pantalón y los zapatos.

Debajo de la almohada, con justificada precaución, guardó su cartera y su revólver.

Ya una vez le habían robado un reloj y un par de medias. Unas medias veteranas y desteñidas. Le dejaron otras en su lugar. Dos medias agujereadas, deplorables, que no pudo usar.

Se introdujo entre las sábanas frías y permaneció largo rato encogido, con la cabeza apoyada en la palma de la mano, meditando en la inutilidad de su existencia, con la esperanza de conciliar el sueño.

III

Un leve ruido lo despertó. Estaba semidormido. Alguien que se arrastraba en la oscuridad chocó contra el respaldo de su cama. Abrió los ojos y alcanzó a distinguir un bulto sigiloso. Tosió para espantarlo y vio que el bulto se alejaba hacia el lecho vecino.

Pensó: “Será un ladrón”... Y bajó los párpados. El tiempo

terco, atormentador, inaguantable, lo acariciaba con su mano húmeda, resbalaba sobre su cuerpo. Sentíase lastimado de sueño.

Su cerebro se entretuvo en desmenuzar esta frase: “Será un ladrón” “Quería robarme... Acaso sea el mismo que se llevó mis medias y mi reloj... ¿Cómo habrá llegado a esto?... Quizá sea un pobre diablo sin familia y sin ocupación... como yo. Quizá yo mismo sea mañana un ladrón...”

Un estremecimiento helado lo hizo agitarse entre las ropas. Dióse vuelta en la cama. No podía dormir. Y lo trágico era que sus ojos leían en la obscuridad una espantosa pesadilla.

...“Ese hombre es lo que seré yo mañana... He esperado treinta y tres años de honestidad para revelarme un ladrón en este hotel miserable... Esta noche he descubierto mi destino. Ya soy un ladrón... ¿Qué espero para arrojarme de la cama y deslizarme como un gato por un tejado?”...

Se incorporó. El ruido del elástico provocó un movimimient molesto en el inquilino de al lado. Temeroso, el hombre permaneció quieto en el lecho.

... “Esta noche, o mañana o pasado mañana a más tardar, robaré... Es fatal. Y si he de ser un ladrón mañana... ¿por qué no robar esta misma noche?”...

En el muro de sombras se iluminó la colección de retratos delincuentes que había visto en el hall.

—Esos son ladrones de hotel...—volvió a decirle la voz del sereno.

Y junto a tantas fotografías, vió surgir su rostro consumido y apenado.

IV

Otra vez intentó arrojar se del lecho y los muelles del colchón se quejaron.

Estaba de Dios que no podría iniciarse esa noche en el duro oficio de ladrón.

...“Acaso no serviré siquiera para robar”...

Las sombras de la habitación se posesionaron de su cerebro. Ya no pensaba más en cosas raras. Extendió la mano debajo de la almohada y acarició el revólver.

...“Esta oportunidad de evasión no se me presentará mañana. Un hombre acosado no se suicida de día. A lo sumo, empeña el revólver... ¿Por qué le advertí al sereno que no me despertara?”...

Atrapó el arma e inconscientemente se aplicó el caño en la sien.

Apretó el percutor. La detonación sobresaltó a los desdichados inquilinos que dormían en el sórdido hotel del Retiro.

—Vea, agente, un hombre que se suicida en casa ajena, en una casa que es descanso de hombres sin hogar, es un mal educado... ¿Por qué no se mató en la mitad de la calle?... Yo le hubiera pagado de buena gana para evitarme este cuadro... Créamelo.

—Usted se queja, patrón... ¿Y yo?... ¿Qué podré decir yo?... Me costó un trabajo bárbaro conseguir el peso de la cama y apenas cierro los ojos cuando me obligan a abrirlos... Ahora ya no podré dormir y a lo mejor, mañana, tendré que conformarme con un banco de plaza...

—¿Por qué se habrá suicidado?...

—¡Vaya uno a saber!... ¡La miseria... la soledad!... ¿Quién le dice que no sea un pájaro de cuenta?...

—Eso lo sabremos después, cuando informe la oficina dactiloscópica.

—¿Usted se va a quedar, agente?

—Sí, tengo que hacerle compañía al cadáver hasta que aparezca el juez.

—Bueno. ¿Quiere tomar alguna cosa?...

—No, gracias... O, si no, vea amigo, hágame preparar un bife a caballo. ¿Sabe que estoy sintiendo ganas de comer?...

Le sirvieron el bife a caballo en la mesita de noche, junto a la cama del muerto. Comía con apetito, sin reparar en el hilo de sangre que trazaba un barbijo en el rostro del suicida.

MIL TROMPADAS (Campeón de todos los pesos)

Puño de Hierro, esperanza de boxeador, promovió el escándalo inicial de su vida pugilística en una taberna de Baltimore.

Puño de Hierro era un negro de lustrosa piel de ébano, una inmovible mole de sombra brillante, con sus músculos exhibicionistas de levantador de pesas de music-hall y el desafío de sus pequeños ojos acerados.

Esa noche, *Puño de Hierro*, sintió como nunca el malestar de su fuerza desalquilada.

Desperezóse en la puerta de la taberna, agujereó los cristales de la vidriera con su mirada y, decidido a beber un trago, entró con paso seguro, balanceando, apenas, su corpachón.

Se acercó al mostrador y pidió que le sirvieran un whisky. Pero, como en esa taberna, respetaban la ley seca, le negaron el whisky y le ofrecieron un refresco de naranja.

Puño de Hierro tendió una recta óptica hasta la amable serenidad del barman. Entonces le sirvieron el whisky en un pocillo de café.

Puño de Hierro apretó la violada ingenuidad de la tacita de loza y la rompió contra la pared, con el mismo ademán con que estrellaba a los gatitos recién nacidos, en sus travesuras de chico dañino.

El barman retrocedió un metro del mostrador, con un tembloroso presentimiento de contusiones graves.

Un parroquiano, testigo presencial, se creyó llamado a intervenir y dijo en alta voz:

—Fanfarrón!

El parroquiano entrometido cayó “knock-out”.

Un lavacopas despavorido gritó auxilio y, cinematográficamente, el lugar del miedo fué rodeado por un cordón de diez agentes de policía.

Puño de Hierro se enjugó el rostró entintado con una servilleta blanca y, sin pedir permiso, ubicó la primer trompada.

Un agente se durmió instantáneamente por efectos del golpe narcotizante y *Puño de Hierro* sonrió y dijo:

—Muñeco al suelo.

Uno detrás de otro, fueron derribados cinco agentes de policía. Los sobrevivientes, dominados por una trágica visión de árnica, gasas y hospital, resolvieron a huir más que de prisa.

Puño de Hierro ganó por abandono.

Al barman le sobrevino el mal de San Vito y su agradecimiento a *Puño de Hierro* se tradujo en tacitas de whisky, pues el baile obligatorio le facilitó la elaboración de cocktails.

Puño de Hierro es un personaje en la taberna de Baltimore.

* * *

De no haber aparecido *Mil Trompadas*, *Puño de Hierro* hubiera pasado a la historia como un hombre invencible.

Mil Trompadas era un boxeador hercúleo, de contextura física excepcional. De un golpe, derribaba un arbusto añoso, destrozaba un muro, o hacía tambalear un poste telegráfico.

Con la cómplice solidaridad de la medianoche, solía apoderarse de los buzones de correspondencia y se deslizaba por las calles desiertas, llevando uno debajo de cada brazo.

La popularidad de *Puño de Hierro* hirió su orgullo profesional y decidió desafiarlo a un match de box. *Puño de Hierro* aceptó porque no tuvo otro remedio.

En el primer “round”, *Puño de Hierro* quedó fuera de combate. El asombro estrepitoso de la multitud que presencié la pelea, los gritos de los espectadores de las primeras filas y las burlas resueltas en ruidosas carcajadas, le produjeron una triste sensación de decaimiento. El gong de la derrota lo avergonzó hasta el desmayo.

Mil Trompadas fué proclamado campeón de todos los pesos. Desde entonces, nadie se atrevió a disputarle el campeonato.

Mil Trompadas no halló enemigo para su resistencia y, aburrido y molesto, quiso batir su propio record y la emprendió a golpes con su sombra. La policía, con la cooperación de los ciudadanos de buenas costumbres de Baltimore, después de múltiples esfuerzos, logró dominarlo y colocarle un chaleco de fuerza para que no acabara con su sombra.

Ahora, *Mil Trompadas*, es el hazmerreir de los chicos que juegan en los alrededores de la casa de los locos.

EL OFICIO POSTUMO DE BENJAMIN SALCEDO

Con las cartas que Benjamín Salcedo escribió a sus amigos y conocidos, podríamos formar un interesante “Epistolario del Perfecto Pechador”.

Benjamín Salcedo es un tipo original, desdichado y culto. Hace cerca de cuarenta años que descubrió el mundo y desde que tiene noción de su existencia, vive exprimiendo su ingenio, ya cansado y exhausto.

Si hubiera aprovechado las energías que dilapidó con generosidad de pobre, a estas horas, probablemente, Benjamín Salcedo ocuparía una banca en el Congreso o desempeñaría una cartera ministerial.

Sin haber sido jugador, Benjamín Salcedo tuvo siempre esa bondad cabalística del catedrático de la casualidad. Así, gastó pródigamente sus proyectos de juventud, entregó al primer cariño su porvenir y fué al sacrificio sin detenerse a imaginar las desventuras que le acarrearía un mal paso. Porque un mal paso fué el matrimonio de Benjamín Salcedo. Se casó porque le faltó voluntad para negarse a ello: su abulia criolla encontró menos molesto decir el sí definitivo que lo ubicaría en una actitud seria ante la vida.

Hijo de un comerciante portugués establecido desde la revolución del 90 en Buenos Aires, nació una medianoche lluviosa. Su advenimiento al mundo provocó el deceso de la madre, una pobre señora enfermiza cuyo pálido rostro trasuntaba una infinita tristeza: la tristeza de un pajarito que se olvidó de cantar.

Fué un golpe terrible para el padre. Desde esa fecha descuidó sus negocios y dedicóse al estudio de las ciencias ocultas, pues deseaba a toda costa consultar a la muerta sobre el porvenir del chico huérfano.

Los más de los días invertíalos en las misteriosas reuniones que se llevaban a cabo en la solitaria finca del hermano José, ex presidiario metido a redentor.

El hermano José era lo que se dió en llamar “manosanta”. Lisiados, enfermos incurables, miserables e ingenuos que buscaban

el número de la grande, se estacionaban silenciosos, con las llagas al sol y la esperanza en el alma, en los jardines de la casa del buen hermano José.

—El buen hermano José —malandrín de siete suelas— acogíalos con una dulce sonrisa misericordiosa.

Era un sujeto de baja estatura, deforme, con su cabezota bamboleana, hundida entre los hombros, tórax de luchador del Casino y piernas cortas de titiritero de cartón. Unas cejas espesas y revueltas ensombrecían su mirada. Al aparecer en el marco de la puerta, levantaba sus brazos larguiruchos en acción de gracias a Dios y dejaba escapar con voz afilada e hipócrita un “¡Alabado sea!”...

Era la palabra esperada. El rebaño desgraciado se acercaba lastimosamente al santo ladrón y besábale la mano con cristiana humildad. Luego, en una pequeña habitación en sombras, el pícaro monje desplumaba a los incautos con pasmosa maestría.

A los lisiados y cancerosos recetábales baños gratuitos de sol que pagaban a precio de oro; a los esposos mal avenidos, aconsejábales desprenderse en el acto de las sortijas de compromiso; a los que tentaban la suerte inútilmente les decía que el Señor habla en sueños y que debían esperar en un sueño la revelación de Dios, y a la mujer de alcoholista vendíale, como líquido maravilloso para mezclar con la sopa, frascos de agua filtrada.

La consulta en la casa del hermano José duraba escaso tiempo, pero, sumaban tantos los clientes, que el pobre curalotodo continuaba su noble profesión hasta bien entrada la noche.

Cuando ya no podían sorprenderlo miradas curiosas, el buen hermano José despojábale de su enlutada vestimenta, descendía a su bodega y cuidadosamente separaba una botella de vino añejo enfundada en telarañas. Otra vez en su cómplice refugio, servíase dos dedos del elixir en un vaso y, al probarlo, chasqueaba la lengua con voluptuosidad de fraile goloso y bebedor. Después, iniciaba el recuento del dinero ganado con tan malas artes.

Daban las diez en el reloj de la iglesia parroquial cuando la finca animábase de sombras cautelosas. Hombres y mujeres penetraban en la casa del hermano y perdíanse por los aromados caminos del jardín. Sesionaban en el comedor. A la cabecera de la mesa situábase el falso médium, que debía transmitir las abracadabrantes revelaciones del otro mundo.

La viuda desconsolada que vivía las tardes observando detrás de la persiana cómo un hombre no mal parecido y elegante le paseaba la calle, acudía a las citas nocturnas del buen hermano para ver de encontrar la palabra muda del más allá que disculpara su urgencia de nuevo marido.

El falso médium, que había tenido buen cuidado de enterarse de

todos los pormenores de la inquietud sentimental de la viuda, adjudicábase la lejana voz del difunto:

—Etelvina —decía con sepulcral acento—, estoy informado de la ruta que va tomando tu espíritu en la vida transitoria y amarga... Vivir sin amor, Etelvina, es como beber café sin azúcar. Azúcar en un tiempo fuí yo... No llores, mujer, no llores, que me hago mala sangre... Busca otro terrón por ahí... Consuélate, acompaña tu viudez con la cercanía de otro tonto de capirote que se desencuaderne por ti...

—¡Qué grosero!... ¡Te reconozco, Marcial; no has cambiado nada en tu nuevo estado fantasmal!...

—Y cuando el ratoncito caiga en la trampa o el pez muerda el anzuelo, entonces, olvídate de tu primer marido, porque recordarme sería una burla sangrienta... No vuelvas a encender una vela a Cristo por el descanso de mi alma, porque sería gastar sebo inútilmente... Etelvina —terminaba la voz de ultratumba—, que seas feliz... Y no echés en saco roto lo que por tu felicidad ha hecho el dulce, el puro, el angelical hermano José...

El padre de Benjamín permanecía en una esquina de la mesa mágica, sin despegar los labios. Cuando le tocaba el turno y el hermano José le instaba a saludar a su finada esposa, apenas podía balbucir con un leve temblor:

—Buenas noches, Azucena... ¿Te encuentras bien?...

—Sí, Salcedo —siempre lo llamaba por el apellido—; me siento perfectamente bien...

—¿No extrañas tu existencia pasada, tu hogar, tu marido, tu hijo?...

—Sí, pero no puedo regresar a tu lado, porque sería una cosa del otro mundo... Mejor estoy en las alturas, para velar por vosotros...

—¿Sabes que el niño ha cumplido satisfactoriamente el bachillerato?

—Hombre, me alegro...

—Y ahora, Azucena... ¿Qué hacemos de nuestro hijo?...

—Que se haga su voluntad.

—Azucena... ¿Qué dices? ¿La voluntad del niño?

—Sí, la voluntad del niño.

—Considera que aún no está en la edad del raciocinio.

—No importa. He dicho que debe hacerse la voluntad del niño.

—Bueno, mujer, bueno, no te enojés; se hará la voluntad del niño.

Fué de esta manera que el infeliz padre resolvió cortarles las riendas de la tiranía al niño y dejarlo correr libremente por los caminos del mundo.

* * *

Benjamín Salcedo se despidió de su padre con una lágrima. Le dolía abandonarlo, pero su espíritu aventurero, hambriento de panoramas distintos, le obligaba a salir del cálido hogar y a recorrer horizontes incansablemente.

En sucesivos peregrinajes a través de las grandes ciudades, Benjamín Salcedo fué descubriendo asombros: las ruinas del Imperio Romano, el exotismo de los típicos barrios de Constantinopla, los jeroglíficos del Japón, el barrio bajo de Moscú, viajando en un coche tirado por un caballo blanco de nieve, uno de esos caballitos de azúcar de cinco kopeikas, como decía Chejov...

En un hotel de Marsella lo anonadó la noticia de la muerte de su padre. La triste nueva hizo revivir en su memoria episodios borrosos de su infancia, cuando el padre lo paseaba por las plazas de la ciudad y por los senderos del Jardín Zoológico, inaugurando en su imaginación, abarrotada de episodios novelescos de Emilio Salgari, la inquietud del viaje.

Había sido bueno con él y durante toda la viudez había dedicado sus días y sus noches al culto fervoroso de la muerte.

Durante dos días, el pobre muchacho no tuvo ánimo para nada. Sentado junto a una ventana sonriente de macetas floridas, contemplaba con sus ojos enrojecidos de llanto un antiguo retrato del padre.

El tercer día salió a caminar, pero le pesaban tanto las piernas, que regresó al hospedaje. Poco tiempo después se embarcó para Buenos Aires.

Llegó una mañana neblinosa y la húmeda tristeza del día se le adentró en el alma aquietada por el dolor de sentirse definitivamente huérfano.

Al abandonar el vapor, encontróse sin saber adónde dirigirse. Tenía la sensación de hallarse en un país extraño. La gente, las calles, los vehículos, el cielo mismo, le parecían distintos a los que él había conocido en una época muerta.

Lentamente fué realizando la vuelta a su patria. A la patria chica que le cabía en el corazón. De pie en una esquina de la ciudad, recuperó la razón de su cercanía del hogar desierto. Hizo detener un auto y le dió al chofer la dirección olvidada.

En posesión de la casa que fue de sus mayores, Benjamín Salcedo intentó meditar sobre su improbable futuro. Pero, una insaciable ansiedad de andar y andar, lo tironeó de sus cavilaciones.

Vendió los muebles e inmuebles heredados y, resuelto a invertir el monto de su fortuna en paisajes, se embarcó en el primer vapor.

* * *

Queridos señores:

En el mundo entero, tan sólo dos hombres conocen esta maravillosa experiencia. Uno de ellos es un faquir iluminado que recogió en el silencio de las noches la palabra divina. El otro es su discípulo: un humilde servidor.

Podría extenderme en la emoción de narrar los milagros de mi maestro, pero prefiero realizar, evitando el preámbulo, la increíble proeza de encender un cigarrillo sin quitarme las manos de los bolsillos.

¿Hay entre el distinguido público un hombre que quiera ofrecerme un cigarrillo?... Lo prefiero negro, pues el rubio siempre me pareció tabaco oxigenado... No, uno solo... Bueno... Si ustedes son tan generosos... Los guardaré para nuevas experiencias... Gracias... Gracias...

Ahora oculto mis manos en los bolsillos. Así... ¿Quién de ustedes accede a acompañarme en mi tarea?... ¿Usted?... Bueno, acérquese. Ahora encienda un fósforo. Resguarde la llamita con la mano porque puede apagarse y se vería obligado a encender otro...

Queridos señores: Les ruego encarecidamente un porquito de atención. Para realizar el milagro, acerco el cigarrillo que sostienen mis labios, y, sin quitarme las manos de los bolsillos, fumo...

—¡Embaucador!... ¡Embaucador!... ¡Que nos devuelvan el dinero!... ¡Embaucador!...

El prestidigitador, para evitar la ira del público, desapareció entre telones. El empresario, un hombre enorme, de rostro congestionado y mansa mirada de buey, calculando por anticipado los daños y perjuicios que le ocasionaría la protesta airada de la concurrencia, se situó de un salto junto al discípulo del faquir iluminado y le dijo:

—Por favor, amigo... Usted me arruina el negocio. Haga un nuevo número. Vamos, sin perder tiempo... Haga el número del conejo neurasténico... Eso gusta mucho...

—Es imposible, señor...

—¿Imposible? ¿Por qué es imposible el número del conejo neurasténico?

—Porque el conejo murió ayer. Lo mató mi mujer para cocinarlo con arroz. Estábamos muertos de hambre... ¿sabe? y no tuvimos más remedio que comernos el instrumento de trabajo...

El prestidigitador tuvo que esperar pacientemente a que se calmara esa ola humana que amenazaba ahogarlo. Cuando el telón puso punto final al espectáculo, el prestidigitador, que había llevado a feliz término la experiencia milagrosa de escamotear su cuerpo a la multitud exaltada, se atrevió a salir, pegado a la pared como una sombra.

—Mujer... Esto ya no puede seguir así... El público casi acaba conmigo. Menos mal que logré salvar la ropa... y los cigarrillos...

—Y ahora, ¿qué vamos a hacer, Benjamín, para conformar a los acreedores? El dueño de casa me amenazó con presentar la demanda al juzgado mañana mismo...

—Bueno, no te aflijas, mujer... Para todo hay remedio en esta complicada vida...

Benjamín Salcedo, casado y con tres hijos, estaba con la soga al cuello.

¿Quién le hubiera pronosticado al viajero incansable que se gastó una herencia en paisajes, que llegarían instantes de terrible y dolorosa incertidumbre?

En una tertulia de hotel de mediana categoría, trabó amistad con la mujer. Una entrevista y otra y otra. Y luego, la necesidad de prolongarlas en el matrimonio. Ella fué quien le propuso esa actitud trágica ante la vida. Y él, para evitarse el trabajo de fundamentar una negativa, se limitó a asentir con un breve movimiento de cabeza.

Se casaron. Año tras año, fueron viniendo los hijos. Benjamín Salcedo agotó todos los recursos, hasta que un día se vió sin un cobre. Entonces, sin desanimarse, decidió a buscar ocupación. Pero... ¿en qué podrían ocuparlo al pobre hombre?...

Como no tenía oficio, desempeñó todos los oficios habidos y por haber, y cuando fué urgente, inventó nuevas profesiones. De esta suerte, Benjamín Salcedo fué orador callicida, prestidigitador, dentista sin título, procurador, testigo presencial, partiquino de ópera, náufrago y mil cosas más.

Por una repulsión innata, nunca realizó incursiones en el campo político, donde, por sus condiciones de hombre audaz e ingenioso, hubiera llegado a descollar.

Antes de dedicarse a la prestidigitación, se declaró abiertamente evangelista y anduvo recorriendo las casas de comercio solicitando el óbolo para una noble y bella obra de elevación espiritual.

Quemado este cartucho, Benjamín Salcedo pensó en ganar la olla de los suyos con los originales juegos que había aprendido en un cafetín del Havre. Cierta noche, un hombre cosmopolita, jugador fullero y monedero falso, le enseñó las mil artimañas para salir del apuro y burlar el hambre.

Los naipes le obedecían ciegamente y con sólo pronunciar el nombre de una carta, la carta aparecía. Benjamín Salcedo abrió los ojos.

—Esto —se dijo— puede serme útil algún día. El saber, como afirmaba mi padre, que en paz descansa, no ocupa lugar...

Y, en efecto, los manejos turbios del sujeto cosmopolita que le extendiera su mano delincuente en un bodegón del Havre, le servían ahora para brujulearse el pan de su mujer y de sus hijos. Pero, el insistente hormigueo que sufrían los cuatro estómagos, acabó con la vida del conejo neurasténico y la grotesca escena del cigarrillo casi tiene un epílogo fúnebre.

En último trance, Benjamín Salcedo recurrió a sus amigos. Escribió cartas históricas pidiendo dinero, en las que disimulaba un temor vergonzoso, endilgándoles urgencias económicas a los hombres más ilustres.

Pedía a troche y moche. Más de un perjudicado guardará como un recuerdo la esquila que firmaba el desdichado pechador.

Cuando notó que se rodeaba de negativas, el vividor dió máquina atrás. Y en sus nocturnas cavilaciones, dióse a imaginar un nuevo oficio: el pintoresco y absurdo oficio de explorador.

Con el producto de una última misiva, adquirió el uniforme: un traje usado de explorador americano que le quedaba a las mil maravillas.

Cuando sus hijos y su mujer lo vieron vestido de manera tan estrafalaria, olvidaron el gesto compungido que les imponía la triste situación y rompieron a reír estrepitosamente. Este jocosos recibimiento provocó en el optimismo del ex orador callicida, un eclipse de duda. ¿Lo acogerían así en todas partes?...

El explorador inició sus trabajos con éxito: en un centro de estudios sociales del Parque de los Patricios disertó a propósito de la vida y las costumbres de los indios chiriguano. Al finalizar su improvisado estudio, recolectó dinero para proseguir sus investigaciones científicas.

La misma conferencia la repitió incontables veces en todos los centro de la ciudad y más tarde interesó en sus proyectos al comercio minorista.

Al anochecer, retornaba al hogar con el rostro sudoroso y el cansancio aplastador de un charlatán de feria al terminar el día.

* * *

Durante una temporada, Benjamín Salcedo exprimió el oficio de explorador, y cuando cayó en la cuenta de que ya no daba más jugo, caviló una nueva profesión.

Una melodramática casualidad lo auxilió en sus meditaciones. Frente a las costas del Brasil, una ciudad flotante naufragó. Esta espectacular tragedia ocupó, por espacio de muchos días, la angustiosa ansiedad popular. Era un barco que transportaba cientos de obreros, un proletario del mar que moría heroicamente.

Los diarios publicaban con sendos comentarios los retratos de las víctimas y de los sobrevivientes.

Benjamín Salcedo devoraba las luctuosas notas periodísticas, con avidez de damnificado. A la semana de producida la espantosa catástrofe, arribaron a nuestra ciudad los primeros náufragos. Fué entonces cuando Benjamín Salcedo apareció en el muelle, con las ropas raídas, la barba crecida y una mirada de horror del hombre que estuvo a punto de intimar con la muerte.

Una vez más el pueblo demostró su espíritu solidario con el dolor. Todo el mundo ofreció su grano de arena para aliviar la indigencia del náufrago.

Este lucrativo oficio lo desempeñó Benjamín Salcedo durante ocho días. En el noveno, el público se negaba a escuchar las súplicas de las víctimas auténticas.

Con el producto del sentimiento colectivo, el prodigioso hombre de los mil y un oficios, calmó la iracundia del casero y atenuó la protesta cotidiana del resto de sus acreedores.

Y otra vez el destino suspendiendo un signo de interrogación sobre la tranquilidad de los suyos.

Tenía demasiada fe en su ingenio para sentirse el hombre más desdichado del mundo. Y sobre todo, consideraba que quien ha contraído compromisos graves en la vida, como son una mujer y tres hijos, tiene la obligación ineludible de agujerear la tierra, si es preciso, para alimentarlos.

Una tarde, Benjamín Salcedo apareció en la sala de espera de un joven médico. Una tos ronca le golpeaba el pecho y con mano temblorosa enjugaba las gotas de sudor que le corrían por la frente. En el mismo sitio se le podía compadecer las tardes siguientes.

A veces, deteníase en la puerta de la casa y recostando su hombro contra la flamante chapa de bronce, se retorció en las convulsiones de la tos.

La gente se estacionaba alrededor del enfermo con una mirada de lástima y no faltó alma compasiva que lo ayudara a subir los escalones de mármol de la finca del joven médico.

Trabajó así durante algunos meses, y cuando el nombre del joven facultativo llegó a gozar de cierta reputación, perdió el empleo.

Cualquiera lo hubiera confundido con un marinante inglés. Con su gorrita blanca, que amenazaba huir al más leve soplo del viento, los pantalones oxford, la blusa azul y la bolsa de lienzo a la espalda, Benjamín Salcedo anduvo de casa en casa, hablando en voz baja y accionando sigilosamente, como lo exigía su nueva profesión de contrabandista.

Vendía piezas de género de contrabando, piezas de género que adquiriría en una casa importadora. Realizaba su tarea sin padecer el menor pecance y la policía nunca lo molestó, porque estaba al tanto de la inocencia del disfraz.

Al contrabandista apócrifo, le sucedió el testigo presencial. Luego fué fabricante de medallas de famosas exposiciones universales, profesor por correspondencia, intermediario de usureros y otras polillas, testimonio de los resultados favorables de un producto químico, proyectista de raids aéreos, fundador de ligas panamericanistas, director de un periódico nonato, alquimista, compañero dolorido en velorios y sepelios, orador fúnebre y autor de numerosas felicitaciones de pascuas.

Nunca una desazón anonadó su espíritu aventurero ni debilitó su esperanza de conseguir, tarde o temprano, consolidar su peligrosa posición.

Benjamín Salcedo era un hombre de una sola pieza, y el fracaso jamás dobló su cabeza cana de preocupaciones.

Pero, un día, el estudioso de la vida y las costumbres de los indios chiriguano, comprendió que había llegado para él la hora del cansancio.

Extenuado en la quimérica persecución de la dicha de los suyos, Benjamín Salcedo comprendió que ya no le quedaba ningún oficio a que recurrir. Y, como era difícil que el gobierno le asignara una pensión en mérito a su ingenio a prueba de mala suerte, resolvió quemar el último y decisivo cartucho, bajo el signo misterioso del hermano José, ex presidiario metido a redentor, que devolvía la salud a los enfermos incurables y que purificaba endemoniados.

Recordó la fe ciega del padre que concurría a las sesiones de ocultismo en la finca solitaria del santo ladrón y fué a verlo con la ingenua esperanza de solucionar el problema trascendental que nubalaba sus facultades mentales.

El hermano José lo recibió con la misma dulce sonrisa misericordiosa.

—Bienvenido —le dijo con su voz afilada e hipócrita—. Bienvenido, hijo mío, a esta casa de pobres...

—Hermano José —rogó Benjamín Salcedo—, he desempeñado e inventado mil y un oficios... Estoy en la miseria y tengo una mujer y tres pequeñuelos. ¿Qué debo hacer para que no mueran de consunción?...

—Alimentarlos... —aseguró la voz profética del buen hermano.

—Sí, tienes razón, hermano... Pero, ¿qué puedo hacer para alimentarlos si ya agoté todos los medios de vida?...

—¿Todos, dices?... Creo que te falta uno...

—¿Cuál?... —inquirió Salcedo.

—El mío.

Benjamín Salcedo no pudo reprimir un movimiento de estupefacción. El hermano José, diestro en el buceo de las almas,

se apresuró a proseguir:

—Escúchame, Benjamín: yo he vivido de la credulidad pueril de una lastimosa caravana de lisiados, miserables y esperanzados que soñaban con el número de la grande. He vendido el agua pura y cristalina que no le falta a nadie y los rayos del sol que sale para todos. Si no me engaña la memoria, tu propio padre me creyó un elegido. Para ti, Benjamín, quiero tener el único instante de sinceridad en la jugosa mentira de mi vida. No puedo continuar la farsa divina contigo: me lo prohíbe cierta afinidad que descubro en nuestras existencias.

—Gracias, hermano.

—Acepta mi consejo y sigue mis palabras al pie de la letra: un hombre heroico como tú, sólo viene hacia mí cuando siente despedazada su voluntad. Eres un desahuciado y sólo te queda un camino.

Benjamín Salcedo clavó en el rostro en sombras del malandrín una mirada ansiosa.

—Ese camino —prosiguió— es el camino de la muerte...

—¿El de la muerte?... —preguntó Benjamín con los ojos agrandados por un vago temor.

—Sí. Tú ya no tienes nada que esperar. Has agotado todas las emociones de los mil y un oficios. La muerte es lo único que podría componer la triste situación de tu mujer y de tus hijos.

—No entiendo. Palabra de honor.

—Pero —continuó el buen hermano José—, antes de decidirte a morir, debes adoptar la precaución de un seguro de vida...

—Ahora caigo...

—No te inquietes por el importe de la póliza. Eso corre de mi cuenta.

Benjamín Salcedo, conmovido, estrechó la mano sarmentosa del curalotodo y abandonó la cómplice habitación donde el buen hermano desplumaba incautos.

Sus ojos brillaban con una extraña luz.

* * *

Benjamín Salcedo cumplió su oficio póstumo. Con las manos cruzadas sobre el corazón, dormía el sueño eterno en un estrecho ataúd de pino. En su rostro, más pálido que nunca, la muerte había posado sus labios helados.

En un rincón de la cámara mortuoria, el buen hermano José fingía un negro pajarraco de mal agüero.

DIEZ CENTAVOS DE QUESO

Tenía siete años y ningún juguete. Ni un trompo de latón, ni un rompmecabezas, ni una cometa, ni siquiera una matraca de diez centavos.

Coleccionaba cromos de cajas de fósforos con fervor de viejo filatélico, para jugarlos a cara o cruz, sobre el tapete mugre de la calle; cromos y carozos de damasco que le servían para fabricar pitos, frotándolos hasta agujerearlos en la piedra esmeril de una baldosa roja.

Nunca apenó a la madre con un ruego. Sabía que en la casa escaseaba el dinero desde la trágica despedida del padre y su comprensiva resignación lo obligaba a guardar silencio y a olvidarse de colocar el zapato en la ventana, la víspera de Reyes. Pero, sus ojos negros lo vendían; sus ojos negros como el destino de los pobres, agrandados de asombro, presentidos, brillaban con una mirada triste de purrete dejado de la mano de Dios.

Vivía su infancia con un inseparable compañero: el hermano mayor, un hombrecito, casi. Con él construía subterráneos en las montañas de arena cuando los picapedreros terminaban la jornada de sudor y luego, antes que el sueño pusiera bajo sus órdenes un batallón de soldaditos de plomo, se canjeaban antiguos cuentos milagrosos, aprendidos en la escuela y en los umbrales del barrio.

Unidos en la misma orfandad, los dos hermanos nunca tuvieron una disputa. Se querían demasiado para malhumorar su tristeza de niños sin juguetes.

Un atardecer, el hermano mayor llegó a su hogar apretando un libro bajo el brazo. Un libro de cubierta raída, donde se destacaba, en primer plano, la silueta inconfundible de un pirata de Salgari.

A la luz de la lámpara, los dos niños devoraban ávidamente los episodios melodramáticos de la primera novela, estremeciéndose de aventuras descabelladas y heroicas. A medida que avanzaba la emoción del relato, el hermano menor fué ausentándose en un intrincado laberinto, peligroso de ciénagas, pozos ciegos, tembladerales, caimanes, cocodrilos y traiciones.

Un mundo desconocido se inauguraba en su imaginación. Sentíase elegido para realizar estupendas hazañas, persiguiendo a

las viejas harpías y a los lechuzones como Thenardier y amparando a inocentes. Tan formidable fue la impresión que le produjo el arriesgado protagonista, que su blanco guardapolvo de colegial se trocó, como por encanto, en la extraña y subyugante indumentaria del pirata.

El sueño de esa noche fué distinto a todos los sueños anteriores. La madre, que dormía a su lado, le oyó gritar en una pesadilla:

—¡Al abordaje!... ¡Al abordaje!...

Durante todo el día siguiente permaneció en un rincón del cuarto, abstraído en la lectura de los hechos del otro mundo que narraba Salgari.

Cuando llegó el hermano mayor, lo sorprendió con un napoleónico bonete de papel, un cinturón de trapo y un improvisado espadín de madera.

Montado en una escoba, le salió al encuentro para decirle:

—Hermano, he inventado un juego... Vos sos un traidor y yo un capitán. El capitán... ¿Cómo podría llamarme?... Necesito un nombre de héroe, ¿sabés?

—El Toro Salvaje de las Pampas...

—Salí de la luz... Así lo llaman a Firpo. Mirá, hermano, yo quiero llamarme “El Dragón de Barrypore”.

* * *

La madre no tuvo más remedio que ubicar al hijo mayor en una fábrica. Desde la mañana temprano hasta bien entrada la noche, la infeliz mujer, doblada sobre la máquina, cosía alpargatas para atenuar la urgencia diaria.

Un día sintió una puntada en la espalda y a pesar de su buena voluntad, vióse obligada a guardar cama. El invierno alevoso la había herido con una puñalada de frío.

Cuando se mejoró y volvió a la fajina, las deudas pesaban sobre ella como una abrumadora carga. Entonces, para aliviar ese peso, retiró a su hijo del colegio y lo conchavó en un taller.

Era un hombrecito con sus trece años y unas ganas tremendas de ser grande. Temprano comenzaba a entrever su destino de pobre.

* * *

El hermano mayor ya no era el mismo. La plena conciencia de que desempeñaba una función trascendental en la vida, borroneó de cómica seriedad su cara de niño y lo hizo pensar en que ya no debía emocionarse como una criatura con los cuentos de Calleja o las novelas fantásticas.

Salía a la mañana de su casa, volvía al medio día y después del almuerzo, retornaba al trabajo, para regresar a la noche, cansado y

sin deseos de hablar.

Un sábado penetró en la casa más contento que nunca. Su mano nerviosa acariciaba el bolsillo del pantalón, donde guardaba un puñado de pesos, los primeros pesos que ganaba con su propio esfuerzo. La madre lo besó en la frente y con un consejo de honradez, le entregó diez centavos, diciéndole:

—Ahora tienes derecho al postre. Cómprate diez centavos de queso...

El pequeño proletario se encaminó a la calle y volvió al poco rato con un pedazo de queso envuelto en un papel blanco. Desenvolviólo, puso el queso sobre la mesa luego de un breve examen y con un cuchillo separó la cáscara. El hermanito menor le dirigió una mirada golosa.

Cortó un pedazo y se lo llevó a la boca. Y otro más y otro. Devoraba el queso silenciosamente, sin reparar en el hermanito que clavaba en el postre sus desesperados ojos negros.

Cuando terminó arrojó las cáscaras a la basura.

El hermano menor no dijo nada. Lo vio marcharse al trabajo con una sonrisa apenada y al encontrarse solo, dijo a media voz:

—¡Egoísta!...

* * *

Diez centavos de queso rompieron la dulce armonía de los dos hermanos. Ya nunca más volverían a fraternizar a la luz de la lámpara del hogar, anudados en una idéntica ansiedad de peligros.

Todos los días, a la misma hora, el hermano mayor compraba sus diez centavos de queso. Las sobremesas tornábanse largas y disgustadas. Mientras el hombrecito masticaba su ración de queso, el hermano menor, encogido en la silla de Viena, le echaba en cara su egoísmo con una expresiva mirada de reproche. Pero, el otro, comía despaciosamente, sin darse por aludido.

Una noche, la desgracia asomó su trágico rostro en la humildad de aquella casa. La enfermedad, cobarde inquilina de pobres, volcó de un brutal manotazo sobre el triste colchón, el cuerpecito del chiquilín.

Y vinieron horas dolorosas, de amarga incertidumbre. Y los oídos estaban cada vez más atentos a la palabra profética del médico.

Un penetrante olor a botica envolvía la habitación en sombras, donde el enfermito se quejaba débilmente:

—¡Ah!... ¡Ah!...

La madre se acercaba con los ojos llorosos e inclinaba un angustioso interrogante sobre la cabeza del hijo, hundida en la almohada. Con pasos de goma, para no turbar el sueño del enfermo, el hermano mayor recorría el cuarto y la lágrima

encendida en su pupila, sintetizaba su enorme desconsuelo.

Después de dos noches de sobresalto, vividas al borde de la camita donde reposaba el pobrecito, el médico se atrevió a hablar de la gravedad del niño. Era preciso internarlo inmediatamente en un hospital para practicarle una decisiva operación quirúrgica.

El enfermo escuchaba con los ojos abiertos. Lo creían dormido... Por eso, cuando la madre volvió su pálido rostro hacia el lecho, cerró los ojos...

Antes de colocarlo en la camilla, entreabrió los labios y le habló a la madre:

—Mamita... No llores que esto pasará pronto... ¿No ves que yo no me aflijo?...

* * *

Se quedó helado en la operación como un pajarito sobre un alero.

Cuando los enfermeros extendieron su cuerpecito sobre la mesa de mármol, buscó infructuosamente una cara conocida. Los delantales blancos de los cirujanos, lo estremecieron con una sensación de eternidad. No pudieron aplicarle el cloroformo...

Y allí estaba la criatura, sufrida, resginada, con la vida en un hilo y el pensamiento en la madre. Deliraba.

—¡Soy el Dragón de Barrypore!... ¡Mamita... no tengas miedo!... ¡Soy el Dragón de Barrypore!... ¿Para mí no hay diez centavos de queso?...

Envolvieron sus despojos en una sábana indiferente y sucia. Lo velaron en la triste pieza del inquilinato. Daba pena verlo con su carita amarilla de muerte y la mirada vidriosa que colaban sus párpados.

Durante toda la noche, el hermano mayor estuvo velando al angelito. Con el rostro enrojecido de llanto, sollozaba en un rincón de la cámara mortuoria. Al mediodía, una vecina se le acercó y tomándolo del brazo, lo condujo a la cocina. Allí le dieron un plato de sopa y un trozo de carne. Comió sin apetito. Y después, sin darse cuenta, se encaminó a la calle.

Al poco rato volvió, apretando en el bolsillo diez centavos de queso.

LA RATA QUE SE AHOGO EN EL ARROYO

Dormía de contrabando en una casa deshabitada del Bajo. A media noche se deslizaba como una sombra en el sueño del barrio y se introducía como un ladrón, en la ruinosa vivienda que le servía de albergue.

Era un muchacho alto, flaco, melenudo. Vestía un traje negro lustroso de uso y heroico de cicatrices. Las noches en blanco, violentas de discusiones inútiles en la mesa del café y el hambre de todos los días engañada con humildes tazas de café con leche, fijaron en su rostro una prematura seriedad dolorosa y en su mirada un profundo cansancio.

Cuando lo conocí, en el bodegón de Victoria y Lima, envuelto en un vaho repugnante de alcohol y comida trasnochada, era un pobre muchacho ingenuamente revolucionario. Escribía artículos al rojo vivo en periódicos de ideas avanzadas y hablaba fervorosamente de Miguel Bakounine, con quien había trabado amistad en las sesiones nocturnas de la biblioteca obrera.

Bebía silenciosamente su vaso de vino, escuchando las descabelladas aventuras del explorador, los proyectos audaces de un pillo o la absurda exposición de un profesional del bostezo que planeaba las mil ingeniosas maneras de vivir sin trabajar, y al amanecer, salíamos juntos y nos encaminábamos hacia un hotelucho de la calle Bernardo de Irigoyen, objeto de continuos arqueos policiales.

Fuimos compañeros de pieza durante algunas semanas. Un día lo perdí de vista. Me imaginé que no habría podido agenciarse el peso de la cama y que andaría vagando por las plazas de la ciudad.

Desde entonces, el pobre muchacho dejó de frecuentar el bodegón humoso, puerto donde anclaban como barcos fracasados, hombres de pintorescas cataduras.

* * *

Zombeca me convenció de que la honradez es un artículo de lujo cuando el cuerpo se dobla de fatiga o de debilidad. Repetidas

veces me propuso el ingreso a su banda, describiéndome las peligrosas alternativas del oficio con los colores más optimistas, pero, una arraigada razón moral me impulsó a rechazar de plano las sucesivas invitaciones al delito.

Ahora, ya agotadas mis esperanzas de ganarme la vida como Dios manda, resolví arrojar el lastre de todos los escrúpulos y aceptar la mano prontuariada de mi amigo ladrón.

Zombeca, que a lo sumo contaría veinte años, había sido “ciruja”, vendedor de diarios y ratero.

Nació en el drama de la Quema, una tarde olvidada. El padre, castigado por la miseria, lo contempló con sus ojos extraviados, sin comprender, casi, que ese montoncito de carne era una prolongación de su vida. La madre, una santa mujer sufrida y triste, consumida en la abrumadora tarea cotidiana —la fábrica de bolsas y la ropa ajena que jabonaba antes de ir al conchavo— murió cuando el chiquilín no levantaba dos pies del suelo.

Fué un espectáculo de tragedia: cuatro velones de pabito mortecino alumbrando el cadáver, el ademán cristiano del Jesús de los desamparados y la algarabía infantil apagando el rezo que deglutían cuatro viejas de Zuloaga.

El chico huérfano, creció en la sucia indiferencia del conventillo, bajo la inconsciente protección del padre que gastaba los días en un boliche esquinero.

La Quema amparaba su dolor de hijo sin madre, cuando la ausencia de una caricia le hacía pensar en ella. La Quema era el legado de los suyos: la Quema, prefacio de la cárcel o de la desesperada esclavitud.

Zombeca encaramóse en una montaña de desperdicios y se asomó al mundo. Y tan aburrido y cansado le pareció el panorama, que decidió “tirarse a muerto” sin meditar siquiera.

Estudió matemáticas en los baldíos, jugándose los centavos que ganaba en la recolección de huesos a una carta cualquiera. Y, ¡mala suerte!, siempre perdía hasta la última chirola. Entonces, con un gesto porteño de “qué me importa”, descubría el fondo de sus bolsillos con una cruda blasfemia y se consolaba silbando un tango.

Zombeca arrastró una infancia definitivamente seria y triste. Contadas veces se le vio reír. Es demasiado trágico el lienzo sombrío de la Quema... Fué aprendiz de todos los oficios, inclusive de asaltane, y no salió del barrio, por un apego animal de perro hacia el hueso, pelado y flaco, pero seguro.

Muchas noches, el ciruja, acongojado por un deseo de matar, de vengar el destino heredado, se dejaba caer junto a los saucos del Asilo Policial y levantaba su mirada turbia hacia el cielo, como buscando entre las estrellas la imagen consoladora de la madre ausente.

Cuando lo vi por primera vez, sabía ya del golpe cínico,

taimado y compadrón que enseña a la mujer el camino de la calle.

—Vea —me dijo—, si usted anda en la mala y quiere jugarse en un “negocio”, yo le ofrezco la oportunidad. Créame, amigo, no vale la pena ser honrado...

A la postre, desalojado y sin un cobre, le pedí a Zombeca que me instruyera en el “trabajo”.

* * *

—El asunto —concluyó Zombeca— no puede ser más sencillo. Usted no tenga miedo. En los trabajos de “trasatlántico” lo esencial es no perder la serenidad. Si titubea en la planchada, está perdido. Esta noche lo espero en el Café Japonés. Quiero presenarle a mi compañero: es un buen muchacho, me acompaña en todos los líos, pero no tiene lo que se llama “clase”, ¿entiende? Es un tipo que ha leído mucho y que ha sufrido mucho, también. Antes de decidirse a colocarse al margen de la ley, agotó todos los medios para vivir honradamente. Y se moría de hambre, ¿sabe? Se acostaba en los bancos de la plaza del Once, pero el guardián no lo dejaba cerrar los ojos. En una ocasión me pidió veinte centavos “para la cama”. A mí, francamente, me extrañó que pudiera descansar con tan poca plata y le pregunté dónde iba a pasar la noche.

—Vamos —protestó creyendo que me burlaba de su situación de hombre sin hogar—. Con veinte centavos viajo dormido en el tranvía número dos... Es un lindo recorrido: de Plaza Mayo a Liniers, ida y vuelta...

Al día siguiente lo encontré de nuevo. Se lamentaba de la falta de un techo y refiriéndose a la noche anterior, me confesó:

—Ayer, amigo, pasé un mal rato. Unos idiotas alegres que viajaban en el mismo coche, se empeñaron en malograrme el sueño. Cuando cabeceaba semidormido, me despertaban bruscamente, gritándome:

—¡Andá a dormir a la fonda, atorrante!...

Me despedí de Zombeca, prometiéndole no faltar a la cita.

* * *

El compañero de Zombeca era un antiguo conocido mío. Estaba cambiado. Más triste, más pálido, más ojeroso. Ya no era el grito, el cartel, la protesta de aquella época en que devoraba apresuradamente las complicadas teorías sociales compiladas en ediciones populares de la calle Boedo.

Me dijo que sus ideas se habían modificado fundamentalmente y que creía en Dios.

—Creo en Dios —agregó— porque necesito engañar mi soledad. Vivo demasiado solo para ser incrédulo.

Después me explicó su ilícito medio de vida. No podía más. Le dolía en el alma recostar su cansancio en el duro lomo de los bancos municipales. No fué necesario que utilizara la célebre frase de Prudhon para convencerme de que no tuvo más remedio que desprenderse de la honradez en defensa de su propia existencia.

Salimos del café, luego de haber convenido vernos al día siguiente. Zombeca se separó de nosotros en la esquina de San Juan.

Mi antiguo amigo caminaba a mi lado, contento de haber tropezado con el único parroquiano que consideraba más o menos decente de aquel oscuro bodegón de su ingenuidad revolucionaria.

Poco a poco fué otorgándome confianza y me habló de algunos pasajes de su vida ya en lejanía.

Había nacido en la miseria de una pieza de inquilinato y la madre lo había abandonado horas después de darlo a luz. Este suceso eternizó en su mirada la infinita tristeza de los que nunca tuvieron madre.

La abuelita, affiche de la resignación cristiana, cuidó de él con la amargura de haber sobrevivido a la hija. Así, a su infancia no le faltó la palabra cariñosa y el hueco y el farol ciego donde ejercitaba su puntería con los pilletes de los alrededores.

Más tarde, hay una época borrosa en su vida. Sólo recuerda las interjecciones duras del padre, que descendía borracho del pescante, derrochando equilibrio y blandiendo amenazas.

A la mañana, bien temprano, lavaba la carrindanga, cepillaba la achacosa indumentaria dle cochero y se preparaba para ir al colegio.

A los dieciocho años realizó su escapatoria del hogar: una tontería de muchacho que le costó la vida a la abuela.

Vagó por algunos puertos extraños, padeció interminables desventuras y sin darse cuenta, fué acercándose a la delincuencia.

—Voy a morir ahogado en el arroyo, como una rata...

—No, amigo... Fracasada una esperanza se puede construir otra...

—¡Bah! Ya no me importa absolutamente nada... Es difícil vivir limpio de culpa y cargo. Es preciso entrar por el aro, o decidirse a morir de consunción...

—Adiós, amigo.

—Hasta mañana.

* * *

Los preliminares del “trabajo” hirieron con una nueva emoción mi sistema nervioso. Iba a delinquir por primera vez. ¿Qué ocurriría dentro de un par de horas?... Quizá, la vergüenza de sentirme lapidado me obligaría a bajar la vista y a rogar que la

tierra se abriera como una boca y me tragara.

Entramos en el radio del puerto. Zarpaba el Vestris para Nueva York, con pasajeros y carga.

En los asoleados caminos del puerto, el hormiguero humano trazaba un formidable poema de sudor. Trabajadores rudos, de torsos cansados, realizaban el trabajo homérico de hombrear bolsas, nutriendo el vientre de la ciudad flotante. Una multitud habíase ubicado en el muelle, para decir las conmovedoras palabras de despedida.

Zombeca nos entregó la contraseña para visitar el barco. El y mi antiguo conocido iniciaron la marcha por la lustrosa planchada; yo los seguí con un leve temblor en las piernas, agarrándome a la barandilla para disimular mi nerviosidad de novicio.

Nos reunimos en la proa.

—Bueno —habló Zombeca—, ahora, nada de “macanas” y a portarse como hombres. Vos —hermanados en el delito, me tuteaba como a un viejo camarada— vos, “te alzás con el muerto” y nos esperarás en el Paseo de Julio. Allí arreglaremos cuentas.

Nos perdimos en los pasillos del vapor. Zombeca arriesgaba miradas en el interior de los camarotes, con la esperanza de descubrir algún objeto de valor. Por fin, después de una búsqueda infructuosa, penetramos resueltamente en un compartimento de primera clase.

Junto a la estrecha puerta se hallaban dos grandes valijas estampilladas en distintas estaciones de ferrocarril. Fué un instante terrible. A cada momento me parecía ver enfrentarse con nosotros la amenaza de un pasajero o de un oficial. Un grito zumbaba en mis oídos con una insistencia abrumadora:

—¡Ladrones!... ¡Ladrones!...

Y la tremenda vergüenza de bajar custodiado destrozaba mi voluntad y lastimaba mi corazón.

Zombeca realizó su obra rápidamente. Me entregó un estuche y un sobretodo. Yo me las arreglé como pude y busqué la salida deseoso de alejarme cuanto antes del peligro.

El temor de ser apresado eternizaba los segundos. Creía ser el imán de todas las miradas. Los ojos asustados me vendían y el rostro me quemaba como si hubiera sido abofeteado en público.

Tropezaba con todos y apenas tenía voz para murmurar un “Perdone, señor”.

Así, con un indescriptible desgaste de emoción, me encaminé hacia la escalinata. Dos hombres de uniforme se ocupaban en revisar los pasajes. Zombeca me había aconsejado que al llegar a tierra hiciera una pausa y fraguara un saludo de despedida; pero me faltó valor. Más aún, no me explico cómo no rodé por la planchada, pues a cada paso esperaba sentir la mano de la policía sobre mi hombro, en un definitivo: “¡Dése preso!”

La gente apeñuscada en el muelle comenzó a agitar los pañuelos blancos. El Vestris se preparaba a zarpar. Fui abriéndome camino penosamente entre la multitud, enjugándome el sudor frío que empapaba mis sienes.

Llamé a un cochero. Las rodillas me flaqueaban. Ya no daba más.

Hasta mi llegada, con la brisa suave y pura, el eco de un melancólico canto: “¡Jamás se dice adiós!... ¡Jamás se dice adiós!...”

El resorte del miedo hacía girar mi cabeza cada diez metros y mis ojos clavaban una ansiedad en el camino que íbamos dejando atrás. He sido siempre tan infortunado, que me extrañaba que no se hubiera producido ya, el final dramático de mi primera aventura delincuente.

Estamos en el Paseo de Julio.

—¡Apúrese, cochero!...

No sé cuántas veces el cochero, acicateado por mis palabras, dejó caer el látigo con fuerza, sobre el esquelético lomo del animal.

* * *

¡Por fin!... Pagué el importe del precipitado viaje y me introduje en el café.

El mozo se acercó y le pedí que me sirviera un vaso de cerveza. Una angustia terrible clavaba sus dedos de hierro en mi garganta.

Ya era un ladrón. Un ladrón... ¿Sabrían esto el mozo y las musicantas que me sonreían maliciosamente, y el dueño del bar, que me observaba desde la caja?...

Sí, lo sabrían... De otra manera no me explico la molesta insistencia de sus miradas.

Ya era un ladrón. Un ladrón... Mi madre hubiera llorado por mí lágrimas de sangre.

* * *

Esa misma noche repartimos el producto del robo; cuarenta pesos para cada uno. Conformé con veinte pesos al irascible encargado de mi casa y utilicé el resto en cenar, beber y olvidar.

Verdaderamente, no valía la pena ser honrado; pero, tampoco valía la pena sacrificar la honradez por tan poca plata.

Quince días después, Zombeca me propuso un nuevo “negocio”. Zombeca era —como decía Barrett— un financista impaciente.

—Vamos al grano —me dijo. Y en seguida planeó el delito, asegurándose que no había nada que temer.

—El hombre que hizo esto —continuó, palpándose el bolsillo

interior del saco— es un artista... ¿comprende? Un calígrafo notable. Se llama Otto Krauss, el alemán Krauss le decimos nosotros. Se inició en la barra del rengo Alcorta adulterando boletas del Banco Municipal: fué todo un suceso.

“Comprábamos chucherías en los cambalaches de Junín y Libertad, las llevábamos al montepío por cualquier cosa —dos, tres, cuatro pesos... ¡una porquería!— y le entregábamos las papeletas al alemán Krauss. En tres segundos las dejaba como nuevas. Nosotros nos encargábamos de descubrir a los “grelunes” asustados que aparecían todos los días en los fondines del Retiro o de Constitución.

“El alemán Krauss falsificó infinidad de boletas y una vez, como tenía que suceder, el sencillo negocio se tornó peligroso. Los empleados de investigaciones le siguieron los pasos, pero nunca pudieron sorprenderlo con el “muerto encima”.

“Es un rico tipo. Alto, bien plantado, con una mirada inocente, azul y mansa de buen cervecero alemán. La figura le ayuda mucho: no le sucede lo que a nosotros, que tenemos una inconfundible silueta atorranta. Habla poco —las palabras es preciso sacárselas con tirabuzón— y nunca hace referencia a su pasado. Dicen que en su país, antes de la guerra, era químico de no sé qué Ministerio. Gozaba de consideraciones, un sueldo elevado y una porción de cosas más. Una noche, en la mesa de un café, rodó un chisme: la mujer lo engañaba con un compañero de oficina. El alemán Krauss embauló rabia y esperó la oportunidad con el ánimo aparentemente sereno y una visión de sangre en la retina.

“Después la muerte prolongó un abrazo.

“Abandonó su patria con un pasaporte falso y recorrió pueblos y ciudades, mezclándose con la gente más diversa. Así llegó a Buenos Aires. Es un hombre múltiple.

“Además, es dueño de algunos secretos que valen lo que usted no se imagina. Ha preparado un líquido milagroso para lavar cheques sin dejar rastros. Este que tengo aquí, no puede fallar. En cuanto a la firma, es una imitación exacta. Hemos pedido el saldo al Banco y nadie ha dudado de su autenticidad.

“Vea —terminó—, con este asunto sacaremos una buena tajada. Son doce mil pesos a repartir entre usted, el calígrafo y yo.”

¡Doce mil pesos! Una fortuna para mi pobreza...

Yo debía ser, según los planes de Zombeca, el encargado de hacer efectivo el cheque. Pero el recuerdo del trasatlántico interpuso una triste visión carcelaria.

—No, Zombeca —le respondí—, no puedo aceptar. Salgo mañana temprano para Rosario.

—Sos un flojo... —me dijo al despedirse—. Vos nunca vas a levantar cabeza...

A la madrugada, vino a buscarme mi antiguo amigo.

—¡Hola, hermano!
—¿Ha cenado ya?
—Sí, hace un buen rato.
—No lo creo...
—Le digo que sí...
—Vea que tengo dinero... —afirmó, mostrándome unos billetes.
—¡Ah, bueno! Si es así, vamos a cenar...

* * *

—¿Usted ha sufrido hambre alguna vez?...
—Sí.
—Bueno. Hay algo más terrible que el hambre. Yo la he padecido y hablo con conocimiento de causa. Más terrible que los retortijones del hambre, es el martirio del sueño. Sentir que el mundo se desploma sobre uno y doblarse sin remedio. Abrir los ojos en un esfuerzo desesperado por permanecer despierto, y los párpados que se bajan, como cortinas metálicas, tironeados por un cansancio atroz. ¡Y no tener dónde dormir! Ni un hueco, ni un jergón, ni un banco, ni un umbral. Es espantoso. Fracasa la más leve esperanza de solidaridad humana. Es el hombre acosado, el hombre perseguido por la desgracia; nadie repara en él. A un perro no le faltaría una frase compasiva. Al pobre infeliz, sí.

“Los hombres se olvidan de él, pero él no debe olvidar las leyes. Si roba, o mata, o grita demasiado fuerte, las puertas de la cárcel se abrirán para impedir que incurra en nuevas transgresiones.

“Una vez llegué a pensar en la conveniencia de acabar pronto. Robar, matar, cualquier cosa, con tal de que me dieran techo y pan. Pero, un resto de vergüenza que lleva uno adherido al rostro...

“Sin embargo, una noche robé. Sí, robé. Me caía de sueño. La cabeza me daba vueltas y me parecía que iba a estallar de un momento a otro. Entré en una librería. Los dependientes, ocupados en atender al público, no repararon en mí. Me apoderé de un libro lujosamente encuadernado y salí. Nadie me vió. En un negocio de lance, lo vendí: por una ironía del destino había robado la *Vida de Jesús*, de Renán...

“Anduve vagabundeando por las plazas y los barrios apartados. La recova del sórdido Paseo de Julio amparó muchas noches mi trágica desesperanza. Un atardecer, descubrí una casa vacía en el Bajo. Examiné la puerta y noté que los cerrojos no funcionaban. Entonces resolví hospedarme allí. No quiero describirle la impresión de la primera noche... ¿Usted sabe de la pesadilla del miedo?... El ruido del grifo que goteaba marcando el compás del silencio, las sombras que dibujaban extrañas figuras, los ecos

lejanos deslizándose sigilosamente... ¡Oh, es horrible!... Me encogí medroso en las sábanas de diarios y ya había entrado el día cuando me quedé dormido.

“Después, claro está, uno se acostumbra a todo. Una mañana, al llegar a mi domicilio clandestino, me sorprendió un sereno. Seguí mi camino sin detenerme siquiera...”

“Otra vez en mitad de la calle. Un amigo tuvo la santa intención de compadecerme y ofreció repartir su habitación conmigo. Penetramos juntos, pasada la medianoche. Yo estaba extenuado de sueño, de hambre y de fatiga.

“—Es preciso que se levante temprano —me advirtió—, porque los encargados no permiten extraños en la casa...”

“Puso en hora el despertador y se durmió. El monótono tic-tac del reloj que me robaba los minutos de descanso, me obsesionaba. Viví los instantes enloquecidos de un condenado a muerte...”

“La advertencia del amigo que tuvo la santa intención de compadecerme con una caridad de sueño con cuentagotas, no me dejó dormir...”

* * *

“—¿Y el hambre?... Yo no sé, amigo, cómo ha resistido mi organismo. Esto no es literatura. Soy un héroe anónimo. Un ayunador forzoso que ha batido muchos records.

“En los últimos tiempos me alimentaba casi exclusivamente a café con leche. Imagínese que todavía llevo adherido a la pituitaria ese olor de la leche recalentada. ¿Usted sabe lo que significa en el pintoresco “caló” porteño “cantar la Tosca”?

“Cantar la Tosca quiere decir marcharse sin pagar, sin “levantar el muerto”, según otra expresión popular.

“Bueno. Yo he cantado muchas “Toscas”. He cantado más “Toscas” que Caruso. Cuando el apetito hacía cosquillas en mi estómago, adoptaba esa resolución extrema. Entraba en un café, me situaba estratégicamente y llamaba al mozo.

“—¡Mozo! —le ordenaba—, tráigame un “completo”.

“El mozo, diligente, colocaba sobre la mesa la taza humeante, el pan dorado y el disco de manteca. Con una pasmosa tranquilidad, lograda en innumerables Toscas, devoraba el “completo”. Después, aprovechaba el menor descuido para desaparecer.

“Sólo una vez pasé un mal momento. Fué en un bar de Montevideo. No había terminado de desayunarme cuando se acercó el camarero para decirme:

“—¿Quiere tener la bondad de abonarme el gasto?... ”

“Yo me quedé cortado. Pero, reaccionando en seguida, extraje del bolsillo interior del saco mi libreta de enrolamiento y se la

ofrecí:

“—Vea, mozo —le dije—, no tengo dinero. En mi tierra, dejar este documento en rehén es como quedarse uno mismo...”

“—Está bien —respondió—. Y guardó la libreta.

“No cabe duda de que para ese mozo no pasó inadvertida mi cara de hambre.”

—El hotel de a peso, amigo mío, es la antesala de la plaza Lavalle. Los hombres que duermen entre las sábanas indiferentes y frías de los hospedajes ínfimos, son hombres que ya no esperan nada de la vida. Más que resignados, aturdidos de miserias, de soledad, de amargura removida en el fondo de campeche de un vaso de vino, esos pobres diablos se asoman inconscientemente a la tragedia. Les queda un consuelo: el alcohol. El pasado es una sombra torturante que marcha pegado a sus almas opacas; el porvenir es el anfiteatro.

“Usted que fué mi compañero de pieza en aquellas noches del Internacional, conoce la tristeza hosca, malhumorada, ceñuda, de esos desventurados inquilinos.

“El hotel de a peso entraña un terrible fracaso de hogar. El drama se inicia en la mesa pringosa de un restaurante barato, se prolonga en ese hospital de desahuciados y termina Dios sabe dónde.

“¿Se acuerda del relojero Isaac y de aquel viejo cubano, vendedor de lápices —afiche del 31 de diciembre— y de Snokel, el que fué camarero en Varsovia y degolló al patrón?...

“Isaac el relojero era un hombre culto. Yo conversé muchas veces con él. Me resultaba simpático con su vozarrón, sus bigotes alámbricos, su barbilla puntiaguda... Siempre con cara de enojo. Siempre gritando protestas contra la humanidad. Tenía en los labios, prendida en los bigotes, la palabra brutal y cortante que no se le dice a ningún hombre. ¡Ah!, pero a mí, Isaac el relojero no me engañó. Yo me introduje en su alma como un polizón en un barco y leí su bondad. Como Jorris Karl Huysmann, el relojero Isaac era malo en palabra y bueno en acciones...”

“¿Y el vendedor de lápices?... Había sido apuntador de una banda de cómicos españoles y solía acompañar el trago de caña con antiguos cantables de zarzuela: *La verbena de la Paloma*, o *El boticario y las chulapas*, o *Amores mal reprimidos*...”

“Snokel, en cambio, tenía una psicología distinta. Vivía ausente, aun en los ratos en que la cercanía nuestra podía distraerle. Vivía ausente en un país lejano: Varsovia, la hija, la única hija, que era su razón de existir, el atentado brutal del patrón del bar, y su crimen...”

“¡Pobres diablos!... Muchas veces me he preguntado qué sería de ellos. El viejecito cubano vendedor de lápices, tal vez haya muerto. Los otros, no sé. Quizá, eternos galeotos, continúen

arrastrando por el largo camino de la vida el pesado grillete de una pena...”

* * *

En sendas noticias de policía, me enteré de la mala suerte de mi desgraciado amigo. Había pretendido efectuar el cobro del cheque adulterado y la policía lo zampó en el Departamento.

Cuando le levantaron le incomunicación, fuí a ofrecerle mi débil ayuda.

—No se aflija por mí —habló con voz conmovida—. Me conformo con que me regale un atado de cigarrillos. Esta situación no se prolongará mucho y estoy seguro de conseguir la libertad.

No comentamos el triste asunto y el preso me despidió con un cordial apretón de manos.

Lo visité por segunda vez en la Cárcel de Encausados. Su rostro consumido y sus ojos sin luz me impresionaron dolorosamente. Estaba, en apariencia, conforme con su suerte y hablaba de su probable retorno a la vida libre.

—Yo sé lo que afirmo —agregó—. Muy pronto tendrá usted noticias mías.

* * *

Un guardia de la cárcel me entregó sus últimas líneas. Decían así:

“Querido hermanito:

Perdóneme si le doy un disgusto. Quiero decretar mi libertad. La vida resulta un trabajo trágico y no vale la pena continuar así. Es mi destino. Creo que una noche conversamos de esto. Destino de rata que se ahoga en el arroyo...”

Aquel muchacho ingenuamente revolucionario, que me juzgó con benevolencia cuando éramos contertulios del bodegón humoso de Victoria y Lima, se ahorcó en una celda de la Cárcel de Encausados.

Para explicar una dedicatoria

BREVE DISQUISICION ALREDEDOR DE LOS HOMBRES DEL CAFE

El Café Japonés es el prólogo del Parque de los Patricios, barrio sindicalista y creyente en la revolución social.

Incontables noches llegué a su rincón ceñudo de rabia y descansé en sus sillas de Viena, de fabricación nacional.

Cuando sentí frío, me arrojé en el humo denso de su atmósfera y en las palabras cálidas de amistad de algún hombre extraño a quien se le daba una higa la literatura y las nuevas corrientes estéticas y que defendía, con la sinceridad que sale del corazón, a cuanto malandrín cayera en manos de la policía.

La humeante taza de café con elche y el pan y la manteca que me servía Murata, ese exótico muñeco de bazar importado de Tokio, contribuyeron a fortalecer mi espíritu y a mantener verticalmente la debilidad alarmante de mi cuerpo.

El Café Japonés tiene algo de café de ciudad y algo de café de provincia.

La asiduidad del juez de paz de la sección, a cuyo alrededor mariposean aquellos que han hambre y sed de favores, el corrillo de los horteras y empleados de banco que explotan la temperatura y otros temas intrascendentes; la figura familiar del revolucionario con su indumentaria; le conceden al Café Japonés una humilde personalidad de café pueblerino.

Los hombres del café, de caracteres múltiples y complejos, imprimen al café la particularidad que los distingue entre sí.

Así, existe el café burgués, que es un café anodino; el café del suburbio, que es un café mistificador, y el café de los vagos literarios, cenáculo de la gente devota del "completo".

Hay café que sobresale por su cordura y café absurdo. A aquél concurren los hombres que poseen sentido común; en éste viven los anormales. La mayoría de los hombres que poseen sentido común son comerciantes; el resto, horteras, es decir, comerciantes en gestación.

En el café de la cordura se dan cita los buscones bien entrizados, y allí deliberan sobre los métodos a seguir para desvalijar al prójimo sin caer bajo la sanción penal. Los más de

estos buscones son periodistas y martilleros públicos.

El café absurdo en un principio pretendía ser café burgués, ocultándose bajo el nombre de “The New Union” o “El Globo”, pero los vagos con disculpa literaria lo descubrieron y lo rebautizaron “El Sótano” o “La Puñalada”. Y allí viven vistiendo de prestado ropas atrabiliarias, cubriendo enmarañadas greñas con aludos chambergos, en estado tal, que envidiaría el licenciado Cabra para preparar un alevoso caldo gordo.

Forman una congregación milagrosa, a la cual la necesidad, que tiene cara de hereje, determinó hacer llevar hábito —trajes raídos y musgosos—, melenas tropicales y zapatos destalonados en líricos caminoteos.

El café mistificador se halla bloqueado por falsos poetas, falsos revolucionarios y falsos científicos. Mistificadores. Entre ellos es difícil encontrar un solo ejemplar legítimo.

Visten como los parroquianos del café absurdo, no impelidos por la miseria, sino convencidos de que el desaliño del vestido es compañero del aliño del espíritu, confundiendo higienización con aburguesamiento.

Más de uno muere en la paciente silla de Viena, adherido a la pared por una tela de araña.

Entre los mistificadores, hay muchos que viven en la inacción, tratando de resolver el fantástico problema del movimiento continuo.

Hay anarquizantes que ponen en evidencia su ilegitimidad en el acto de llamar al mozo y cuyos bolsillos llenó de bombas de alquitrán, las *Reflexiones sobre la violencia*, de George Sorel.

Hay poetas que escriben: “ósculo”, “Febo”, “pueblo aherrrojado”, “asfodelos” y “jardín ameno” y se irritan leyendo indescifrables jeroglíficos que señalan una tendencia nueva en la corriente artística. Son colaboradores vitalicios y honorarios de “El Purgante” de la Patagonia y “El Solitario” de Jujuy, desde donde apostrofan a la crítica que se atreve a negarlos. Como las mujeres en trance de alumbrar, estos bardos son coleccionistas vocacionales de nombres que premeditan adjudicar a sus futuros engendros. Y son estos nombres: *Llantos del corazón*, *De mis adentros*, *Lira romántica* o *De mi vergel en flor*.

Los que cultivan el arte pictórico desdennan a Zuloaga y a anglada Camarasa, porque no pintan la cabeza del compañero “chauffeur”, y la del compañero Svidrigailoff, un propandista de la Idea.

El hombre blasfemia, cuya lengua se mueve escudada tras el espeso cortinado de sus bigotes, hace temblar con su vozarrón, las estanterías del café.

Junto a las vidrieras suelen sentarse los hombres graves que, con la mirada escrutadora y el puño apoyado en el mentón, meditan

en la inmortalidad del cangrejo. Se les cree genios porque hablan muy pocas veces, y cuando lo hacen adoptan un aire de suficiencia y orgullo por lo que ellos son, o de conmiseración por lo poco que vale el babas heladas que los escucha.

La obra que habrá de perpetuar sus apellidos versa sobre “La Reivindicación de la Edad Media” o “La Interpretación Económica de la Historia Argentina”.

Así como los parroquianos del café absurdo son fieles del pan y de la manteca, éstos guardan devoción a la Trampa y al Dios Pido.

El café donde los cómicos fuman y beben su vanidad, es también un café absurdo. Sus puertas, cuando se abren o se cierran, ríen con la risa de Garrick. En los pocillos de café, con la ceniza de los habanos de veinte centavos —habanos que son una mentira criolla—, estos insoportables infelices van dejando los restos de sus ilusiones, que un foco acresponado de niebla se encarga de velar.

El café de la cordura carece de perchas.

A la hora de la digestión burguesa, contemplé con un lente grotesco el pintoresco catálogo del Café Japonés, ilustrado por múltiples figuras, dignas de un concienzudo estudio de psicología morbosa.

Todo en él es adulterado. Todo, excepto Yamamoto y Murata, garabatos de hombres, muñecos de bazar importados de Tokio.

El Café Japonés es un café mistificador.

En recuerdo de aquel hombre extraño que me invitó a su mesa cuando más urgencia sentía mi dolorido estómago, de aquel buen hombre que defendía con la sinceridad que sale del corazón a cuanto malandrín cayera en manos de la policía, dedico este libro a todos los parroquianos del Café Japonés.



*El tirano. Novela sudamericana de
honestas costumbres y justas
liberalidades*

(1927)

Nota del editor: se reproduce a continuación, sin modificación alguna, la primera edición de este libro. Buenos Aires: Gleizer, 1932.

A mis amigos
Nicolás Olivari y Tristán Marof

*“Bello país debe ser
el de América, papá”.*
CAMPRODÓN.

*“¿Vuestas mercedes son
por ventura ladrones?”.*
CERVANTES.

El Buen Tirano dió a los revolucionarios una tregua de años. Cuando derrocó a su antecesor que insistía en prolongar su mandato, los revolucionarios envainaron sus sables mohosos de antiguos y no de inactivos y dejaron por precavidos las armas de fuego al alcance de probable entrevero.

Eran hombres de fácil irritación, violentos gestos y peor de palabras, que más herían éstas puesto que trabucaban honras y ponían en la picota de la duda la limpia fama de más de un anciano patriarca que usufructuaba respeto por largos años vividos al calor de los motines y barbas de exprofeso para infundirlo. Tenían en tal estima el amor propio en equivalencia de bravura, que una exhibición bastaba para agujerear un pellejo o enfundar la hoja de acero en cuerpo humano.

En el país del Buen Tirano los hombres vivían dos períodos: el de la holganza y el de la revolución. Las mujeres los acompañaban en ambas aventuras, resignadas sin llanto ni queja, reponiendo amores cuando el destino de bala o puñalada privábalas de ellos. Y en cuanto a las criaturas, maljuraban al destetarlas y huían del andador a la guerrilla por divertirles únicamente el divertido juego de la guerra en miniatura.

Al Buen Tirano de ayer sucedióle el Buen Tirano de hoy. Llamábasele así para comodidad de insurrectos de los bosques en perpétua pelea, ignorantes del triunfo o derrota que permutaba tiranos. Así ocurría que en recodos trabajosamente transitados, hallábanse con fusil en puntería, pandillas alzadas contra mandones caídos en épocas pretéritas.

El Buen Tirano rodeábase de adjetivos enaltecedores y nunca nadie atrevióse a tacharlo de déspota, mete mano en dineros públicos, asesino, traidor u otra innoble falla. Amaba al pueblo como el pastor a su rebaño y evitaba terrores de lobos prohibiendo instrucción, clausurando antros de estudios y abriendo de par en par y de trecho en trecho, estrepitosos recreos para juerga y algarabía del pueblo.

El buen Tirano aborrecía de lo hipócrita. Alabábase de permitir el desahogo del vicio, inaugurando garitos y elucubrando edictos que eran dechados de ciencia cabalística y deberían perpetuarse como manuales del perfecto y nunca bien ponderado tahur.

Condenaba al tabernero injuria de agua que padeciera el vino y negligencia en el servir al esforzado bebedor; recorría cerrojos de cárcel para atrevidos por atentados a la inmoralidad y en idénticas celdas cabían las protestas de ingenuos calumniadores que pregonaban a voz en cuello maniobras de fulleros en perjuicio de sus faltriqueras.

La biblia del Buen Tirano dijo siempre las mismas palabras al pueblo; y si al aplauso sucedía el tumulto, no era por otra cosa que por el aburrimiento que trae la holganza. De esta manera, al

bostezo revolucionario seguía le perentoria orden de descalabrar al régimen sin dañar más que los bienes y a veces la efigie del Buen Tirano.

Nunca sufrió alteración la alacridad en esta tierra. Ni aun en los instantes en que era preciso solicitar venia de la metralla para transitar sus caminos. Ni el trueno ni el rayo ofuscaban el entendimiento y el apretón de manos del saludo era allí fácil apretar de gatillos.

La gente se bienvenía a tiros y aumentaba la alabanza con el estruendo. Pero, como no siempre sale todo a pedir de boca, un día, el Buen Tirano no las tuvo todas consigo y prohibió inquietud. No la inquietud de presentir revuelta de posible sucesor, sino la grave preocupación de avizorar un peligro que pudiera atentar contra las leyes y las honestas costumbres establecidas. Y por primera vez en la historia del país, el Buen Tirano recapacitó en la existencia de sus ministros y llamólos a sesión urgente y secreta.

* * *

El Buen Tirano, por ausencia de práctica gubernamental, expuso dificultosamente el motivo de la reunión. Los ministros, por igual razón, informáronse a medias de los temores del amo. Tuvo el preexcelso que recurrir a voces usadas de pueblo para expresar el asunto con meridiana claridad.

—La patria está en peligro. Grave riesgo corren las libertades que nos legaron nuestros prohombres. Una chispa puede convertir en cenizas la arquitectura de nuestra nacionalidad cuya piedra fundamental consagra todos los derechos del hombre en la acepción más divertida. He oteado una nube que trae tormenta y la tormenta puede aguar la fiesta del país. Vivíamos lo presente con felicidad regalando al pueblo con baile y pendencia. O borramos la amenaza o padeceremos las mil plagas juntas.

Canjearon estupefacciones los ministros, más, dueños de su entereza, mantuviéronse mudos, sin osar entreabrir los labios bajo pena de caer en pecado de irrespetuosidad.

Complacido el Buen Tirano prosiguió:

—El mundo ya no es mundo como me lo supongo. Es un bosque en llamas, una caldera pronta a estallar. Ideas del diablo lamen los cerebros con lenguas de fuego. Eso que apodan utopías será la perdición del hombre. He comprobado con la estadística que no miente, que en algunas naciones la corrupción sentó cátedra en universidades que pervierten al individuo atiborrando su sesera de absurda filosofía. La gente va por esas calles de Dios con la cabeza gacha, no por buscar objeto extraviado sino por el peso de malos pensamientos. Porque malos pensamientos son los que mueven al ser humano a retraerse, a mudar de ánimo y de vocabulario. Según

llevo verificado, la corruptela alcanza a punto tal, que los inocentes gariteros son perseguidos y quien no está prófugo está en la cárcel, y más todavía, que hay pena de abuso de arma para el vecino de honrado sentir que manifieste con ruido de impactos sus alegres intenciones. La libertad es letra muerta; el hombre, pingo sofrenado. Admítase el vicio con disimulo o cuentagotas y la deshonor que no salga de casa. Invéntanse profesiones a fuer de falsías y el embustero se encarama en las barbas de la muchedumbre. ¿Es decencia esto? ¿Es justo, por ventura, que el tabernero pague patente en buena moneda porque da alegría y se lapide a la moza entregadiza?

Lo digo yo, ministros, que el mundo se trastumba a este paso. La ciencia de gobernar se tergiversa. Gobernar es respetar impulsos, permitir expansiones, sancionar derechos inalienables. Goce yo y gocen mis súbditos a su arbitrio.

Los ministros arriesgaban a párrafos miradas de adulatoria aprobación. En la actitud ofrecían ejemplo de discípulos, silencioso fervor de sumisos.

Halagado, el Buen Tirano continuó su discurso:

—Por mi ciencia mátase el pueblo y no hay temor, por cierto, que acabe en sangre; que mi pueblo cambia pendencia por sueño para degustar más y mejor muy luego, el placer inefable de armar camorra. Obedéceme porque ve en mí al hombre que hizo el Creador a su imagen y semejanza. Conoce dos justicias: la de mi mano y la de Dios. A los dos teme y venera. Mi pueblo es feliz, ¿quien lo niega?

Los ministros creyéronse en la obligación ineludible de despegar los labios. Dijeron a un tiempo y a una inclinación:

—Vuestro pueblo es felicísimo, Buen Tirano.

Entenebreció sus ojos el mandón en arqueo terrible de cejas y dió a sus palaciegos una sonrisa de pago. Y agregó:

—De ello me precio y es mi gloria. Mas otra es la encuesta que nos junta y no esta inquisición que por sabida de ha mucho me tranquiliza. Dije que el mundo iba cabeza abajo. Espíritus exaltados niegan a Dios negando los vicios propios del hombre. Verdad es que la quiebra del de enfrente debe importársenos una higa, más cuando el susodicho inquilino asoma su artimaña a nuestro ventanal y procura arrojar mala simiente, preciso es que adoptemos las debidas precauciones.

Ministros —solemnizó el Buen Tirano—. ¿Que hariais si el cizañero inquilino lo fuera ya nuestro, con bagaje de patrañas y barrenos del infierno con que horadar el valetudinario meollo del pueblo?

Los ministros entregaron a un “¡Oh!” unánime la responsabilidad de su sorpresa.

Dióle manija a su perorata el farfullero:

—El inquilino disolvente ha traspuesto nuestras fornteras. Su figura anda en charlas de barrio y los que le vieron hácese lenguas comentando su porte. Peina cabellera jesucristiana y el atributo masculino que más convence al decir de mis guardias secretos, son sus bigotes. Enhiestos, amenazantes, apuntando al cielo, gritan, más que hablan, la encubierta vanidad de este forastero. En mala hora arribó a esta patria de baile y pendencia con solapado afán de tribuna, que bien recibido fuera en circo o kermesse con plata y carcajadas de payaso de farándula.

Ministros: ¿le conocéis?

Respondió al punto la voz unísona:

—¡De su malhadada efigie nos libre el Hacedor!

* * *

El Buen Tirano gustaba repetir lindas mozas con guitarreo y copas. Las noches de parranda diéronle fama de aguante pareja a su valor. Y tan mujeriego era el gobernante, que no había vivienda donde morara su deseo que no convirtiera en Registro Civil.

Decíale al notario:

—Oye, notario, tu estás aquí para casarme y descasarme a mi gusto. Que nadie me contradiga y si luegoito berrea la niña que la recomponga el Arzobispo.

La custodia controladora de sus eruptos acompañaba con adulón sonreír y narraciones picantes el prólogo de la farra en fondines frecuentados por la moralla. Si el Buen Tirano reía, reía la custodia; si blasfemaba, blasfemaba la custodia.

Sobre una tarima, un hijo del país rasgaba su desdentada vihuela, perdida como él y como las prostitutas de sus lamentos. Como él vivía en la cárcel y de casualidad en el tablado del hostel. Cantaba el malandrín la canción del Bajo:

Allá en la calle Brecha,

—no muy derecha—

hay un quilombo fulero

—que es el primero—

es de Elvira, la italiana,

—¡Me gusta Elvira! —interrumpió el Buen Tirano.

Siguió la voz avinada:

¡La Soberana!

De Feliche el Canflinflero!

—¡Ese va preso esta noche! —juró el Buen Tirano. Y prosiguió

el canto:

Hay que ver la casa,
si parece un chiche,
todo propiedad
del amigo Feliche.
Cuando Elvira muera
la van a llevar
con Feliche al frente
al Panteón Nacional!

—A ella, sí, mi vidita. Al otro, al sótano, para que haga solitarios con las ratas.

Bebió el Buen Tirano el resto. A su ademán, la custodia dió al cantor su paga en cuatro billetes. Pusiéronle el gabán de pieles y el ancho sombrero blanco y aguardaron sus órdenes. Diólas así el Buen Tirano:

—¡Vamos a la calle Brecha! Que no susurren mañana que no bajé al pueblo. Donde está mi pueblo estoy yo. Vamos a la calle Brecha y veremos quien es el cazcarriento Feliche y quien la zurrona Elvira.

El cantor canalla dió la despedida hurtando un corte de mangas.

* * *

Las doce dieron en el malhumor del Buen Tirano. Con los humos de correrla desperezóse en un aullido que dió cuerda a toda la servidumbre. Pidió caldo y lleváronselo al lecho en taza de plata. Amonestó al criado por lo quemante y al acabarlo repasó con la lengua las guías de su bigote. Sus propias cerdas trajéronle el recuerdo del forastero y no pudo menos que decir con refrenada cólera:

—Aquí no valen posturas, petimetre. Aquí valen agallas y hay que tenerlas bien puestas para la ocasión. Mas te valiera volver lo andado y alardear conquistas en tránsito de maricas, que hoy penaré el melindre y al jactancioso del baño y del agua florida. En esta tierra sobran afeites y no hay cosmético más a mano que la grasa de cristiano y si es extranjero, con más agrado se unta.

Arrojóse del lecho el Buen Tirano como quien salta una Peña. Calzóse las charoladas botas y en indumentaria azul y oro de mariscal, fué a su despacho por un breve corredor en cuyas paredes honrábanle colecciones fotográficas en marcos de ébano claveteados de plata, que lo representaban en distintas edades, desde la del biberón a la del Poder Máximo.

Los ministros que aguardaban de pié, lo reverenciaron.

El Buen Tirano apoltronóse y dijo:

—Proseguiremos la junta. Por mucho que sea el meditar y pesado el fardo del Gobierno, no descansaré hasta librar al país de cualquier peste y marcarle un ritmo constitucional. Subsiste el peligro en la permanencia del forastero. A media noche me topé con él.

Los ministros moviéronse en alarma. El Buen Tirano, reparando en ellos, indicóles con leve movimiento de cabeza que tomaran asiento a su frente. Y prosiguió:

—Fué en la puerta de una casa de amor donde oficia una italiana a la que llaman Elvira. Luego supe que su verdadero apelativo es Filomena y lo niega para no gastarlo con sus encantos. El disolvente dió vuelo a su capa y perdióse en la negrura de la noche. Pero, no tan presto que no lo viera. Era él. Lo delataban su bigote y toda su parodia de mosquetero.

Dejéle marchar por no vender mi personalidad, más en cuanto pude charlar en privado con la Elvira disimulé un interrogatorio. Experiencia y memoria dan por falta de verdad palabra de hembra y aun sabiéndolo, estoy al creer que la barragana no mintió. ¿Sabéis que fué a hacer allí el incómodo huésped?

Los ministros, de acuerdo anticipado, dijeron que no. El Buen Tirano, satisfecho de la respuesta colectiva retornó a la charla:

—Fué a iniciar su mala obra. Sobre la mesilla de luz dejó su rastro ponzoñoso en papeluchos infames y manifiestos subversivos que claman castigo para quien los inspiró. Y claman pena por no considerárseles humorísticamente, pues no de otra manera debemos desmenuzar el sentido de un acápite que recuerdo olvidado sobre susodicha mesilla de alcoba de prostituta:

“El que no trabaja, no come”. ¿Que es esto de trabajar? ¿Sabéis vosotros, ministros, que es el trabajar?

Los ministros contestaron con hueca voz de juramentados:

—Excelencia, lo ignoramos y quisiéramos ignorarlo el resto de nuestros días.

El Buen Tirano, rendido de halago, volvió a recuperar el hilo de su perorata:

—Si tal acápite fuera ley en esta tierra, moriría el pueblo y moriríamos nosotros de hambre. En la estufilla de menesteres livianos consumí la podre impresa. Luego, pesado de cerebraciones, dime justa tregua en ratos de holgorio, en la dulce compañía de Elvira la Italiana, robusta moza de frescura en carnes y un no se qué mareador. ¡Linda la Elvira bautizada Filomena por decisión paterna y con nombre de pega por alguna alcahueta genovesa revisora de chapas y guardadora judía del dinero bien ganado con ruido alegre de catre! El iniciar cita con ella exige cena de ají picante a riesgo de jugar desgraciado papel.

Los ministros sonreían con casta sonrisa.

—Vivía con ella, o por más exacto decir, de ella, a su entera

costa, un tal Feliche que a estas horas sesteaba entre cuatro paredes donde podrá tirarse a la bartola del peculio del Estado, que ya ordené a los sastres su uniforme y su número y a los barberos el rapado de su aceitada melena. ¿Que opináis, ministros, de la prisión de Feliche el Canflinfla?

—La clarividencia vuestra es la que vela por la seguridad de la patria, —dijo uno de los de levita.

—¡Oh, genial estadista! ¡Oh Numen! ¡Oh, magnífico inspirador político de América! —exclamaron a coro los otros.

—Bueno, basta ya —dijo el Buen Tirano sopesando el elogio—. Y como un rezagado en paroxismo patriótico gritara: “¡Muera Feliche!”, el déspota sublime le cortó el hipo con el índice sobre los labios.

—Guardad el entusiástico envalentonamiento para otra ocasión. Al Feliche le corresponde legalmente pena de cárcel pues las celdas se acortinan de telarañas y los guardianes duermen y a falta de pensionistas que entretengan a la gente de servicio, tendré que dictar orden de prisión contra vosotros. Tan a las mil maravillas andan las cosas en esta tierra de baile y pendencia que los ocho tiradores pierden su puntería por falta de blanco y de seguir así no me quedará otro recurso que echar mano a mis fieles servidores y sentarlos de un revés en el banquillo.

Un escalofrío recorrió el cuerpo ministerial. El Buen Tirano, haciendo como que no reparaba en la impresión que provocaban sus palabras, rascóse el pajar de sus bigotes y terminó la junta:

—Ministros: cada uno quede en su puesto hasta nuevo aviso. Dejadme solo pues urge contrarrestar toda amenaza y cortar el pasmo antes que llegue al corazón. O el forastero termina en el Ministerio o yo acabo con él y su apostura. Retrocedieron los ministros hasta la puerta, doblaron la cerviz y ahuyentáronse por el corredor. El Buen Tirano ahuecó los cojines y tiróse cuan largo era en el sofá para refrendar al poco rato con ronquidos su continuo pensar en la felicidad de su pueblo.

* * *

—¿Dónde se ha visto un país que confíe a la policía el cuidado de la hacienda y el resguardo de las vidas? ¿Qué civilización es esta que descarta peritos de hurtos y otros entretenimientos, condenándolos a correr la liebre, escalar sustos, asesinar al semejante uniformado que comete contra ellos delitos de lesa libertad? ¿Qué legislación es esa que no establece la impunidad del robo en defensa propia? ¿De que vale estrujar el meollo componiendo tretas, familiarizándose con el naípe hasta lograr la obediencia absoluta de cada carta de cada palo, dedicando juventud y madurez al afán de perfección en todas las ramas del saber

humano?

Calígrafos hay en tales lugares que purgan a la sombra increíbles imitaciones y prestidigitadores que cumplen igual suerte por realizar experiencias en lugares públicos y privados. Si de algo debería vanagloriarse la loca humanidad es del culto al valor, anulado en los países a que hago mención por códigos insensatos, hasta el punto de crear para litigios u ofensas personales un árbitro inapelable: la justicia.

El Buen Tirano carraspeó y sus ministros discutieron en la premura sobre que mano le alcanzaría una copa de limonada.

—Hay un axioma que tengo para mi uso y desconocen los disolventes: “en tierra de honradez, todo el mundo honrado y en tierra de robo, todo el mundo honrado también”. No lamentos que hoy te hurten pues mañana hurtarás tú. Dadle un puesto público al ratero y holgará el vigilante y se hará ratero a su vez. Para la risa y el llanto hizo Dios a sus criaturas. Que ríen y lloren y busquen divertimento y duelo para gastar sus vidas. Mas vale pecar en poco como el miserable busca céntimos que en mucho como el potentado busca millones, que el uno ostenta virtud de modestia y el otro vanidad ofensiva a la faz del Creador.

Turulatos escuchaban los ministros en acostumbrado mutismo. Prosiguió el Buen Tirano:

—Y ahora, ministros, razonamientos a un lado y que venga Milpistolas. A mi Jefe de Seguridad he de encomendarle seria misión.

Volvieron a discutir los sumisos sobre quien llevaría primero el recado y la disputa agrupólos a la puerta donde a fuerza de empujones consiguieron disolverse. Al rato apareció Milpistolas.

Milpistolas vendía ferocidad. Masticando sus propios bigotes parecía decir que devoraba hombres crudos. Tenía un ojo de fuego y el otro extático. El uno de su pertenencia desde el nacer; el otro, adquirido en comercio de óptica. Milpistolas no era tuerto de accidente sino de propia voluntad, que afirman los familiares que lo evitó por razón de apuntar mejor con uno solo. Vestía traje verde que es color de esperanza y la única que podría cobijar era la de nuevos difuntos para su haber mortuorio. Ni una flor ni una arrugada carta de amor guardaron nunca sus bolsillos. Colecciones de balas, sí. Y entre el plomo, algunos ojos de vidrio de repuesto. Ojos de variados tonos, ya que Milpistolas no perdía su tiempo en la selección de colores que hicieran juego con el ojo auténtico.

Cuando hablaba, su boca era un pulverizador, pues manchaba de palabra y de saliva. Este era el hombre hecho y derecho, que sobrellevaba en sus actos la Seguridad en la serena tierra del baile y de la pendencia.

* * *

Cuadróse a la entrada y esperó la venia para transponer el umbral. El Buen Tirano otorgósele diciéndole simplemente:

—Acércate, canalla.

Milpistolas agradecióle la alabanza y adelantóse hacia el Amo.

—Sabrás, Milpistolas, que el país no marcha como quisiera. No hablemos ya de un tal forastero bien plantado en desafío que cruzó la frontera con alevosa intención de malquistar nuestra familia. De éso, te diré luego la solución. Hablemos de otro problema que nunca debió plantearse puesto que te tengo a tí. ¿Cómo se explica que nadie conspire? ¿Es posible que no ocurra lío de sangre que zampe en la cárcel manojo de perdularios para distracción de guardianes? He visitado el establecimiento penal y a fé que me produjo desoladora impresión. Las celdas vacías, los patios desiertos, los cepos desocupados, los látigos sin tener a quien castigar, silencio triste todo, como de casa deshabitada. ¿Tendré que enviarte a tí y a los ministros a que se pudran en un calabozo siquiera para consumir el pan y la galleta que endurecen y se amohan en la despensa carcelaria? Habla. Quiero permitir tus disculpas.

El Buen Tirano acomodóse para oírle y tosió con tos de enojo para amedrantarle. Milpistolas, con la vista en el suelo, atinó a decir:

—Solo un pensionista tenemos, Buen Tirano. Un apodado Feliche cuyo otro nombre y nacionalidad se ignoran.

—A ese lo llevé yo —rugió el Tirano—. Lo mantuvo hasta entonces Elvira, una italiana rozagante que mora en la calle Brecha. ¿La conoces?

—No, mi Buen Tirano —respondió Milpistolas.

—Pues yo sí y me precio de ello. Elvira daría que hacer a un batallón. Decíate que ella, con su honrado entregarse, lo mantenía y que ahora le da casa y techo el Estado. Decisión mía fué que así se dispusiera y por tal razón Feliche tiene alojamiento. Lo que yo quiero que me digas es porque no ha estallado una revolución.

—Preparada está para el caso, Excelencia y solo aguardo órdenes para descubrirla y atrapar a los leales que hacen de insurrectos. Para el secuestro, cuento con carabinas y bombas de estruendo. A una sola palabra, estallará el petardo sin temor de incendio. Alborotarése el pueblo y reducidos los supuestos motineros tendremos buen cuidado por sus vidas. La guardia montará honor al Gobierno y el Buen Tirano podrá asomarse si gusta al delirio de la muchedumbre que lo venera. El Arzobispo está listo para oficiar solemne misa en acción de gracias por vuestra salvación y por la salvación de nuestra patria.

—Esta noche tengo cita en la calle Brecha. Ordénote, Milpistolas, que la revolución estalle mañana.

La rozagante Elvira extremó encantos con el Buen Tirano. La alcahueta que llevaba la contabilidad de clientela, clausuró el negocio y dió licencia al acordeonista ciego que entretenía la espera de parroquianos con pegajosa música de oído.

El Buen Tirano refocilábase a sus anchas, tendido sobre sobadas sábanas, derretido de gusto por mimos y caricias, calzadas las botas, abotonada la chaquetilla de mariscal, con tintineo de medallas y condecoraciones que habíase otorgado como merecido premio a sus hazañas.

Cuando el amor estuvo a su punto, la italiana intentó un sollozo. El Buen Tirano casi la descogota pues tenía la agarrada por la cabeza en descomedido abrazo. Dióle tregua y Elvira renovó el lloriqueo. El Buen Tirano descendió al sucio alfombrado las charoladas botas y sonriendo le dijo:

—¿Lloras, Elvira, a imitación de doncellas de romancillos en tris de sacrificio de honra? ¿O es moda en tu tierra esta clase de llanto?

La italiana convulsa, guardó su rostro en la almohada. Palabras entrecortadas salían húmedas de sus labios.

—¡Ay, compadre, mi querido compadre! ¡A dónde te ha llevado tu corazón! ¡Ay, desdichado compadre!...

—¿Quién es el tal compadre y porque lo compadece?

Abrióse la puerta de la alcoba y asomó el perfil de la genovesa. Y con el perfil, un guiño. Siguióle el Buen Tirano y a poco, junto al zaguán, supo de boca de la alcahueta quien era el compadre de referencia.

—Excelencia —aclaróle la dama de compañía trátase de un pariente llamado Feliche, caído en desgracia por obra de malas lenguas envidiosas del favor que le dispensaba esta criatura. Feliche es incapaz de matar una mosca.

—¿Y que hace en esta tierra de baile y pendencia, el cobardón? —rugió el gobernante—. Sabrás, mujer, que aquí no vale más documento que la pistola al cinto y que el no poseerla bien puede rubricarle al infeliz el pasaporte para el otro mundo.

—¡Ay, Dios mío! ¡Que no lo maten a Feliche!...

Elvira asomóse con el pecho descubierto. El Buen Tirano retornó a ella y entre suspiros prometióle bajo palabra de honor, el resguardo y la libertad de Feliche.

—Quédate serena, mi dulce barragana. Mañana, después del jaleo, le abriré la jaula al canario y le pondré en el pico un nombramiento de cónsul.

Crujió el catre repetidas quejas y al fin, despidiéndose con una gárgara de aguardiente, abandonó la casa el Buen Tirano.

La custodia fiel vigilaba desde la esquina de la calle Brecha.

* * *

Avivábase la jarana al pié del alcohol y voces pícaras acompañaban el bamboleo en tabernas y recreos. Hembras en flor y en cuarentena solazábanse a gusto de rodilla en rodilla, enseñando a la alborotada jauría lo que Dios les dió. Puteadas y juramentos, risas y maldiciones, tajeaban la atmósfera cargada de humo y deseos en alta presión.

—¿Dónde está la madre que te parió, criatura, que quiero felicitarla?

—¡Aquí estoy, mal pagador!...

Música ratonera y estribillos puercos. El paréntesis de un fogonazo seguido de un grito y cuatro comedidos llevando a la rastra al muerto. Una voz pregon a la tiempo que reanudan los instrumentos el consabido estrépito:

—¡Uno que se quedó indiferente para siempre!...

La borrachera se apoya en el mostrador y el gracioso que no falta, harto de juerga, prueba su puntería en la hilera de botellas, descabezándolas para ahorrar tiempo a los mozos de servicio.

El mundo es un viva la pepa bajo el reinado del Buen Tirano. Película jocosa y barullera que solo puede cortarse a tiros. Los besos se dan quemantes como la caña mal filtrada y anudan los cuerpos en terrible abrazo o encienden rencillas de rojo epílogo.

Hombres jactanciosos cuéntanse más valientes que el valor y corren a la muerte a carcajadas. De pronto, en la mitad de la farra, impone silencio el trotar de diez jinetes.

—¡La Revolución! ¡La Revolución!

Estalla como un petardo el grito en el pecho de hombres y mujeres.

—¡Por fin ha llegado la Revolución! ¡Abajo el Tirano! ¡Viva la libertad del pueblo! ¡Muera el Mandón!

—¡Muera el hipócrita, asesino, ladrón, violador de doncellas, canalla y cretino!

En tabernas y recreos sigue la juerga a balazos. La música ratonera enmudeció y otra música distinta atruena el aire. Los foragidos están en su elemento.

Acribillados a tiros, córtase la respiración de los faroles.

En la oscuridad, despatarrados, bancos, mesas y cristianos.

* * *

Milpistolas, con guardaespaldas, apersonóse al Buen Tirano.

—Huelo pólvora y el olfato no engaña. ¿Hay revolución?

—Excelencia, la hay, pero, no es la nuestra —explicó el capitán de esbirros.

—¿Qué deliras, canalla? ¿Es que acaso puede estallar alguna revolución sin la orden mía? Rectifica, Milpistolas, o te condenas en vida.

—Excelencia: otra revolución adelantóse a la nuestra —tembló la voz del jefe.

—¡Suicídase de vergüenza, mal nacido! Y vosotros, soldados, apresad al traidor —gritó el Tirano.

Los guardaespaldas, clavados cada uno en su sitio, en dudosa desobediencia, fijaron su ansiedad en Milpistolas.

—¡Oh, la infame soldadesca! ¡Malditos: apresad al traidor y apresaos vosotros mismos! ¡Al infierno la canalla! Diez minutos os doy para que vayais a la cárcel!

Sonaron los timbres, agotáronse las pilas eléctricas y surgió en el marco del despacho gubernativo el grupo de ministros solidarios en el terror.

—¡Ministros: —voceó congestionado el Buen Tirano—! ¡Que venga al instante Fierabrás y su patrulla de pistoleros!

Los sumisos huyeron en atropello. A la distancia, en los fondos de la finca, milagro de miedo hízoles germinar ideas en sus meollos que cambiaron con premura. La obediencia que ayer se disputaban, nadie la quería para sí.

—Llámalo a Fierabrás.

—Llámalo tú, que eres más de su confianza.

Hubo uno que buscó ocultación en vergonzosa dependencia alegando causa de fuerza mayor que de inmediato fué también alegato de los demás.

En manojo, los ministros juntáronse en el cuarto oscuro, trancaron la puerta y no tuvieron otro escape que sacrificar pudor por efecto del susto mayúsculo adquirido al servicio del Estado.

Entretanto, el Buen Tirano abofeteaba de palabra a Milpistolas.

—¿Cómo así malguardas la seguridad de la patria? ¿Preparas revoluciones y gánante de mano? ¿Dejas perder el truco con el as de espadas? Tarde caigo en tu menguado valor. Ya no asustas ni siquiera con apelativo. Milcuernos y no Milpistolas deberías apodarte que son los milcuernos que cuelga la puta concubina en tu frente. Responde: ¿eres adicto o te dejaste comprar por oculto interesado en derrocarme?

—Soy adicto, Excelencia —tartamudeó el humillado esbirro.

—¿Eres adicto y dejas que se arme gresca sin mi consentimiento? Mereces que te fusilen por la espalda. Vete en busca de Fierabrás que los ministros se atardan.

Cuadróse el injuriado, dió media vuelta y abandonó la estancia con ruido de espuelas. A poco retornó con el llamado Fierabrás y su escolta de pistoleros.

—Fierabrás —dijo el Tirano— este hombre indigno del título otorgado por mí, infórmame de una insurrección antirreglamentaria y antigubernamental, pues atenta contra la seguridad del Poder en lugar de anfianzarlo. Este hombre indigno, olvidó su deber dejándose burlar como inocente criatura. Mételo en calabozo con custodia y todo.

Fierabrás aproximóse a Milpistolas y despojólo de armas. Los pistoleros hicieron lo mismo con la soldadesca y éstos en rehenes y aquéllos en vigilantes, rumbearon a la cárcel.

Quedóse Fierabrás a platicar con el Amo. Trémulo, el Buen Tirano desgastaba nervios rompiendo y malbaratando cuanto objeto hallábase a su alcance.

—¡Revolución! ¡Revolución! ¡Si que marchará la patria con revoluciones! ¿Y quién será el osado que intenta golpe de Estado? ¿Lo sabes tú, Fierabrás?

Fierabrás iba a responder, pero, el Buen Tirano no le dejó espacio libre y continuó acribillándolo a interrogaciones.

—¿Que dice el pueblo? ¿Y el ejército? ¿Está conmigo o contra la patria? ¿Hay motivo de espanto? No temo por mí, sino por lo que represento. Será urgente que aproximes un barco de guerra para alejarnos del foco. O si te parece, Fierabrás, saltaremos la medianera buscando refugio en legación extranjera. ¿Y el tesoro? ¿Y mis bienes? ¡Fierabrás, Fierabrás! ¡Que dura tarea es la de gobernar a pueblos desagradecidos!

Hizo una pausa obligada por cansancio el Buen Tirano y aprovechóla Fierabrás para decir:

—Buen Tirano, la tal revolución es una falsa alarma.

—¿Qué dices? —vociferó el Dictador.

—Falsa alarma —aseguró el Jefe de la patrulla—. Diez jinetes aburridos asaltaron una finca y armaron lío por diversión. El pueblo, excitado en jarana, vió visiones y creyó llegado el momento de suplantar gobierno. Mi patrulla acabó la camorra y a esta hora los jinetes y veintitantos borrachos duermen la mona entre rejas.

—Fierabrás, tú eres digno de ser mi amigo. Dame tu mano. Esto es ser hombre y tener las borlas en su lugar. Si me mostré alterado, cosa desacostumbrada en mí, fué por obra de Milpistolas a quien ordenar procesar por intrigante y malpensado. Nada hay que más me saque de quicio que la falta de ánimo y la orfandad de entereza. ¡Que en mala hora estalle la supuesta revolución, que con cuatro valientes como tú y yo al frente, aplicaremos a la canalla insurrecta el correctivo correspondiente! La patria es sagrada, Fierabrás y a la patria nos debemos. Aquel que pretenda disolvernos, será hecho polvo. Los motineros deben aguardar órdenes superiores para actuar en su medio y si un atrevido los impele a violar la Ley, atrevido y motineros serán pasados por la cuerda del patíbulo.

¿Crees, tú, Fierabrás, en intentona subversiva?

—Buen Tirano, nadie está libre de una enfermedad —vaticinó el patrullero.

—¿Qué quieres decir? —inquirió el Tirano.

—Que para un estallido es preciso materia inflamable —respondió el subalterno.

—¿Y dónde está esa materia ? ¿Dónde la dinamita?

—En la cabeza del disolvente altanero que se nos coló por la frontera. Si me lo permitís —agregó Fierabrás— os aconsejaría la prisión del misterioso caballero de los bigotes enhiestos.

—Que te llame amigo, no te da derecho a propasarte. Guárdate los consejos y espera órdenes. Por lo pronto, irás a la cárcel y traerás a mi presencia a Milpistolas y a un sujeto apodado Feliche. ¿Sabes quién es Feliche? Pues es un pariente de Elvira la italiana, candorosa y gentil mujer que cumple su oficio en un templo de la calle Brecha. Y ahora, haz lo que te mando, Fierabrás.

* * *

Un edificio vetusto, asentado sobre rocosa costa era la Bastilla del Buen Tirano. Olas bravías estrellaban protestas contra los muros de piedra alcanzando en mordiscos de espuma los calabozos del ergástulo. Era un mar insurrecto, un mar que en terrible enojo estrellábase en la sórdida arquitectura del encierro. Un mar en rebeldía, levantado en olas, siempre en gesto airado de arrasar obstáculos y barrer la tierra de alimañas.

El agua que vomitaba el mar sobre el penal, inundaba las celdas. Los infelices inquilinos de tal desgracia, encaramábanse en las tarimas donde descansaban doloridos cuerpos.

Un olor sucio, de humedad, musgo y podre, respirábase en el siniestro caserón donde el Buen Tirano encerraba a enemigos por librarse de ellos y a fieles por capricho o antipatía.

Ventanucos clausurados por gruesos barrotes de hierro cuadrículaban horizonte y cielo encendido de estrellas en la noche. El condenado apoyábase en el vano y el mar arqueando la espalda leonada llegaba a su rostro mojando su esperanza.

Un pensionista habitaba cada celda. La vigilancia, a cargo de guardianes hoscós, de caras resquebrajadas como las paredes, y almas sombrías como la cárcel misma. Hijos de presidio, de seguro dieron el primer balido en tan triste lugar entre disparo de fusilería y monótono castigar de olas.

En tiempos de abundancia dábase a los galeotos olla podrida. Tumba de caldo con trozos de carne de vaca y carnero. A la hora del yantar, la cuadra convertíase en centro de operaciones bursátiles y era costumbre escuchar a los presos ofrecer canje con destemplado pregoneo:

—¡Cambio vaca por carnero!... ¡Cambio carnero por vaca!...

El nuevo régimen carcelario disminuyó lujos alimenticios y los presos, por razón de economía, ayunaban dos días sí y otro a medias, salvo que tuvieran con que pagar paloma asada u otra cosa para conformar el estómago.

Eran los guardianes quienes iniciaban el trato:

—¿Quiéres carne blanca y tierna, tal la de criatura reciénvenida al mundo?

Vale tanto. Se paga en moneda contante y sonante y se come con buen apetito. Apronta el metálico y te dás un banquete de monseñor.

Las palomas venían con la brisa suave y pura. Cazábanlas los guardias y en sangre y plumas, arrojábanlas al recipiente de agua hirviendo.

Los carceleros cobraban la pieza por adelantado, escamados por incidente que no olvidan, sucedido años atrás. Fué un foragido que asolaba estancias con banda criminal, sujeto por la ley a perpetuidad. Negábanle pan y agua que es lo menos que se les puede dar a los reos y desesperado de hambre, por la obligada huelga de mandíbulas, púsolas en juego en la nuez de un guardia que hacía de centinela y manducaba galleta y una que otra avecilla que le enviaba Dios a tiro de escopeta. Devoróle la nuez y la avecilla. Vistió sus ropas, cogió su fusil y huyó al despoblado de sus correrías. Descubierta tan reprochable acción, los uniformados juraron cobrar por adelantado y cerrar negocio a través de las rejas.

En esta pensión de estado fué a parar Feliche y más tarde Milpistolas y su escolta de guarda-espaldas.

Feliche gastó su dinero en merienda y al desinflársele el bolsillo ayunó como cualquier hijo de madre en presidio y sin pasta con que untar la mano interesada del guardián. Milpistolas apenas constituido en detención recibió orden de Fierabrás de desandar lo andado.

Volvieron ambos con el apodado Feliche al despacho del Restaurador. Milpistolas encogido de vergüenza, Feliche con julepe de cosa peor que la cárcel y Fierabrás con sonrisa de favorito.

—Adelántate —dijo el Tirano señalando al humillado—. Y luego añadió: Y tú, Fierabrás, espera con el pariente de Elvira en antesalas.

Cumplió el patrullero las palabras del Dictador y dejó a Milpistolas abatido de reprimendas.

El Buen Tirano simuló expedienteo y al cabo de largo revolver y entremezclar legajos, repantigóse en su asiento, encendió insolente cigarro de hoja, arrojó una bocanada de humo picante y dió libertad al reproche grosero:

—¡Mariconazo! ¡Mil azotes debiera propinarte por abribocas! ¿Cómo dejaste encender la mecha de un petardo que no era el tuyo? ¿Eres Jefe de Seguridad o espía o por decirlo al pan pan, correveidile de ambicioso aspirante al Poder? ¡Inocencia la mía en el elegir gendarmes! Otro que no fuera sentimental, daríate pena agravante de pasear por la villa ataviado con trapos de mujer, para que el pueblo supiera a que atenerse respecto al sexo que detentas.

Calló el Buen Tirano unos instantes y al proseguir ablandó voz y rostro.

—Estas cosas que te digo Milpistolas, más me duelen a mí que a tí. Siempre te consideré un familiar y como a tal te he tratado. ¿Es verdad lo que hablo, Milpistolas?

El Jefe de Seguridad por poco desanuda en llanto la emoción atascada en su garguero.

—Es verdad, Buen Tirano. Soy indigno a pesar mío de vuestra confianza.

—Me gustaría saber de tus propios labios la verdad de la amotinada.

—Solo sé, Buen Tirano, que en las primeras horas del día, en figones y recreos, gente armada mataba a gritos vuestro prestigio —expuso Milpistolas.

El Buen Tirano reforzando la dureza de sus palabras con agrio gesto, repuso:

—¿Y qué has hecho por defender mi prestigio, como le llamas, que prestigio y patria en este caso son indivisibles?

Gritar “Patitas para que te quiero” y poner pies en polvorosa. Pero, para que sepas, bastó mi presencia para anular el tumulto. ¡Se acabó la revolución! Se acabó la gresca! ¡Finó el motín! Ahora, escúchame: de tu fiel cumplimiento depende tu respiración. ¿Estás dispuesto a obedecer al Jefe Supremo?

—¡Presente! ¡Mi vida por la patria! —exaltóse Milpistolas.

—Te creo. Por otra parte no querrás meter la cabeza en corbata trenzada. Harás que la revuelta estalle la nueva semana y aprehenderás ipso facto al forastero que, según comentan, charla más de lo debido y envenena con lengua y paparruchada impresa. En el acto cumplirás mis órdenes.

—En el acto —repitió el subordinado. Y de pie, frente al Dictador, aguardó a que éste le señalara la puerta para desaparecer con firme paso militar.

—¡Fierabrás! ¡Qué pase Feliche!

* * *

Adelantóse Feliche sombrero en mano. Midiólo el Buen Tirano de arriba abajo y el pariente de la italiana dobló el espinazo y por milímetros no quiebra los cuernos en el lujoso alfombrado.

—Feliche —comenzó el Buen Tirano— jamás en tu rufianesca vida habrás puesto tu mísera humanidad en presencia de autoridad como la mía. ¿Sabes quien soy?

—El primero entre todos, Excelencia. Dios y el pueblo os ungieron con el Poder Máximo. Y si el Reglamento permite hablar a oscuros súbditos, agregaré que de vuestro corazón depende la vida y hacienda de este generoso país.

—¿Dónde has nacido? —interrogó el Tirano.

—Dicen que en Italia. Corro tierras desde que aprendí a caminar —respondió el villano.

—¿Qué lazos te unen a la moza de la calle Brecha? De tu sinceridad responde tu cuerpo.

—No más lazos, señor, que los del afecto desinteresado. Juro por esta cruz —y el mentiroso la fraguó con índices sobre sus labios— que la parentela es lejana, tanto como podría ser la hermandad en Adán y Eva. La pobre es un angel y vucencia no ignora que los ángeles exigen control por vicio de bondad que padecen. ¿Qué sería de Elvira sin mi consejo y sin la caja registradora de sus amores que es la genovesa que atiende la cancela? Elvira me tiene obediencia. Yo insinúo y ella realiza. Si por mi hubiera sido, vucencia la hubiera gustado la misma noche de su llegada a esta noble tierra.

—Me conformas, Feliche. Desde ahora nómbrote alcahuete en privanza. Acortarás la lengua y cuidarás el puchero de mis ocultas pasiones. Despídete de Elvira y ven a tomar servicio. Y antes de retirarte debes estar al tanto del código del Buen Tirano: “Guárdate de sonar las cuerdas vocales en demasía porque podrían cortársete”. “En esta tierra de baile y trifulca se cuelgan las traiciones y cúbrese con tierra las infidelidades”.

Estás enterado. Puedes marcharte.

Feliche arriesgó por segunda vez su cornamenta y retrocediendo, desapareció.

* * *

Dieciocho años cumplía la moza cuando vistió de blanco para su boda. Llamábanla la Primavera y su paso aromaba caminos y aclaraba sendas atardecidas.

Sonrisa de Dios era la criatura cuando el hombre llevóla de la mano al altar.

Milagro de Dios, protegida de Angel, niña del Destino Blanco, con trenzas de sol y rostro de color de luna.

Llegó el amor y dióle albergue cálido en su corazón. Era la bienhablada, la nunca calumniada, capullo de mujer custodiado de nubes, amparado por invisible corte azul.

La muchacha en flor íbase a desposar. Nadie nunca en la tierra

de baile y pendencia había palpitado asombro de pureza. Por designio de Dios, la bienamada brotó en campo enemigo, en parcela erizada de cardos y ortigas.

Por idéntico designio, el aire envenenado, el filoso aire, no había desgarrado la alba vestidura de su alma.

La muchacha en flor, íbase a desposar. Era de buena la bondad misma y los pájaros ingenuos en bandada marcaban su sendero con gotas de canto.

Caminito del calendario santo, sorprendiéndola el amor. Y dióse a él, como se daba a las auroras, a las nubes en llanto, al tibio mirar del sol, a la muerte roja del día, a las estrellas. Era una estrella perdida en el rincón más infame del mundo, una estrella viajera, alma misma de estrella, que es alma de moza muerta en estado de virginidad, alma de niña, alma de hermana que ignoró goces terrenos en sacrificio de madre.

La pureza del mundo, la pureza que nos abandona, asoma de noche en el vano de cada estrella.

Primavera, destino de estrella, para brillar en altura de eternidad, debía cumplir ruta de dolor.

Las lágrimas de Cristo yacen olvidadas en indescubrible lugar. Primavera hubiera hallado el tesoro, de no oponerse el hombre, indigna bestezuela. Los ojos de la tierra de baile y pendencia no podían mirar sin ofender a Primavera. El Buen Tirano, a pesar de ello, la ultrajó de mirada y de deseo.

Ibase a desposar la muchacha en flor y el Buen Tirano la soñó suya en alcoba de casa de citas. Mas quiso la Providencia que Primavera se casara, vestida de blanco, tan bella con sus trenzas de sol y su rostro de color de luna.

En un recodo, agazapado en infame pasión, acechaba el Buen Tirano.

* * *

Milpistolas buscó a sus guardaespaldas en la cárcel y fué a cumplir el recado del Amo. En hospedaje de mediana tarifa aposentábase el forastero misterioso. Dieron con él en hora inoportuna pues ocupábase en aleccionar con cosméticos las guías de sus bigotes. En tarea de acicalamiento lo sorprendieron y sin concederle tiempo para limpiar de cremas su facha, fué llevado ante el Jefe Supremo.

Viólo llegar el Buen Tirano y ofrecióle acogida con descarado sonreír. El forastero asumió altiva actitud. Y sin aguardar, como lo marca código servil, la palabra del mandón, exigió explicaciones por el atentado contra su persona:

—¿Qué significa ésto, señor? ¿En que país estamos?

—En país de baile y pendencia donde los mayores tienen

primacía de palabra. Espera a que te pregunte pues eres tú quien debe responder.

Incorporóse en el sillón el Buen Tirano y con encendida ira continuó:

—Esta es tierra de jácara. ¿Quién no lo advierte al transponer sus fronteras? Es tierra nuestra donde nadie sino nosotros mismos, tiene derecho a sentar jurisprudencia. Yo la represento, yo soy el Poder Máximo.

¿Quién eres tú?

—Soy apóstol de nuevo derecho y aliento en el tragín de humanizar al hombre. Con patente de deportado libertario dicto cátedra a las masas. La burguesía me odia, las castas privilegiadas me persiguen. Empero, aborrezco la violencia y encauzo la lucha de clases por vía constitucional. Es preciso renovar la legislación y dar al pueblo lo que al pueblo pertenece. La juventud me acompaña y aún cuando así no fuera, ni la cárcel, ni el azote, ni la metralla, detendrían mi luminoso andar.

El Buen Tirano socarrón colgaba sus ojos de los bigotes del redentor.

—¿Crees en Dios? —preguntóle.

—Creo en el hombre —respondió el iconoclasta.

—Discrepamos, forastero. ¿Crees en la familia?

—Sí, más es urgente consolidarla completando su régimen legal. ¿Existe en esta tierra el divorcio, por ventura?

Rió el Buen Tirano de la ingenuidad del tipo.

—¡El divorcio! ¡Valiente galimatías me traes! Líos de cónyugues ventílanse detrás de la puerta o en campo raso, más son aquellos a quienes atañe el pleito los llamados a resolverlos. Y ahora, ahueca el ala, por no decir los bigotes, forastero y vete con fesco viento. Habla si quieres, al pueblo, y sufrirás desengaño de carcajeo y hortalizas.

El idealista corrido dejó al Tirano con su burla y regresó al hostel. En su aposento reanudó la compostura de su rostro y preparóse a ensayar gesto rebelde para arrojar ante el pueblo su apóstrofe viril a los tiranos.

Entretanto el Jefe Supremo de la tierra de baile y pendencia dábase golpecitos en el abdomen degustando por anticipado festín y farra de media noche.

* * *

Inicióse el bullicio en la plaza antes de lo acostumbrado. Una atracción reforzaba la voluntad de reir de la pacífica gente y era el número divertido del apuesto hereje. Encaramado sobre una mesa de fonda, el orador fogoso inauguró la perorata con interesada salutación recibida en silencio de duda, pues el pueblo escuchaba

en titubeo de seriedad y de risa.

La tremolina armóse al llegar al tópico del hogar y el trabajar. El subversivo aludió en metáfora a flacos y gordos alegando que el festín de los menos traía el hambre de los más.

Discurriendo así, en progresiva cólera, arribó a la afirmación de su programa justiciero: “El que no trabaja no come”.

En este preciso punto y aparte, prodújose la profecía del Buen Tirano. El pueblo, sintiéndose lesionado en su más caro anhelo, prorrumpió en estrepitosas carcajadas apedreando de interjecciones y denuestos al personaje de la oratoria inflamada.

—¡Embaucador! ¡Muera el trabajo y quien lo inventó! ¡Abajo el maximalismo!

Insistió el odiado de la burguesía con serenidad a prueba de contratiempos y durante el transcurso de su exposición, la gente apeñuscada en la plaza colmábalo de agravios sin conseguir que se diera por aludido.

En los últimos capítulos de la inútil charla, el pueblo limitóse a reír a sus anchas prolongando la bulla con batir de palmas, engaño de aplausos que reconfortaba el vapuleado ánimo del hombre sin prejuicio de ridículo.

En pago de tanto disparate, los juerguistas en racimo ofreciéronse a brindar con el doctrinero en alegre mancebía y de la disputa sobre quien lo acompañaría, dieron la última boqueada cuatro de ellos y estuvo a pique de imitarlos el sujeto de la referencia.

Despuntó el día con olor a chamusquina y entusiasta tiroteo.

* * *

Las mujeres besábanle las manos, los niños hacíanle cola, los hombres abríanle paso a fuego. El Buen Tirano sonreía a las mujeres palpando a las de su gusto arrojaba puñado de monedas a los arrapiezos, desarrugaba su ceño a los perdularios.

Cantores canallas hilvanaban décimas cojas en su honor, con guitarrero y cochino alarde de guapeza, haciendo caras bonitas a cada ditrambo en jergonza. Y frailes doctos en latines componían sermones y oficiaban en altar mayor la devoción al Buen Tirano.

Dábase el suceso en alguna noche del borracho hipante manchando en un vómito al Restaurador, más siempre el curda fué castigado en presidio donde le zurraban la badana hasta hacerle extraviar el escasísimo conocimiento que usaba a diario.

Camino de la mancebía de la calle Brecha el Buen Tirano tropezó con Feliche. El pariente de la barragana Elvira inclinóse cuanto se lo permitió el pavimento aguardando orden del Amo para recuperar la línea vertical.

—¿Vienes de la mancebía, Feliche? —inquirió el Buen Tirano.
—Fuí a llevar paz a la atribulada Elvira —repuso la voz compungida del intermediario.

—¿Había clientela en turno?

—Habíala, Señor, más palpitando el honor de vuestra visita mandé echar a los parroquianos y cambiar muda de dormitorio. La Elvira es leal a vuestrencia y rogóme recado de premura para el Buen Tirano —agregó Feliche.

—Gracias por la alcahuetería, compadre. Mañana quiero verte por encargo grave. Será el primero que te encomiende. Si eres listo y no chambón, harás carrera a mi sombra. Vete con Dios.

Doblóse el chapucero y antes de levantar cabeza, perdióse el Buen Tirano con su custodia en la arbolada calleja.

Galopando en el viento le llegó eco adulón:

—¡Viva el Buen Tirano! ¡Viva el Restaurador de las Leyes!...

En la puerta entrecerrada del quilombo, la genovesa permanecía alerta para dar paso franco al dictador. Y la retozona Elvira, encamada.

* * *

Desquitábase el Buen Tirano de su mal deseo por la muchacha del destino blanco, en revuelco prostibulario. Bebía más de la cuenta, rodeábase de gente nacida para descrédito de la humanidad, granujas y sabandijas, contratistas de bufos y mamacallos para hazmerreir del dolorido, que, a la poste, enviábalos con mil diablos a la pocilga enquistada a la vera del mar.

Frase maligna tuvo el Buen Tirano para la gentil desposada, tan bella con sus trenzas de sol y su rostro de color de luna. Y fué así que en día de amor, el feroz desairado nubló de lágrimas miradas jubilosas, encarcelando al hombre que diera albergue cálido en su corazón la niña protegida del ángel.

Cumplida la venganza del mandilón, llegóse Feliche a buscar recado. Dióle familiar trato el déspota y confianza al oído que entendió el alcahuete con agradecido sonreír. Púsole el amo la mano sobre el hombro con la última instrucción:

—Te aposentarán mis guardias en el mismo calabozo. Fingirás lengua viperina para calumniarme y te allegarás la intimidad de ese hombre. Conseguido lo que te propones, abrírasle tu pecho enhebrando la mentira de tu conquista y de la ruín infidelidad de la orgullosa. Lo demás, lo hará el destino...

Con cadenas y grillos, Fierabrás y sus patrulleros arribaron a la Bastilla y alojaron al inescrupuloso en la misma pocilga donde purgaba inocencia el hombre amado de la muchacha en flor.

Armóse la tremolina de acuerdo a los deseos legalistas del Buen Tirano. Compactos grupos de revoltosos contratados ocupaban militarmente bodegones y recreos enarbolando en arrebatado alcohólico banderola de rebelión. A través de los visillos de su alcoba, atisbaba el doctrinario. Ligero temblor movía las guías de sus extraordinarios bigotes.

Escaramuzas de pólvora habíanle obligado a saltar del lecho. Su rostro en color de miedo denotaba que no las tenía todas consigo.

Cumplida que fué la táctica del saqueo, la gentuza en armas encaminóse a la plaza mayor vomitando gritos contra el Buen Tirano, el orden social, la familia y los acreedores.

A la cabeza de la tambaleante columna, marchaba el cacique negro conocido por “Te peleo” en todo el territorio del baile y de la pendencia.

“Te peleo” era hombre de falsas alarmas. En un quítame estas pajas preparaba espectáculo de guerrilla, reunía sabandijas en montón, encendía bombas de estruendo y lo mismo se le veía en campo enemigo que mezclado entre las tropas del gobierno.

“Te peleo” disponía de petardistas, regicidas, testigos falsos, asesinos dispuestos a sacar la cara por cualquier crimen y otras gentes de menor representación e igual audacia. Creíase descendiente de nobles y usaba escudo funerario de tibias entre cruzadas. Con tal membrete solía extorsionar en ratos de ocio a ex marineros enriquecidos y patronos cargados de plata.

Ahora, por trato estipulado con Milpistolas, veíasele al frente de turba pagada con dineros del Estado, esgrimiendo en alto filoso sable, bisturí de su ciencia canallesca con cuya ayuda habíase desahogado en odios y abierto paso en ambiciones repetidas veces.

La tropa mercenaria adelantóse hacia la sede del Buen Tirano. Desde la pequeña torrecilla que remataba el palacio, una mirada escrutadora descendía en revista de escuadrones.

La farsa andaba bien. Mas ¿porque no arreciaban blasfemias contra su poderío? El Buen Tirano exigía más calor en el griterío y más enardecimiento en la chusma que dentro de instantes habría de arrodillarse ante su figura.

El cacique negro agitó el estandarte y la tropa mercenaria estalló frenética y salvaje:

—¡Viva la Constitución! ¡Muera el Tirano!

El Buen Tirano atuzábase la pelambre de su bigotera. A su lado, Milpistolas se restregaba las manos con satisfecha felicidad.

Una piedra certera hizo añicos los cristales de la torrecilla. El Buen Tirano masculló una frase procaz:

—¡Las revoluciones reglamentarias se hacen con balas de

foguelo, Milpistolas! ¿Cómo permite el cacique estas violencias?

Descendió su mirar y vió abrirse paso entre la turbamulta al cacique negro, armado de un garrote. “Te pelea” fué hacia el hombre que arrojó la piedra y sin decir agua va descargóle un tremendo garrotazo que partió su cabeza. El hombre de la violencia se desplomó entre el frenesí alquilado de los bigardones en falsas armas.

Desde la torrecilla, el Buen Tirano aprobó el castigo ejemplar.

—¡Muera el Buen Tirano!...

Inicióse el tiroteo con balas de foguelo y Milpistolas a un adeán del Buen Tirano ordenó la respuesta con plomo y metralla.

Caían los subversivos de paga, revolcábanse en sangre y estiércol y el horror paralizaba sus piernas y ahogaba los gritos estipulados.

La voz de “Te pelea” levantóse enérgica y tremenda:

—¡Malditos! ¡Asesinos! ¡Esto no es lo convenido!

La insurrección constitucional fué ahogada en sangre y presos sus cabecillas. Entre éstos hallábase “Te pelea” y nueve caudillos contratados de menor cuantía.

* * *

Sobre jergón carcelario reposaba sus cuitas el prisionero. Imaginaba mil motivos de condena sin llegar a comprender el crimen que lo había llevado a tan triste lugar. Desde el día aciago de su ingreso al tormento, el hombre entregóse al severo examen de su conciencia y al no hacer hallazgo de culpa, salvo los menudos reproches de los que no tiene escapatoria ningún mortal, mesábase los cabellos, estallaba en justa ira, mordíase los puños, para caer de inmediato en angustiosa postración.

Rodeado de extraños en tan extraño e infame caserón, resguardaba su recuerdo en silencio grave y no hubo esbirro ni mandadero del Buen Tirano que se atreviera a dirigirle palabra, tal era el respeto que imponía su actitud.

En cierta hora el cuitado escuchó estallido de ruines palabrotas. Una voz pornográfica manchó el silencio y un grito la persiguió:

—¡Calla, renegado!...

—¡Renegado, tu padre!...

—¡Vete a la requete!...

Cercenó el insulto una bofetada. El castigado clamó:

—¡A mí, guardias!...

Hubo remolino armado y ruido de cerrojos en la celda del infeliz prisionero. De un empujón introdujeron en ella a Feliche golpeándolo de frase:

—¡Adentro, bazofia y olvídate de que tienes estómago!

Feliche trastabilló y fué a parar junto al jergón de húmeda paja

donde desesperábase el inocente enjaulado.

—¡Malditos! ¡Chusma contratada! Perros del tirano! ¿Así tratáis a un hombre honrado por el delito de pensar por sus cabales?

Cerróse la puerta y el pájaro lloriqueó, maljuró y berreó a su antojo hasta que en un paréntesis recibió condolencia del compañero de jaula.

—¿Porqué os trajeron aquí? ¿Podéis decirlo?

Feliche se recompuso. Hízose el lastimoso sufriente tímido y balbuceó con vergüenza.

—Por capricho de un mandón y por amor a una mujer.

—¿Por amor a una mujer venís a parar a este inmundo y olvidado encierro?

El gran farsante movió su testa asintiendo.

—¿Qué otro crimen pude haber cometido? ¿Qué mentiroso vil se atrevería a señalarme con índice acusador? Por amor a una mujer que desea el tirano. Eso es todo. Si en algo coincidimos el mandón y yo es en el encanto de la dama.

—¿Tan hermosa es?

—No hizo Dios otra igual. Está hecha de cielo y de sol y de estrellas y de luna. Ella fué mi traspies.

—¿Estáis arrepentido, por ventura, de haberla amado?

—Digo mi traspies —murmuró Feliche— porque ahora padezco castigo. La doncella que dejó de serlo por culpa mía, estaba en trance de desposorio...

Feliche puso el dedo en la llaga. El prisionero cubrióse el rostro con las manos y su garganta ahogó viril sollozo.

—También yo tenía el amor a mi vera.

—¿Porqué estáis preso?

—¿Puede saberlo un hombre que no ha hecho mal a nadie? La felicidad cabía en mi corazón y alumbraba mi alma, me separaron de ella las rudas manazas del calabocero. ¿Qué será de mi niña del blanco destino?

Feliche intentó infructuosamente una lágrima. Luego, como quien acepta las vicisitudes de la vida, golpeó con su puño su rodilla y dijo:

—¡En fin, caballero, que es triste vivir penando cuantimás por una mujer. ¿Vale acaso la amargura del hombre el frágil amor? Entrégase uno al dulce sonreír y cegato y loco hace el bobo sin caer en la cuenta de ello.

—¿Porqué habláis así?

—Porque todas las mujeres han sido cortadas por idéntica tijera, señor mío. Ya veis: la que fué mía engañaba doncellez al hombre que la llevaría al altar. A solas conmigo reíase de sus afanes y hacía burlas crueles del pobrecillo en lúbricas posturas. Diérame fama de inocencia el rubor de sus mejillas y la claridad de su mirada. ¿Habrás visto cosa igual? Cualesquiera juraría por su

virginidad en engaño de alumbra. Empero, para el hombre enamorado no existía otra doncella a lo largo de toda la Alameda.

—¿La Alameda decís?

—Digo la Alameda porque en ella mora la fermentada moza. ¿La conocéis por desventura?

El prisionero palideció. Pidió detalles, exigió pormenores, rogó a Feliche que relatara con pelos y señales cuanto a ella se refiriera y al cabo, con los ojos saltones, las manos temblorosas, el cuerpo como electrizado, levantóse y mesándose los cabellos prorrumpió en copioso llanto. Mojadas palabras escapáronsele de entre sus labios:

—¡Es ella! ¡Criatura de barro y cieno! ¿Qué maldición caerá sobre su alma perdida?

En la noche escuchábase el sollozar del preso. A la madrugada, cuando el calabocero asomó su perfil en la celda, hallólo inerte sobre el sucio jergón.

Una mancha roja extendíase sobre sus ropas. El infeliz engañado por la lengua vil del alacahuete habíase cortado las venas.

Mucho se espantó Feliche del epílogo de su mentira, más, como tenía presente la amenaza del Buen Tirano optó por evitar comentario al infausto suceso.

* * *

El Buen Tirano durmióse a pata ancha y despertóse de excelente humor. A poco del desperezo llegó el barbero, mocito recién casado y ya cornudo, y rejuveneciolo con tinturas y cremas, taponando arrugas y ennegreciendo canas.

Tanta caricia iba y venía de las manos del barbero que el Buen Tirano que no había tenido a menos echar una cana al aire con la mujer del servidor, hablóle en confianzudo tono:

—Insiste en los bigotes que son el mejor ornamento de un general en funciones.

Ríole el rapabarbas y el Buen Tirano reprendiólo:

—No chanco, currutaco. Dígate que insistas en los bigotes no sea que me los despinte la lluvia o el resobado besuquear de la corretona Elvira. ¿No has oído hablar por un si acaso de Elvira, la de la calle Brecha? Es lo que se llama una real hembra. Pónle chapapote a mis guedejas que hoy día será mi viva la patria con la festiva moza.

El escuchimizado barbero conformó al Buen Tirano con triple pasada de tintura. Sintióse pinturero el dictador y dándole dos golpecitos en la espalda que lo hicieron trastabillar, hablóle en zalema:

—¡Vamos, pimpollo, que esto se llama ser patriota! Dile a tu

mujer que me visite pues quiero darle el premio que mereces.

Curvóse el pez y el Buen Tirano aprovechó su trasero para quitarle el polvo a sus charoladas botas.

Con los últimos retoques a su figura exigió la presencia de Milpistolas. Desde el espejo le otorgó venia:

—Acércate, mingo. ¿Qué hay de lo de ayer? ¿Impesionó la tremolina?

—Excelencia, el pueblo es ducho en tramoyas y puede creer en farsa de insurrectos.

—¿Pues no está en presidio la pipirijaina?

—Lo está, Buen Tirano, más toda la chamuchina de esta tierra se agolpa a la espera de la sentencia de muerte. ¿Será también engaño el fusilamiento?

—¿Cómo presupones que el ejército se preste a este juego? Habrá que fusilar a los contratados como si fueran rebeldes de verdad. De otra manera sería jugar con la dignidad del uniforme que vestimos, Milpistolas.

—El cacique negro presiente su suerte y chilla, Excelencia.

—Arráncale la lengua al benemérito y en paz. Preside tú el Consejo de Guerra y déjame entregar al deleite con la guapa Elvira sin que mogollón indiscreto me eche a perder la fiesta. Que se les juzgue y fusile sobre el tambor para escarmiento de subversivos y solaz del populacho. ¿Entendido?

Milpistolas dobló la testa y el bandido mujeriego fuése a la mancebía de la calle Brecha.

* * *

Irritación de guardarropas sufría el jovenzuelo cornúpeto. Presentía en cada mueble la ocultación de un amante de su mujer y al cabo de desconfiar llegó a ser casi hombre de goma de mirar asustadizo y actitudes sigilosas. Pregustando el drama conyugal de sentirse engañado penetró el barbero en su casa y emprendióla con su mujer.

—¿Qué líos verídicos hay entre tu y él? ¿Anda mi honra por la alcoba del Buen Tirano? Habla, impura o te corto la aorta con la misma navaja que uso para rasurar al General.

Dió un brinco la adúltera espantada y rodó sobre el ruín alfombrado.

—¡Ay, que me hiere el bruto! ¡Ay que calumnia mi honradez! ¡Ay, que me mata el asesino!

Apaciguóse el cornudo y endulzando la voz en conquista advirtióle:

—No es tu honradez sino la mía, mujer, la que peligra. Vamos, confiesa: ¿te has entregado por violencia o por propia voluntad? ¿No alcanzaba, por ventura, el tamaño de mi amor para tu instinto?

La mujer apabullada escondió el presunto pudor entre las manos y gimoteó:

—Fué por tí, mi precioso. Fué por darte el premio de su privanza.

Besóla en la nuca el marido y se hizo la paz conyugal en el lecho.

El mozo barbero resplandecía de felicidad pues la confesión de la mujer alivióle el alma puesto que lo diplomaba en el compadecido oficio de cornudo y título tal aumentaba sus privilegios en la tierra del Buen Tirano.

De buena gana divulgaría su desgracia a los cuatro vientos. ¡Con que grande voluptuosidad largaríase a desparramar tarjetas de visita que pregonaran su magnífica posición de cornudo!

Después de la siesta tiróse de la cama y mientras la mujerona ocultaba las partes pudendas, aconsejola:

—Vete a Palacio y procura ganar un nuevo y reluciente galón más para tu esposo y señor.

La mujer acicalóse y se marchó para retornar con fracaso de insinuaciones deshonestas por no encontrar al Buen Tirano que en esos instantes hacía algo por la patria en la pieza entufada de la barragana Elvira.

* * *

La víspera de la ejecución de los insurrectos, el Buen Tirano dió urgente cita a Fierabrás y Milpistolas.

—Os he mandado llamar —díjoles el Dictador— porque cuando se hallan en juego los altos intereses de la patria no hay que desdeñar consejo de antiguos y fieles servidores.

Cuadráronse los esbirros y el Buen Tirano prosiguió:

—No se trata como podríais suponer del subversivo al cosmético a quien pienso dar changüi mientras le armo la cama. Trátase del pedido de expulsión de los indeseables elevado ante mí por vosotros. ¿Qué os proponéis con esa solicitud? Quiero saberlo.

Milpistolas arriesgóse a exponer sus puntos de vista.

—Excelencia, los indeseables son los que viven del hurto y de otras yerbas.

—¡Ah, inocentes pistoleros! ¿Habrá que expulsar entonces a toda la parentela? Y a más de ésto, os pregunto: ¿qué será de vosotros sin ellos? ¿No comprendéis que vuestra pitanza depende de la existencia de bribones? ¿Ignoráis el origen de la policía?

Corridos los esbirros no atinaban a despegar los labios. El Buen tirano indicóles asiento con un ademán y prosiguió:

—Os haré una narración al cabo de la cual veréis cuanta importancia tiene para vosotros el inefable gremio de ladrones y holgazanes. Escuchad.

Preparó el Dictador certero salvazo; limpióse la teñida bigotera y comenzó el relato de esta manera:

—“En una isla olvidada la vida transcurría placidamente. Nunca epidemia alguna asoló la tierra feliz ni tampoco gimio miseria ni sufrió desdicha. Los hombres ganaban el sustento con el propio sudor; las mujeres cuidaban de los hombres en el hogar y no había otra emoción en la isla que la repetida aventura de dos ladrones controlada por un jefe de policía y un vigilante.

El jefe era un hombre mofletudo, leve de ideas, sin más allá que el día sereno y la noche con buen sueño. El vigilante era, físicamente, el reverso del jefe. Maculenco, larguirucho, diligente, a pesar de su excecicismo de gloria, pues tenía por sabido que nunca dos inocentes bribones dan posibilidad de hazañas heroicas.

Los ladrones traían la honrada profesión desde la cuna, pues en la parcela de tierra ignorada el oficio era hereditario.

Aún cuando cargaban con este antecedente genealógico, carecían de las nociones elementales de los malandrines de todas las épocas y desconocían las mil y una manera de hurtar sin caer en las zanjias del código. Pícaros en humildad los dos perdelarios saciaban urgencias que pagaban puntualmente con resignada cárcel.

Tocándoles el corazón, el jefe obtenía la confesión de la culpa, porque estos dos ladronzuelos de la isla inédita eran dos ladronzuelos románticos que amaban las decoraciones sentimentales”.

El Buen Tirano puso a prueba sus pulmones.

—Ahora veréis venir lo gordo —dijo a los cachafaces galoneados —y continuó el relato.

* * *

—“Cierta vez llegó a la isla feliz un extranjero. Fuése cogitabundo al despacho del jefe y el reconocimiento del parentezco cercano que los unía vino después de las primeras horas.

—¿Qué haces? ¿En qué te ocupas? —preguntóle el Jefe.

—A eso vengo —respondió el pariente—. A conseguir mediante tu buen oficio una plaza de vigilante.

—No es posible —contestó la autoridad de la Isla—. Y no por temor de incurrir en nepotismo sino porque para dos ladrones nos bastamos nosotros.

El pariente postulante inquirió con ahogado suspirar.

—¿No habrá una solución? ¿Tendré que colgarme del primer árbol?

El jefe meditó. No se le escapaba la gravedad del asunto y además estaba en juego la vida de uno de su familia. Al cabo,

habló:

—Necesitamos un ladrón, ¿entiendes? Con tres ladrones se justificaría un vigilante más. Vete y vuelve con el primer pillo que encuentres a tu paso. El pariente marchóse y volvió al otro día con un sujeto sospechoso que parecía un escapado de presidio.

Y hubo en la isla feliz un ladrón y un vigilante más.”

Milpistolas, aunque no venía al caso, creyóse en la obligación de emocionarse y enjugóse una lágrima en su hiócrito ojo de vidrio.

El Buen Tirano, seguro del efecto de su relato, prosiguió:

—“Y vino otro pariente en acongojada solicitud de empleo y marchóse y volvió con otro ladrón. Y hubo en la isla otro ladrón y otro vigilante más. Y así fueron aumentando vigilantes y ladrones hasta que fué llegado el día en que los ladrones formaban numerosa banda y la policía vasta organización.

Inventáronse secciones de Seguridad Personal y Robos y Hurtos y Ordenes distintos en complicado y costoso engranaje burocrático.

Y los ladrones robaban y los perseguían y encarcelaban. Y recuperaban la libertad purgada la pena o la coima y reincidían en el robo y en el calabozo. Y seguían aumentando los ladrones y los vigilantes en la isla feliz.”

* * *

—“Un domingo de débil sol surgió en la plaza un hombre de aspecto misterioso. Vestía un indumento desusado y llevaba bajo el brazo un libraco de tapas negras. Dijo a quien quiso escucharlo que era un misionero y que andaba por el mundo por designio providencial para repartir entre los hombres la palabra salvadora, la dulce palabra del Justo.

Los hombres que lo escuchaban y pecaban en el robo rieron estrepitosamente. Persistió el misionero y fué tal su insistencia que al fin lo escucharon. Y dijo el misionero a los ladrones:

—¡Oh, infelices que sacrificáis la paz eterna en el pecado de cada hora! ¡Salvad vuestras almas, míseros ignorantes del cielo y del infierno!

Los hombres ya no rieron. Y todo ese público ruín de ladrones recibió emocionado la voz del misionero y juró no volver a pecar.”

Y cada ladrón convirtiéndose en un hombre honrado y desaparecieron los ladrones de la isla feliz.”

—¡Qué desbarajuste! —exclamó Fierabrás.

—Eso es lo que dijo el jefe de policía —respondióle el Buen Tirano—. Y continuó la narración.

* * *

—“¿Qué hacer con tanto vigilante desocupado? ¿Cómo justificar cada plaza si no existían delincuentes en toda la extensión de la isla? ¡Ah, ese misionero!

—¡Maldito sea! —rugió Milpistolas para complacer al Tirano.

—Calmáos —dijo el Dictador—. El misionero fué deportado por ser culpable de esa situación y los ladrones que capitaneaban las distintas bandas fueron llevados a presencia del superior.

—¿Qué es éso? —gritó el Jefe de Policía al verlos entrar en su despacho—. ¿Os negáis a continuar el oficio? ¿De qué vais a vivir, holgazanes, incapaces de ganar el diario sustento?

Uno de los ladrones adelantóse y dijo con voz clara y terminante:

—Robar es pecar y nosotros estamos dispuestos a regenerarnos por la salvación del alma.

—Eso es rebeldía pura —clamó el Jefe—. Y viendo que no sacaba nada a las malas pidió y suplicó que volvieran las cosas a su lugar adobando el ruego con falso lagrimeo al narrar la desesperada inactividad de los vigilantes.

El ladrón que había hablado se mantuvo en sus trece y el jefe quedóse en su despacho apenado por su situación, aplastado por el peso de ese enorme edificio que se derrumbaba.

Al cabo del tiempo los vigilantes perdieron sus plazas y quedaron también en el desamparo el jefe mofletudo y su auxiliar maculento pues los dos ladronzuelos románticos resolvieron a inaugurar un ciclo de honradez en sus respectivas familias.

Y los vigilantes barbudos y famélicos se hicieron ladrones.

Y los ladrones candorosos e inefables se hicieron vigilantes.

Y otra vez hubo en la isla inédita vigilantes y ladrones.”

Aquí terminó el relato del Buen Tirano seguido de alabanzas ineresadas de Milpistolas y Fierabrás.

—¿Tengo razón —díjoles el general— al no acceder a vuestra solicitud? ¿Qué haríamos nosotros, pregunto yo, si la gente miserable se decidiera a ser honrada?...

—Vuestra Excelencia es un preclaro estadista —balbuceó Fierabrás.

—Un faro luminoso... —agregó Milpistolas.

El Buen Tirano púsose de pié y ordenó a sus esbirros que continuaran en el juzgamiento militar de “Te peleo” y los demás caudillos contratados que rugían de rabia e impotencia entre los gruesos barrotes de la cárcel.

* * *

En las tabernas de la tierra de baile y pendencia murmuraban temores de sangre los enemigos del Buen Tirano. Unos proclamaban en alta voz que la revolución no fué otra cosa que

parodia y que el Gobierno no se animaría a ordenar el fusilamento de los revoltosos a sueldo, otros, disenting and exulting swore to avenge the punishment that the prisoners would suffer.

A uno que aulló:

—¡Muera el vejete pintarrajeado! ¡Abajo la senectud teñida! ¡A colgar de un farol al general prostibulario!

Lo arrastraron de los cabellos por entre el gentío, dos polizontes disfrazados de gente honrada y pacífica.

El Gobierno del tirano —se oía a trechos— se defiende con la violencia. Encárcelase porque sí y luego niegan los nombres de los apresados.

Un herald del Dictador anunció la sentencia de muerte recaída en los caudillos capitaneados por “Te peleo”. El “Cúmplase” del Buen Tirano era una determinación que nadie podría torcer.

Los condenados tenían apenas una hora de vida para quedar bien con Dios, si así lo deseaban, mediante la intervención de un fraile que solía utilizar el Buen Tirano en sus inclinaciones poligámicas.

En la cárcel, los rebeldes asalariados hacíanse cruces. “Te peleo”, con ronca voz, conmovía los cimientos del ergástulo:

—¡No es lo pactado! ¡No nos pagaron para matarnos! ¡Asesinos!

Milpistolas se acercó a la reja y procuró calmarlo:

—Cállate, “Te peleo” que todo es farsa. Te fusilaremos con bala de fogueo. Quédate tranquilo.

“Te peleo” comprendió al instante. Era preciso continuar el melodrama para no dar lugar a dudas al populacho embravecido. Y por entre los barrotes extendió su manaza callosa y peluda a Milpistolas.

* * *

Formó el cuadro de ocho tiradores en el pequeño patio carcelario y el alba apuntaba cuando surgió por el lóbrego pasadizo la cadena de los condenados a sufrir pena capital por levantarse en armas contra el Poder.

Uno detrás de otro marchaban con ruido de grillos los revolucionarios de la farsa. Por la empalizada del penal veíanse asomar los ojos curiosos de la chusma ávida de degustar el gratuito espectáculo de la simultánea ejecución de diez caudillos.

A la cabeza de la fila adelantábase erguido el busto “Te peleo”. Habría andado cincuenta pasos cuando dióse vuelta y dijo al que le seguía en voz baja que recorrió la cadena:

—Ya lo sabéis: cuando hagan fuego os echáis al suelo y esperáis que la ambulancia cargue con vuestros cuerpos. ¡Ojo con el menor movimiento!

En el rectángulo donde se hallaba la soldadesca un militar rechoncho y petizón dió la orden de alto. Calóse unos lentes sobre su vitivinicolizado apéndice nasal y su ejemplo fué imitado por un grupo de ancianos graduados que lucían sendas condecoraciones, como si pretendieran con esta actitud otorgarle mayor seriedad a la fúnebre ceremonia.

El militar rechoncho desenfundó un expediente y comenzó su lectura en tono severo y sumario, relatando el porqué de la sentencia y finalizando con el “Cúmplase” del Buen Tirano.

“Te peleo” dió un paso adelante y uno de los ancianos pegó asustada voltereta al tiempo que gritaba:

—¡Sujetadle! ¡Sujetadle!

Mirólo el caudillo negro y moviendo la testa sonrió.

—¿Qué tenéis que decir? —preguntóle el anciano recuperándose.

—¡Que muera el tirano excrementoso y puerco!

El fraile con la cruz en alto pidió a los galeotos en trance de muerte el arrepentimiento para aspirar al perdón divino.

—¡Ve a confesar a tu abuela!

—¡Anda y llévale la vacinilla al déspota!

—¡No queremos frailada!

Corrióse el ministro del Señor y fué a ocultarse detrás de Milpistolas. Cuando la cadena de sublevados de paga extendióse a lo largo del muro, el caudillo negro elevó su mirada a la empalizada de curiosos y dijo:

—¡Veréis morir a un valiente por la causa de la libertad!

No terminaba esta frase cuando el sargento que mandaba el pelotón pronunció la palabra definitiva:

—¡Fuego!...

Una descarga simultánea tumbó diez cuerpos. La muerte cercenó de un golpe la vida de diez hombres. Llegó la ambulancia y cargó con el montón de cadáveres.

La advertencia de “Te peleo” era inútil, puesto que los infelices contratados estaban fuera de toda duda imposibilitados para todo movimiento.

Dentro del penal resonaba eco trágico. Eco de aullido; espantado eco de terror y protesta.

La Justicia había cumplido con su deber en salvaguardia del orden en la tierra del Buen Tirano.

* * *

Hubo zipizape en la plaza pública. El demócrata vocinglero apostrofaba a la multitud zurrapianta con incendiada y colérica palabra.

—¡Esclavos!

Avinada interrupción provocó tumulto y trompis.

—¡Cierra el pico, trapalón!

El insulto pasado por alto no melló el discurso del hombre de los mostachos.

—¡Esclavos! ¿Cuándo os decidiréis a romper vuestras cadenas? No vengo en lisonja sino a revelaros la verdad de vuestra triste condición de serviles. La libertad depende de vosotros y en vuestra manos está el ejercitarla. Exigid elecciones libres y derrotad al tirano en las urnas. El voto es arma civilizada para abatir déspotas.

—¡Queremos elecciones! —coreó la turba.

—¡Zambomba! ¡Si llega a oídos del Ilustre Restaurador no cuenta el cuento!

Floreóse el demócrata vocinglero alardeando idealismo con palabra inflamada y estudiado ademán. Ora atuzábase las enhiestas guías de su bigote; ora peinaba su melena. Bigote y melena, insustituible truco, maravilloso golpe de efecto, valioso complemento para captar entusiasmos populares.

¡La morralla berreaba a sus anchas. El acicalado constitucionalista explicó su programa con voces no escuchadas por la gentuza y entre grito y vitoreo fué paseado en andas el ayer nomás silbado y beñado, por dos forzudos pelagallos que se turnaban de trecho en trecho.

Sobre los hombros vírgenes contoneábase el orador bravío, con su chambergo provocativo y su pasatista apostura de caballero de espadín y calzón corto.

Desde su torrecilla, entre Fierabrás y Milpistolas, atisbaba el Buen Tirano. Hasta su austeridad de militar encaramado en el Poder llegaba clamoroso eco:

—¡Queremos elecciones!... ¡Queremos elecciones!...

—He aquí la canalla desagradecida —comentó el Restaurador—. ¡Elecciones! ¿Es que acaso la patria es bocado de negociante de intrigas? Antes me cortaré la mano que firmar convocatoria que llevaría al país al declive de la política atravesada y dañina. Sólo sé de un hombre patriota y virtuoso que puede sobrellevar por espíritu de sacrificio la pesada carga del Gobierno y ese hombre soy yo. ¿Qué opináis, vosotros, senescales?

Fierabrás y Milpistolas no abrieron la boca por prudencia y temor de compromiso e inclináronse respetuosamente. El Buen Tirano, presa de enojo, pronunciaba maldiciones contra la tanda de granujas vociferadora.

—¡Milpistolas! Hágote cargo de la gravedad del momento y otórgote poder para barrer la gorrionera. Volverás a traer ante mí al charlatán que ha torcido el ánimo del pueblo.

Cuadróse Milpistolas y desapareció. El Buen Tirano emprendióla con Fierabrás, hablando de prisa, como si el don de la palabra le perteneciera con carácter exclusivo.

—¿Qué haré con el subversivo avieso? ¿Cómo librar al país de la polilla constitucionalista? Si lo mato, dirán que fué un mártir de su causa; si lo meto preso, clamarán por su libertad; si lo destierro, germinará su semilla en el estiércol de la chusma. Será preciso confiscarle el prestigio. ¿Qué opinas de esto, Fierabrás?

Fierabrás asintió:

—Habrá que confiscarle el prestigio, Excelencia.

—¿Y sabes cual es el prestigio del demócrata vocinglero? No es uno solo sino varios prestigios los que habré de confiscarle en bien de la patria. Y los primeros en caer serán la melena y el bigote enhiesto. ¿Crees tú que sin esos atributos lo escuchará el pueblo? Haré que mi barbero le rape la testa y decrete finado el bigote de un navajazo. Luego, lo echaré a la plaza, como quien dice a los perros, para que la burla lo cubra en ridículo.

Retornó Milpistolas con el forastero encadenado. Llamóse al instante al joven barbero recién casado y ya cornudo, y pese a la airada protesta y al ruego del doctrinario, fué confiscado con jabón, brocha y navaja el inculcable prestigio de su bigote mosquetero y de su pelambrera revolucionaria.

* * *

Abierta la jaula por orden del Buen Tirano, el alcahuete en privanza apodado Feliche acudió presuroso al despacho del déspota y con su venia facilitó le los pormenores del caso. Gozoso el Buen Tirano del logrado epílogo dióle buena paga en dinero contante y sonante y la encomienda de entrometerse en la matracalada con disimulo y astucia a fin de señalar traidores y mal hablados que mejor que en la plaza pública deben hallarse en siniestra mazmorra.

—Vas camino del porvenir, caro Feliche y no me equivoco al afirmar que tu estás llamado a grandes destinos.

Feliche asentía turulato.

—Merecimientos de Elvira, la impagable retozona, llévanme a ofrecerte cargo de jerarquía. Servirás en mí a este país que bríndote por patria formando legión de bravos para ahuyentar moscardones que turban digestión y sueño. Serás fiel campaña de mis atenciones para con la italiana de la calle Brecha y vigilarás para que ningún mugriento malogre mi impulso irresistible. Perseguirás palurdos; escarmentarás matones; encarcelarás cargosos peticionarios. Y te librarás de requebrar a la pichona so pena de sacarle la lengua al pueblo con los brazos caídos y la soga al cuello.

Despedido Feliche después de la perorata fué de incógnito a la calle Brecha y en el aposento donde el Buen Tirano daba tregua a sus múltiples preocupaciones gubernativas, dió rienda

suelta a su deseo refocilándose a su gusto con la placentera y nunca bien ponderada Elvira.

* * *

Arriesgóse el doctrinero a la plaza pública rapado y sin bigote. Desconociósele al verle y fuéle preciso escalar tribuna en arena vibrante para que al punto la plebe lo reconociera.

—¡Es él! ¡Viva el constitucionalista!

Un chusco preguntóle:

—¿Dónde está el bigote? ¿Dónde la melena? ¡Nos han cambiado al orador!

—¿Dónde está el perilustre demócrata?

El aludido intentó el ademán convincente, pero, la multitud nególe aplauso y apoyo.

—¡Esclavos!

Un perillón le respondió:

—¡Calla estrambótico o te rompo las narices!

Otro, en idéntico tono:

—¡Vete a convencer al Padre Eterno, estrellón!

Inútil fué la ardorosa verba del subversivo. De la tribuna descendió con estruendo y hubo puñetazos a granel. Sonaron los primeros tiros y caliente el ánimo se repitieron con gran contento de público y actores.

—¡Viva el Buen Tirano!

—¡Nada de elecciones! ¡Viva el Restaurador!

Y no faltó grito de ardoroso reaccionario:

—¡Viva la Monarquía!...

Desde el mirador gozaba el espectáculo el jactancioso déspota.

—¿No os decía que había que confiscarle prestigios? Ahí le tenéis, corrido por gente soez que da prueba de ser sensata.

Los dos forzudos pelagallos que otrora llevaran en andas al doctrinero disputaban entre el gentío sobre cual tendría prioridad para aplicarle soberana garroteadura.

* * *

Y he aquí que finaliza la breve historia de honestas costumbres y justas liberalidades en la tierra del Buen Tirano.

Muerta la bella niña del destino blanco del pesar que causó el terrible fin del hombre amado, el Déspota buscó para su holgorio la cercanía de Elvira y los encantos ya degustados de la mujer del barbero recién casado y ya cornudo.

Brincaba el pueblo en tabernas dilapidando pólvora y cuando certera bala caducó su trayectoria en el corazón del

dictador, surgió otro condecorado de entre los muchos que aguardaban turno y asomándose al balcón sonrió al halago del populacho encalabrinado que clamaba enloquecido:

—¡El Buen Tirano ha muerto! ¡Viva el Buen Tirano!

INDICE

- p. 7 Enrique González Tuñón
- p. 9 Estudio preliminar POR ANA OJEDA BÄR Y ROCCO CARBONE
- p. 29 Bibliografía
- p. 31 Acerca de la inclusión de *El tirano. Novela sudamericana de honestas costumbres y justas liberalidades*
- p. 32 Bibliografía de Enrique González Tuñón
- p. 33 A propósito de *El alma de las cosas inanimadas* (*La Nación*, 12 de octubre de 1927)
- p. 35 ***El alma de las cosas inanimadas* (1927)**
- p. 37 Mis ojos
- p. 39 El colchón de estopa
- p. 42 El teléfono epiléptico
- p. 44 La pata de palo
- p. 47 La silla bacilosa
- p. 49 Mi amigo de la Prehistoria
- p. 53 El Smilodón escéptico
- p. 57 El amante de Bárbara La Mar
- p. 60 El hombre de los velorios
- p. 65 Mi desgraciado amigo
- p. 68 ¿Quién es el traidor? (Cuento electoral)
- p. 75 La mosca predestinada
- p. 77 El hombre de los patines (Cuento para niños de 6 a 80 años)
- p. 79 El país de los hombres húmedos
- p. 81 A propósito de *La rueda del molino mal pintado* (*La literatura argentina*, año I, n° 5, enero de 1929)
- p. 83 ***La rueda del molino mal pintado* (1928)**
- p. 85 La rueda del molino mal pintado
- p. 90 El filósofo alucinado
- p. 100 Un bife a caballo
- p. 104 Mil Trompadas (Campeón de todos los pesos)
- p. 106 El oficio póstumo de Benjamín Salcedo
- p. 116 Diez centavos de queso
- p. 120 La rata que se ahogó en el arroyo
- p. 131 Para explicar una dedicatoria. Breve disquisición alrededor de los hombres del café
- p. 135 ***El tirano. Novela sudamericana de honestas costumbres y justas liberalidades* (1932)**

Se terminó de imprimir
en Gráfica LAF SRL
Espinosa 2827
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina,
en el mes de febrero de 2006.

Como Roberto Arlt y Nicolás Olivari, Enrique González Tuñón dedicó gran parte de sus días a la labor periodística. De ésta nacieron —entre otras— las dos colecciones de cuentos que, con orgullo, presentamos en esta oportunidad. Por ellas desfilan sucuchos de mala muerte, fondines roñosos, escritores hambrientos y también malandrines, en general de buen corazón. En una época en que Buenos Aires se modernizaba para beneficio de algunos y detrimento de muchos otros, la literatura de E. González Tuñón le dio visibilidad a una serie de personajes, ambientes y situaciones cuya novedad residió en su carácter social y simbólicamente marginal, así como también en la mirada —grotesca— a través de la cual fueron captados.

La colección PINGÜE PATRIMONIO busca rescatar textos literarios y críticos del siglo XX (o que se refieran a él) que, a pesar de su importancia, circulen poco en la actualidad. A la hora de nombrarla se tomaron las palabras de Esteban Echeverría (1805-1851) quien, en la “Advertencia” a La cautiva, aboga por volver la mirada hacia lo que, siéndonos propio, agoniza en el desinterés, para sacar de ello riquezas de todo tipo.

EN PREPARACIÓN:

• **PINGÜE PATRIMONIO / Literatura**

- Roberto Mariani, *Narrativa 1920 – 1930: Cuentos de la oficina, El amor agresivo, La frecuentación de la muerte*

• **PINGÜE PATRIMONIO / Crítica**

- Héctor René Lafleur, Sergio D. Provenzano, Fernando P. Alonso, *Las revistas literarias argentinas 1893 – 1967*
- Rocco Carbone, *El imperio de las obsesiones. Los siete locos de Roberto Arlt*

ISBN 987-22685-0-9



9 789872 268503